



*Me gusta
mi Jefe*

Romance en la oficina

Scarlett Vega

Me gusta mi jefe

Romance en la oficina

Scarlett Vega

Derechos de autor © 2020 Scarlett Vega

Título: Me gusta mi jefe
Copyright © 2020 Scarlett Vega
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia
Designed by Racool_studio / Freepik
Foto de Minervastudio en Pexels man wearing blue

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta qué, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Epílogo</u>

Capítulo 1

Adrián

Ramos, Morales & Ortega.

Cuando llegue al bufete de abogados donde parece que pasaré los próximos años de mi vida, entrecierro los ojos al ver el nombre del edificio de oficinas, y aún no estoy seguro de cómo me siento al respecto. Intento imaginarlo diciendo Ramos, Morales, Ortega & Medina.

Es la parte de “& Medina” la que me hace detenerme, ya que soy el Medina que quiere su apellido en ese lugar. Una mitad de mí se siente orgulloso de la idea de ver mi nombre junto al de gigantes de las leyes en un gran bufete como éste, mientras que la otra mitad quiere vomitar por ser tan vendido al sistema. Supongo que se podría decir que tengo sentimientos encontrados sobre todo el asunto.

Tome el ascensor hasta el piso 15, donde me recibe un recepcionista.

—¿Sr. Medina? — pregunta, poniéndose de pie y acercándose desde su escritorio hasta llegar a mi lado. —Me llamo Claudio y lo he estado esperando. Es un placer conocerlo.

Le doy la mano, pero pienso que este tipo tendrá que irse si voy a trabajar aquí.

Ya tengo mi propia recepcionista. Y prefiero que mujeres trabajen para mí. Cuando me aburro en medio del trabajo en los casos, siempre es agradable tener una conversación coqueta con una asistente femenina, o al menos mirarle el culo cuando salen de mi oficina para traerme otro archivo. Nunca he entendido realmente el punto de contratar asistentes masculinos.

Pero nunca he entendido muchas de las cosas que hacen los bufetes de abogados normales. Probablemente por eso nunca he trabajado en ellos.

Claudio me lleva a una sala de conferencias donde ya hay tres hombres sentados, esperando para conocerme. Sé que son Antonio Ramos, Ronaldo “Ron” Morales y Jaime “Jim” Ortega, los socios fundadores de la firma.

—¡Adrián! —dice Antonio y se levanta para darme la mano, al igual que los otros dos. Estudiamos todos juntos en la facultad de derecho, pero hacía tiempo que no los veía. Cuando los veo, es a menudo como abogado contrario en el tribunal, ya que tiendo a representar a demandantes “pequeños” mientras que ellos suelen representar lo que siempre he considerado como grandes y malvadas corporaciones.

—Hay café recién preparado si quieres tomar un poco— dice Claudio, mientras se retira hacia la puerta. —Hazme saber si necesitas algo más...

—Qué casualidad verte aquí— dice Ronaldo, mientras se sientan en sus asientos y yo elijo el

mío.

—Sé que lo es— les digo, en parte avergonzado de que las circunstancias de la vida me hayan traído aquí, mientras que al mismo tiempo, sintiéndome agradecido por la oportunidad. —Hice mi carrera legal siendo un pícaro independiente. Pero pensé que era hora de unirme a la sociedad y de conectar con un bufete.

Se ríen, y me alegra que no presionen el tema de por qué estoy aquí hablando con ellos hoy. Estoy seguro de que saben lo suficiente de mí, como yo sé lo suficiente de ellos, para haber sopesado los pros y los contras y decidido proceder de esta forma. La verdadera razón por la que estoy aquí es que mi padre dijo que la firma, en la que ha sido socio por mucho tiempo, buscaba expandirse y que yo debería unirme. Aunque es bastante viejo y medio senil, creo que acertó en esto.

Algunas cosas buenas y malas habían sucedido como resultado de mi obstinada insistencia en tener y dirigir mi propio bufete de abogados. Lo bueno es que gané algunos grandes casos y un montón de dinero. Si no fuera por eso, no creo que estos tres abogados estuvieran interesados en asociarse conmigo, tanto si mi viejo ya era socio de su bufete como si no.

Lo malo es que arruiné otras cosas, que no necesito detallar, porque ¿a quién le gusta contar sus pérdidas? Digamos que tengo la tendencia de ganar y perder a lo grande. Y también la tendencia a mezclar los negocios con el placer demasiado a menudo.

—Sé que ya hemos enviado la propuesta del acuerdo de sociedad— dijo Antonio. —Es algo bastante estándar y queremos que empieces casi inmediatamente. Como sabes, nuestra firma lo ha estado haciendo bien. Ganamos un gran caso para un gran cliente, Gabriel Grayson, el propietario de la empresa de juguetes, que en realidad trabaja aquí con nosotros y dirige su negocio fuera de nuestras oficinas, para que podamos estar al día con sus muchos y diferentes asuntos legales.

—Sí— digo, y aquí me dirijo a Ronaldo Morales, que no sólo es el socio de Antonio, sino su mejor amigo desde que estaban en la escuela primaria. —Felicitaciones por esa gran victoria, Ronaldo.

—Gracias— dijo Ron, y luego miro a Antonio como diciendo, al menos alguien reconoce mi contribución a nuestros logros. —Se han abierto muchas oportunidades para nuestra empresa y al mirar la expansión, nos alegramos de ver que te interesó.

—Sólo hay un pequeño detalle que nos gustaría repasar contigo antes de hacerlo oficial— dice Jim, y me preparo para lo que ya sospechaba que vendría.

Lo que quieren repasar conmigo es el hecho de que soy conocido por acostarme con mis subordinadas. Decido hacer las cosas más fáciles para ellos.

—Miren, chicos— digo, mis manos extendidas como si fuera un escolar inocente acusado de robar galletas. —Estaba acostumbrado a trabajar por mi cuenta, haciendo mis propias reglas, o disfrutando de la falta de ellas. Tuve algunas oportunidades para... interactuar socialmente con mi personal, lo cual sé que ahora no es la mejor idea. Lección aprendida.

Continuaban mirándome fijamente, como si esperaran que dijera algo más, así que repito: — Lección aprendida.

—¿Lección? — Ron pregunta, intensificando su caso. —Tengo entendido que ha sucedido repetidamente.

Me pongo tenso, y deben pensar que estoy señalando que el trato puede ser cancelado. En realidad, sólo me pregunto de cuántos han oído hablar, y trato de contar cuántas lecciones aprendidas ha habido realmente.

—Mira, Adrián— Ron finalmente continúa. —No queremos comportarnos como unos matones aquí. Sabemos lo que se siente...

—Créeme— dice Antonio. —Sé lo que se siente. Era igual que tú antes de casarme con mi asociada.

—Lo sé— le digo, porque ¿quién no lo ha hecho? Antonio era conocido por elegir una nueva asociada como mentor cada año, y por acostarse con ella. Pero la bomba había estallado cuando se había casado con una de ellas.

Como si fuera una señal, Martina Miller o Ramos, ahora, entró en la sala de conferencias, con un bebé en cada brazo. No sé mucho sobre bebés, pero parecían tener unos seis meses. También había oído que Antonio y Martina habían tenido gemelos.

—Hola, cariño— dijo, asintiendo a Antonio. —Siento no poder estar en esta reunión. Sé que había dicho que lo intentaría, pero la niñera aún no se siente bien, así que me trajo a los gemelos de camino a casa, y voy a intentar terminar el informe de Stephenson si consigo que se duerman en mi oficina y luego me iré a casa con ellos.

—No hay problema— respondió Antonio, saludando a su esposa. —Ellos son más importantes. Buena suerte...

—Gracias, cariño— dijo Martina, y luego me asiente con la cabeza. —Sr. Medina, siento no poder quedarme más tiempo pero es un placer conocerle.

—Encantado de conocerte también— le digo, saliendo de mi asiento para escoltarla hasta la puerta de la sala de conferencias. —Te daría la mano pero veo que las dos están llenas.

Se ríe al salir y luego vuelvo a la mesa.

—Martina sólo iba a hablar un poco sobre RRHH— explica Antonio. —Ella y yo lo pasamos muy bien después de que nos conocimos. Íbamos a decir que divertirse en el trabajo no vale la pena....

—...los costos— le digo, asintiendo con la cabeza. —Lo comprendo.

Es bastante hipócrita que me diga esto, pero antes de llegar decidí decir lo que tenía que decir para que esta asociación se llevara a cabo. Una vez que me decido a hacer algo, me entrego

por completo a lograr el objetivo.

—Y ya sabes que terminé casándome con una asistente aquí en la firma— dice Ron a continuación, con lo que también asiento con la cabeza.

Todo el mundo sabe eso también. No hay mucho que pase en el mundo legal que no se extienda como un incendio forestal.

—No te preocupes— dijo Antonio, con prisa por limpiar el nombre de la empresa. —Jim no se casó con su asistente. Ni con la de nadie.

Todo el mundo se puso a reír, pero las mejillas de Jim parecían estar un poco enrojecidas. Estaba mirando su cuaderno de notas, parecía de cierta forma incómodo.

Sin duda escondía algo, incluso de sus propios compañeros, sin duda. Pero me he dado cuenta de que esa es la naturaleza de los seres humanos, y no me corresponde a mí juzgar. Dios sabe que he cometido mi propia cuota de errores. Y estoy decidido a encontrar un nuevo comienzo aquí, en lugar de seguir repitiéndolos.

—Sabemos que suena mal que les digamos que no hagan lo que hicimos— dijo Antonio, y no podía estar más de acuerdo con él, pero de todas formas sacudí la cabeza, parte de mi objetivo era decirles, incluso en silencio, lo que querían oír. —Pero la empresa ha pasado por mucho y no queremos más drama. Tenemos que pedirles que por favor...

Él se detuvo, obviamente no estaba seguro de cómo decirlo, así que le ayude.

—Quieres que deje de ser un mujeriego— dije. —Ser un chico bueno y mantener mis manos lejos de cualquier mujer con la que trabaje...

—Bueno, nosotros...— Jim empezó a decir, pero yo también me metí para facilitarle las cosas.

—No te preocupes por eso— les asegure. —Entiendo lo que intentas decir. Lo entiendo...

—Eso es genial— dijo Antonio, que parecía sentirse aliviado de no tener que seguir dando explicaciones. —Supongo que todo está bien para partir entonces.

—Supongo— estuve de acuerdo.

En ese momento, una mujer muy embarazada con mechones púrpuras en su pelo rubio entro en la habitación.

—Adrián, esta es mi esposa, Ruby— dijo Ronaldo, y me levante para darle la mano.

Realmente esto es algo incoherente, me dicen que me comporte mientras sacan a relucir a sus esposas embarazadas o con hijos como prueba viviente de que no hicieron lo mismo. Pero yo sólo sonrío y digo, —Encantado de conocerte Ruby.

—Ruby es nuestra asistente más organizada, implemento un increíble sistema de archivos que

ha ayudado a la empresa a ponerse a la vanguardia en cuanto a la respuesta que le damos a los clientes—menciono orgullosamente Antonio. —Incluso tiene una aplicación que ha desarrollado, para programar los calendarios y tareas de los asistentes. Debido a que otra aplicación que hizo despegó tan bien, sólo trabaja aquí a tiempo parcial como supervisora del personal, y estamos agradecidos de que aún lo haga. Ella te va a entrevistar acerca de las necesidades de personal que tu tengas y cómo podemos satisfacerlas lo mejor posible.

—Está bien— digo, tratando de no reírme como un chico inmaduro de secundaria de la frase “las necesidades de personal”.

Lo que necesitaba de mi personal era que se agacharan para poder darles sexo alocado. Necesitaba que me dejaran atarlas. Y que no me demandaran.

Pero esa última necesidad mía no siempre era satisfecha. Por lo tanto, sabía que era importante hacer lo que me decían mis futuros socios y comportarme como un buen chico, algo que era muy, muy difícil para mí.

—Como sabrás— le dije a Ruby, —tengo algunos socios que traigo conmigo, así como algunos miembros del personal.

—Sí— me respondió, asintiendo con la cabeza. —Creo que necesitaremos dos recepcionistas para manejar el volumen de llamadas ahora, así como un personal completo si no traes lo suficiente para cubrir el tuyo y el de tus asociados.

—¿Puedo contratar a los míos? — Le pregunte a ella directamente.

Ella mira con dudas a Ron y a los otros socios.

—Está bien— Ron asiente con la cabeza. —Siempre y cuando te comportes.

Veo a Ruby sonreír, pero vuelve a su comportamiento profesional. Esta chica es bastante guay; puedo ver por qué Ron se casó con ella. No es que yo sea del tipo que se casa. Y hay tantos bebés por aquí, debe haber algo en el agua. Es bueno que me haya comprometido a no tener sexo con nadie que trabaje para la empresa, para no tener que preocuparme de embarazarse a nadie.

—Los dejaremos con el trabajo de discutir los detalles— dijeron los socios, se pusieron de pie con ganas de volver a su trabajo. —Fue genial tener esta reunión y esperamos expandir la firma contigo.

—Sí— les digo, aún incapaz de creer que estoy renunciando a mi autonomía. Pero hay un gran número de beneficios aquí y sé que tendré más dinero y más seguridad. —Estoy deseando empezar a trabajar con ustedes. Firmaré los documentos y se los enviaré.

—Genial— dice Jim, y salió de la habitación, con Antonio siguiéndolo a su lado.

Ronaldo se inclina para besar a Ruby, y acaricia la barriga de su bebé al salir.

—Nos vemos luego— dice, presumiblemente a Ruby y a su hijo no nacido.

—No puede ver todavía— dice Ruby, confirmando mis sospechas. —Y técnicamente tampoco puedes verlo. Al menos no sin arrastrar una máquina de ultrasonido hasta aquí...

Ronaldo se ríe mientras se va. Esos dos son asquerosamente tiernos.

Con eso, está decidido. Seré el cuarto socio del bufete, no sólo porque mi padre insistió, sino porque he llegado a un acuerdo y he ganado suficientes casos de demandantes para aportar una contribución considerable al bufete.

Seré un buen chico, para que no se arrepientan de haberse asociado conmigo. Al menos intentaré serlo. Tengo que admitir que todo esto es muy nuevo para mí. Pero hay una maldita primera vez para todo.

Capítulo 2

Lucía

Hoy era el día en que había decidido empezar a hacer algo con mi vida. Ahora sólo tenía que seguir recordándome eso, durante todo el día.

Diciéndome a mí misma que diera pasos de bebé, salí a revisar mi correo, entrecerrando los ojos al sol brillante que abrigaba mi rostro. Hace un par de días que no salía. Las cosas habían parecido mucho más fáciles últimamente bajo mis cobijas. Hasta que empezaron a parecer mucho más difíciles, porque me di cuenta de que tenía que empezar a pagar las cuentas, a hacer un plan para mi futuro, a enfrentarme a pequeñas cosas de la vida como esta.

Abrí la pequeña puerta de metal en la parte delantera del buzón. Se quedó trabada y tuve que hacer uso de toda la fuerza que tengo, lo que sirvió como un doloroso recordatorio de que siempre había querido reemplazar este buzón de correo estándar por uno de esos maravillosos que veía siempre en Pinterest, esos que representan un vestigio de una época más antigua en la que la gente solía contar con el correo lento como caracol en lugar de mensajes instantáneos en sus redes sociales.

El mío lo pintaría como ese pájaro que es el logo de Twitter, siempre que no incurriese en algún tipo de violación de derechos de autor o de marca registrada. Siempre había querido comprarlo, pero nunca lo hice antes de que Álex y yo nos desmoronáramos, y entonces paso a ser la menor de mis preocupaciones. Él había dejado que yo planeara minuciosamente el más mínimo detalle de algo que nunca llegaría a ser.

Saque una gran pila de correo, que incluía un sobre del Tribunal del Condado de Georgetown. Eran los papeles de divorcio. Esta era la razón por la que no quería revisar mi correo. Y la razón por la que me había estado escondiendo bajo mis cobijas.

Álex me había dejado hacia siete semanas, y ya no quería estar casado conmigo. Era hora de que empezara a hacer otros planes.

Cuando la gente habla de planes y metas, esperan oír cosas grandes. Así que, normalmente me guardaba los míos para mí misma y pasaba todo mi tiempo planeándolos sólo en mi cabeza.

Mis planes pueden parecer pequeños para algunos, pero para mí solían constituir grandes sueños. Me casé con Álex justo después del instituto, y se suponía que iba a ser una ama de casa y eventualmente terminé siéndolo. La vida sería perfecta, no sólo viviría en una casa con una valla blanca, sino también tendría uno de esos buzones icónicos que nunca llegué a hacer.

Sabía que debía ser paciente y dejar que los planes que la vida tenía deparados para mí se desarrollasen en algún momento. Pero el hecho de que Álex me dejara parecía estar tan fuera de mi control que me siento en la necesidad de hacer planes que puedan poner en rumbo mi vida nuevamente. En mi opinión, la paciencia, como los buzones icónicos, son para los pájaros.

Álex y yo nos habíamos casado jóvenes con el plan específico de que yo fuera ama de casa. Habíamos estado intentando lo que parecía una eternidad el que yo quedara embarazada, sin éxito. Al principio, fue divertido. Dejé de usar anticonceptivos, e hicimos el amor cuando y donde pudimos. Pero a medida que pasaban los meses sin un bebé a la vista, dejó de ser divertido.

Fuimos a un médico especialista en fertilidad que dijo que el problema estaba en mi lado y que probablemente nunca seríamos capaces de tener un hijo. Y así como así, Álex se fue. No dejó ni una nota. Cuando intenté llamarlo, su número había sido cambiado.

Así fue como me escondí bajo las mantas. Y ahora, sólo unas semanas después, estaba recibiendo los papeles de divorcio por correo. Supongo que los futuros hijos y yo éramos un paquete que tenía que venir junto. Sin ellos, Álex no me quería. Pasé de ser una amada esposa a una ex infértil en un abrir y cerrar de ojos, y eso era un gran golpe para mi ego.

Claramente, no había nada en el mundo que pudiera hacer para cambiar las cosas. Álex lo había dejado muy claro con su silencio, y ahora con estos papeles.

Volví a la casa y abrí inmediatamente el sobre para no darme espacio de aplazarlo más. Si lo hacía, sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que terminara de nuevo bajo las mantas.

Vi que me ofrecía generosamente una pensión alimenticia en el divorcio, probablemente para que aceptara rápidamente, lo que haría de todos modos. No le veía ningún sentido a seguir casada con alguien que ya no quería estarlo conmigo. Tal vez también estaba tratando de aliviar su conciencia culpable.

No podía decir que no entendía por qué no quería seguir casado. Sabía cuánto quería tener hijos, porque yo también los quería. Lo que me molestaba era que yo sintiera que no le importaba lo suficiente como para hablarme de lo que pensaba y despedirse como era debido.

Supongo que era demasiado duro para él, y aunque estaba enfadada con él y pensaba que era un cobarde, también me daba cuenta de que era hora de un nuevo plan. Mi plan. Pero no sabía por dónde empezar, nunca había pensado en lo que haría sin Álex.

Estaba claro que necesitaba empezar una carrera, ya que la pensión alimenticia que me ofrecía era una suma global y no duraría para siempre. También necesitaba algún tipo de enfoque para distraerme de mis sentimientos de pena e inadecuación por no poder tener hijos, o incluso mantener a mi marido. Sabía que tenía que encontrar algo que ofrecer al mundo ahora que mis planes de matrimonio y maternidad habían fracasado. Sólo necesitaba averiguar qué era.

Hace años que no tengo un trabajo, al menos legítimamente. Claro, he limpiado una casa o dos aquí o allá sólo para llegar a fin de mes, y he cortado el pelo para algunas de las chicas locales en mi barrio. Pero parece que es hora de conseguir un “trabajo de verdad”.

Encendí mi ordenador y me conecté a Internet. Al hacer clic en sitios web que se dedican a mostrar ofertas de trabajo, como careerjet.com, indeed.com, comencé a solicitar muchos trabajos diferentes, para casi todos los que aplique estaba remotamente calificada, y para algunos claramente no lo estaba.

Vivía en un pequeño pueblo del sur, donde no habían muchos trabajos disponibles. Nunca antes había tenido la necesidad de buscar trabajo dentro o fuera de este pequeño lugar, ya que el mío se suponía que era “ama de casa”. Pero una vez que agoté las pocas ofertas de trabajo disponibles en el sector, decidí aplicar en cualquier lugar y en todas las empresas posibles.

¿Por qué no? Ya no había nada para mí en este pueblo, y probablemente sería bueno salir de aquí. Otros lugares tenían más trabajos y salarios más altos, así que mejor me iba a donde estaban esas oportunidades.

Había una oferta de trabajo para ser asistente legal en la oficina de Ramos, Morales, Ortega y Medina que caía en algún lugar en medio de “totalmente no calificada para” y “podría hacer esto mientras duermo”. También resultaba que estaba ubicada en Albuquerque, Nuevo México, donde nunca había estado. Dudaba que consiguiera el trabajo, pero creo que no me haría daño solicitarlo.

Soy una mecanógrafa rápida, y conozco los programas básicos de oficina como Word y Excel, pero no sabía nada de leyes. Me imagino que estoy semicalificada y me presentare a la entrevista porque está en la lista de cosas que necesito hacer si quiero seguir comiendo, pagando el alquiler y todas esas otras cosas importantes.

Habiendo terminado mi búsqueda de un trabajo, me derrumbe de nuevo bajo las mantas. Y ahora esperaba, hasta que una de estas empresas me llame, con suerte. Si no llamaban, no tenía ni idea de lo que iba a hacer.

Capítulo 3

Adrián

2 meses después

Estoy viendo literalmente en rojo mientras corrijo el trabajo de un asistente legal. Office Depot probablemente no podría reponer los bolígrafos rojos lo suficientemente rápido a como yo los había estado gastando.

No, escribí, tachando otra línea del último intento de Jeff de redactar solicitudes. Todo lo que el chico tonto tenía que hacer era usar algunas plantillas del “banco de información” de la empresa, que le había recomendado como base, pero por alguna razón insistió en añadir sus propias respuestas al texto. Como esta, que pregunta lo que el acusado comió una semana antes del accidente.

Nadie pide esta información porque nadie la recordara, escribí con bolígrafo rojo. El juez anularía esta pregunta por ser demasiado amplia e irrelevante.

¿A quién le podría importar si el acusado desayuno Honey Nut Cheerios o panqueques? ¿Y por qué una semana antes? Tal vez podría haber alguna relevancia si se tratase del día del accidente pero una semana antes? El chico había perdido la cabeza.

Sacudí la cabeza, preguntándome por qué desperdiciaba tanta tinta roja al molestarme en objetar las peticiones de evidencia propuestas por mi propio asistente legal. Ya le había explicado muchas veces cómo se suponía que debían ser.

—Sólo sigue las malditas plantillas en el banco de informes— le dije a Jeff, pero le gustaba tomarse licencia poética y hacerse el gracioso. Eso estaría bien si se le ocurriera algo que pudiera mejorar las solicitudes en lugar de hacerlas inútiles, lo cual había estado haciendo rutinariamente.

Parece que mis asistentes no eran muy creativos, no eran lo suficientemente ambiciosos para esta firma de abogados. Tuve que hacer que Ruby se deshiciera del tipo que estaba antes de Jeff por los más básicos errores de ortografía y tipográficos.

Le había dado a Jeff un poco más de libertad porque al menos tomaba la iniciativa, pero ahora estaba frustrado porque pasaría tanto tiempo haciendo peticiones de evidencia que no podía usar en lugar de simplemente copiar y pegar algunas que ya estaban listas.

Maldita sea.

Si los otros socios me dejaran elegir mi propia secretaria. Pero no lo harán... no desde que me acosté con Belinda. Una vez que las cosas se pusieron feas entre ella y yo, lo que para mí siempre sucede en algún punto después de la tercera cita, Belinda ya había trabajado para la firma por un par de semanas antes de que yo me incorporara.

Esa había resultado una “relación” más larga de lo que estaba acostumbrado o cómodo de todos modos, así que no me decepcionó que terminara. Aun así, los socios me habían dado una charla severa, lanzando frases como “comportamiento inapropiado en la oficina” y “demanda por acoso sexual”.

Se necesita un lobo para reconocer a otro, quería decir, pero por supuesto no lo hice.

Antonio, Ron y Jim me recordaron la primera conversación que tuvimos en la sala de conferencias, y que el trato era que yo podía elegir mis propios asistentes si no me los tiraba también. Dijeron que como no podía seguir esa simple regla, ellos se encargarían de elegir a mis asistentes legales a partir de entonces.

Bien, era justo. Excepto que sus dos elecciones habían sido horribles, y no creo que fuera porque ambos hayan sido hombres. Supongo que lo hacían para que no me metiera en más problemas.

Entendía las precauciones que estaban tomando, por el bien de la empresa. Tenía la intención de seguir las reglas y ser un buen chico. Pero había metido la pata a lo grande con Belinda.

No era mi intención, pero un hombre tiene necesidades, y mis necesidades incluían el deseo de empujar mi pene de veinticinco centímetros en la jugosa vagina de Belinda, que sabía que era jugoso porque ella insistió en decirme todos los días lo mojada que estaba para mí y que no llevaba bragas bajo su falda de grafito. Entonces me preguntó si me gustaría confirmar esos hechos por mí mismo.

Bueno, sí, obvio que me gustaría, Belinda. ¿Qué hombre de sangre roja no lo haría? Traté de contenerme ya que ella era una empleada de la empresa y ya que le había prometido a Antonio, Ron y Jim que me comportaría. Me dije a mí mismo que había muchos otros peces en el mar y que por ninguno de ellos necesitaba trabajar mucho para pescarlos, ya que muchos de ellos se lanzaban sobre mí.

Soy rico, atractivo y bueno en la cama, así que tiene sentido que las mujeres fantaseen conmigo. Estoy más que feliz de complacer todas sus fantasías, pero como intento no mezclar trabajo y placer desde que fusioné las sociedades aquí en la firma – intento es la palabra clave, ya que no siempre lo logro - hice lo mejor que pude para moderarme alrededor de Belinda.

Por supuesto, no había tanta restricción que un macho de sangre roja fuera capaz de soportar día tras día cuando una hermosa joven se le lanza, y eso es exactamente lo que Belinda hizo. Un día se tiró al suelo y se arrastró hacia mí con un trozo de papel en la boca, como si estuviera haciendo una audición.

En ese momento, no pude resistirme más. Mi verga estaba cansada de resistirse. Estaba lista para levantarse, literalmente, y tomar lo que se le ofrecía. Así que lo hice. Cuando Belinda llegó a la silla del ordenador y empezó a bajarme la cremallera, fue el momento en que dejé de resistirme.

Me hizo muy buenas mamadas, así que no me arrepiento de haberme entregado a Belinda,

aunque me había quedado atascado con Jeff y con el otro asistente inútil antes que él. Pero no había que malinterpretarlo, sólo me había involucrado físicamente con Belinda, no emocionalmente. Sólo porque le había metido la polla en la garganta a una mujer ansiosa y luego le había dado el mejor momento de su vida metiéndosela en el coño y follándomela, no significaba nada más para mí que otro día en la oficina.

Pero no era así como Belinda se lo había tomado, y ahí es donde empezaron nuestros problemas. Una vez que empezó a querer más, me di cuenta de que estaba en problemas. Por mucho que deseara poder darle algo más que al menos cinco orgasmos al día, simplemente no era capaz de un compromiso emocional.

Dios sabe que traté de convencerme de que podía, por el bien de mi felicidad en el trabajo. Pero no resultó.

Nunca había sido capaz de formar vínculos emocionales con las mujeres. Supongo que soy lo que llamaban un hombre dañado. Excepto, por supuesto, por mi pene. Siempre habían dicho que eso funcionaba muy bien.

Y mi cerebro funciona medio decentemente, tanto como lo necesito de todos modos. Mi padre siempre ha sido muy rico e hizo su fortuna de tal manera que nunca tuve que hacer mucho para sobrevivir.

La gente de mi empresa habla de mí como si fuera perezoso, pero deberían alegrarse de que me moleste en aparecer. Mi nombre en el membrete ayuda a que el dinero siga llegando, y no tengo que hacer nada en la vida excepto comer, dormir, pagar un montón de impuestos, y follarse mucho.

Soy un hombre con un apetito sexual insaciable y un corto período de atención. Nadie debería haberse sorprendido de que Belinda y yo no funcionáramos, pero por alguna razón, sí hubo una chispa. Y también mis socios en el bufete, por alguna razón, se sorprendieron de que ella y yo nos hubiéramos juntado, después de que les hubiera prometido que me abstendría de ponerme cachondo en el trabajo.

Pero me gustaría ver como ellos podrían rechazar un culo tan fino como el de Belinda si se les ofreciera a ellos. Por supuesto, nunca tendrán esa oportunidad. Antonio y Ron están casados y Jim siempre había sido conocido por ser súper reservado en sus relaciones, pero la forma en que se sonrojó en la sala de conferencias cuando los otros hombres hablaban de sus conquistas me hizo saber que algo nos ocultaba.

Así que era fácil para ellos juzgarme, pero si fueran solteros en mi posición, hubieran hecho lo mismo. Demonios, al menos dos de ellos ya lo habían hecho, y no me extrañaría que Jim también lo habría hecho o estaba haciendo lo mismo.

Para cuando termine de añadir mis correcciones con bolígrafo rojo al borrador de Jeff y de hablar de las circunstancias que me llevaron hasta aquí, todo el maldito alegato estará cubierto de rojo. Podría haberme ahorrado mucho tiempo y tinta escribiendo. Tendré que empezar de nuevo.

Me di cuenta de que era hora de seguir mi propio consejo. Empezaría de nuevo y encontraría

un nuevo asistente por mi cuenta, sin importar lo que pensarán mis compañeros. Dudo que se deshagan de mí, de mi dinero y de mis casos lucrativos por una infracción tan pequeña.

Como no puedo pedirle a Jeff o a mis socios que hagan una búsqueda de un nuevo asistente legal, decidí llevar a cabo una búsqueda por mi cuenta. Me metí en mi ordenador y me puse a revisar las páginas de avisos económicos, con la intención de anunciar una oferta de trabajo.

Pero pronto me di cuenta de que había tantos solicitantes que habían publicado sus currículums que podía ver esos primero en lugar de perder el tiempo publicando mi anuncio. ¿Veis? No soy perezoso, sólo trabajo inteligentemente. Como yo lo veo, no hay nada malo en los atajos que ahorran tiempo y hacen el trabajo.

Mi flecha del mouse nado en un mar de solicitudes, ninguna de las cuales parecía ser la adecuada para mí. Y luego me encuentro con una que sí parecía ser la indicada: Lucía Abreu. El suyo era el primer currículum que valía la pena mirar más de cerca. Sobre todo porque era jodidamente hermosa. Había estado buscando en Google los nombres de las candidatas para ver si eran lo suficientemente atractivas para trabajar para mí. Necesitaba estar feliz en el trabajo, y ¿qué mejor manera de estar feliz que regalarme un caramelo para los ojos cada día?

Y hablando de caramelos para los ojos, Lucía era uno de los más dulces que he visto. Encontré fotos de ella en Facebook, con su pelo castaño oscuro y sus ojos verdes, su figura de reloj de arena y su culo regordete.

Sabía que no me la podía tirar. Mis nuevos socios no lo permitirían. Pero no había nada malo en fantasear con llevarla contra mi escritorio y reclamarla no sólo como mi asistente legal sino también como mi amante. Aunque, ahora que lo había imaginado, seguramente alguien en RRHH probablemente ya estaba añadiendo una regla de “no fantasear” al manual del lugar de trabajo sin consultarme.

Aun así... Nada permanente podría resultar sólo por fantasear con algo, ¿verdad?

Desde el momento en que puse los ojos en la foto de Lucía, supe que deseaba tenerla cerca de mí, sólo para fantasear con follarla, pero no para follarla realmente. Además, estaba seguro que ella sería una mejor asistente legal que Jeff. Claro, cualquiera sería mejor que él, me dije a mí mismo, pero no nos desviemos.

No parecía tener ninguna experiencia legal. Pero eso no importaba. Podía entrenarla. En más de un sentido.

Su currículum fue publicado hace más de dos meses y no se había borrado de la base de datos, lo que solía ser una señal de que alguien había conseguido un trabajo en otro lugar. Probablemente estaba ansiosa por empezar a trabajar para alguien, así que ¿por qué no debería ser yo ese alguien?

Llamé a Lucía y le ofrecí el trabajo en el acto. ¿Qué puedo decir? La paciencia nunca ha sido mi fuerte. Encontrar el punto G de una chica y darle hasta hacerla venirse siempre ha sido mi fuerte, y eso normalmente no lleva mucho tiempo, ya que conocía el camino al placer alrededor del cuerpo de una mujer.

Lucía dijo que sí, por supuesto. Siempre lo hacían, por mí.

Su voz vibraba un poco cuando lo dijo, y me imagine su coño vibrando. Ese es otro efecto que tengo en las mujeres. Estoy seguro de que a esta Lucía de algún pequeño pueblo del que nunca había oído hablar, según su currículum, le encantaría que la llevara a mi escritorio y la pusiera encima y me comiera su vagina húmeda hasta llevarla al orgasmo. Eso era obvio.

Parecía ser del tipo de mujer demasiado tímida para decirlo, a diferencia de la última pequeña tentadora que me metió en problemas. Parecía del tipo que se podía admirar, e incluso jugar con ella, que se sonrojara y hacerla soñar despierta pero que no muerde el anzuelo porque valora su trabajo y su reputación.

Ella es exactamente el tipo de asistente legal que necesito. Ella marca todas las casillas, y me gustaría marcar su casilla. No tengo otra opción más que contratarla. Sé que los socios tendrán que verlo a mi manera, al menos una vez que superen la manera en cómo he tomado la decisión de contratarla porque estoy demasiado harto de ver en rojo, tanto literal como figurativamente, debido a los asquerosos asistentes masculinos que me siguen dando.

Capítulo 4

Lucía

No puedo creer que me esté preparando para cambiarme no sólo de un lugar a otro, sino de un plan a otro. A pesar de todos mis planes anteriores, en dos días, como mujer recién divorciada, empezaré a trabajar como secretaria en un prestigioso bufete de abogados en una ciudad completamente desconocida para mí.

Mi nuevo jefe, Adrián Medina, es uno de los socios de la firma: un billonario y uno de los hombres más prominentes de Albuquerque. Fue bueno que me haya postulado a trabajos en todas partes, porque él fue una de las pocas personas que me llamó.

Aparte de eso, no había tenido muy buenas ofertas. Una compañía de perfumes quería que asistiera a una orientación donde me entrenarían en el arte de hacer mucho dinero yendo de puerta en puerta pregonando su perfume de Britney Spears sólo por comisión... no gracias. Un par de tipos llamaron, queriendo filmarme haciendo fotografía de desnudos, seguro que esos trabajos eran un código para la prostitución.

Y tuve una prometedora llamada sobre un trabajo administrativo en una compañía local de refrigeración y calefacción, pero no se concretó cuando me llamaron para decirme que habían contratado a la sobrina del dueño. El buen nepotismo estaba siempre presente en América. Y aparentemente, también lo estaba la tasa de desempleo, porque parecía imposible encontrar un trabajo.

Cuando Adrián Medina me llamó, estaba cada vez más desesperada, no sólo escondiéndome bajo mis cobijas, sino también empezando a mezclar helados y vodka, para hacer que el tiempo pasara más rápido. Por supuesto que aprovecharía la oportunidad de trabajar para él, aunque eso significara mudarme a la otra mitad del país a un lugar en el que nunca había estado.

Me seguía pareciendo alucinante que todo esto pronto cambiaría mi realidad. Me senté con mi café en mi cafetería favorita por última vez. Los de la mudanza estaban en mi casa preparando todo para transportar todas mis pertenencias mundanas a otra dimensión... o al menos eso era lo que sentía. Era todo demasiado abrumador, y no sé si estaré lista para esto. Por supuesto, no voy a admitirlo en voz alta.

Mientras bebo mi capuchino, miro a Martha Niza, la dueña del Café Niza. Me conoce desde que yo era una niña. No es sólo una camarera, aunque hace los capuchinos más increíbles del mundo, también es mi segunda madre. Le sonrío mientras me limpio un poco de crema batida de mi nariz, que había quedado accidentalmente allí mientras sorbía de la taza gigante.

Martha fue la que me presentó a Álex. Ella realmente es un regalo de Dios. Y ahora, como si necesitara otro recordatorio, sus ojos me confirman que este es realmente un momento trascendental, el final de un capítulo en mi vida. Como me estoy alejando tanto de este pueblo y de ella, supongo que también es el final de un capítulo de su vida.

Ya casi había terminado mi café cuando recibí un mensaje de los de la mudanza diciéndome que ya era hora de partir. Las lágrimas empezaron a brotar cuando imagine el largo viaje que tenía por delante y todo lo que estaba a punto de dejar atrás.

No había existido un día en mi vida en el que me hubiese imaginado dejando este hermoso lugar que llamaba hogar. Después de todo, podía ser un pequeño pueblo, pero era una comunidad muy unida, con hermosas colinas verdes y onduladas, cerca del Océano Atlántico y no muy lejos de los Montes Apalaches.

Además, aquí era donde Álex Wharton y yo nos conocimos. Aquí es donde animé al equipo universitario en cada uno de sus partidos de fútbol. Aquí es donde habíamos planeado criar a nuestros hijos algún día.

Lo teníamos todo, y más. Nuestras vidas habían sido planeadas tan cuidadosamente. Tendríamos un niño y luego una niña. El primero se llamaría Jackson, y a su hermana la llamaríamos Lucy. Todo era tan hermoso... ingenuo, pero hermoso. Muchas de las primeras cosas en mi vida habían sucedido en esta ciudad.

Mirando a través del cristal de la cafetería por un momento, el lugar parecía de repente mágico... mi ciudad, mi hogar. Pero ya no lo sería. El día estaba un poco nublado y encapotado, pero de alguna manera el sol se asomaba por entre las nubes, proporcionando un poco de una optimista luz. Parecía una foto de Norman Rockwell, una comparación que resultaba muy fidedigna. Se suponía que mi vida iba a resultar así: un pedazo de ciudad natal americana, un sueño hecho realidad.

Cuando miré por la ventana del Niza desde mi mesa favorita en un rincón, pude ver el campo de fútbol del instituto donde Álex había jugado y el hotel donde había tenido lugar nuestro baile de graduación. A la vuelta de la esquina del hotel estaba la tienda de patines donde Álex trabajó durante todo el instituto.

Podía ver una pizca de las gradas que sobresalían por detrás de la escuela. La primera vez que Álex me besó fue en esas gradas. La Sra. Mullen nos dijo que nos comportásemos, aunque creo que se retrasó un poco con su petición, ya que él ya tenía sus dedos en mis pantalones cortos.

Más adelante estaba la tintorería donde enviamos mi vestido de graduación para limpiarlo, esperando desesperadamente sacar la mancha de vino tinto antes de que mi padre la viera. Pensé que seguro que él se daría cuenta que había bebido esa noche, me había emborrachado y derramado el Merlot barato encima.

Me preguntaba ahora mientras recordaba: ¿desaparecerán todos estos recuerdos una vez que no estén tan presentes en mi vida diaria? Esperaba que sí, ya que menos pensamientos de este pueblo significaban menos pensamientos de Álex y del futuro que se suponía que nos esperaba pero que ahora nunca tendríamos.

Martha viene a tomar mi taza. Pongo un billete de diez dólares sobre la mesa y ella sonrío.

—Cariño, yo invito— dice, usando su apodo especial para mí. —Es tu regalo de despedida

de parte del café. Te voy a extrañar, cariño.

Me ahogo en lágrimas y susurro: —Gracias Martha. Yo también te extrañaré. Pero charlaremos por teléfono y por correo electrónico.

Nos abrazamos. Ella toma mi taza de café, y yo decido quedarme sentada un poco más. Los de la mudanza pueden esperar. Dios sabe que les estoy pagando lo suficiente. No estoy lista para dejar que los dolores de la nostalgia se apoderen de mí. Siempre fui una chica que aceptaba con resignación los castigos de la vida, y hoy, mi último día en mi pueblo, mi último día en la única vida que había conocido, no sería una excepción.

Capítulo 5

Lucía

Pienso en todos los “y si...” que me han plagado durante el último año. ¿Y si Álex no me hubiera dejado? ¿Qué podría haber hecho de forma diferente? ¿Me iría aún para tomar este trabajo en el bufete de abogados de Albuquerque? ¿Es la vida un evento predestinado? ¿Ciertas decisiones y eventos cambian el curso de las cosas?

No se me ocurría ninguna respuesta. Supongo que tenía miedo.

Álex Wharton había sido mi novio desde la secundaria. Nuestras familias se conocían aunque él era claramente de otra parte de la ciudad, la parte mala, aunque eso no era algo que yo diría en voz alta.

Mi mamá y mi papá son una familia prominente en nuestra pequeña comunidad. Mi padre estuvo en el Consejo del alcalde cuando yo era niña, y es profesor de ciencias políticas en el colegio comunitario. Mi mamá es enfermera en la sala de recién nacidos del hospital local.

La familia de Álex es un poco más casera. Su madre es una madre soltera, y trabaja en la cafetería del instituto. La madre de Álex siempre había sido bastante agradable... se llama Geraldine.

Álex es el más joven de sus tres hermanos. Sus dos hermanos mayores estuvieron en la cárcel por drogas o algo así. Siempre fue un tema delicado del que nadie hablaba. Pero él era diferente, tan dulce y lindo, aunque era muy nerd en la secundaria. Pero no importaba, ya que en ese momento ni siquiera consideraba a los chicos.

Algo pasó justo cuando llegó al instituto. Algo cambió. En su primer año, empezó a ser más alto. Me di cuenta de eso, y vi que había empezado a crecer. Parecía un cruce entre Harry Potter y Harry Styles, pero más guapo, y probablemente más alto, y aun así se veía delgado.

Un día, cuando celebraba mi cumpleaños con helado y pastel en Niza, Martha se acercó a mí cuando estaba eligiendo un sabor en el mostrador -creo que era praliné de mantequilla- y se volvió hacia Álex, que también estaba allí, y le dijo: —Lucía, ¿conoces a este joven tan bueno, Álex Wharton? Trabaja en la tienda de patines de enfrente y es un chico muy dulce. Barre mi cafetería por la noche.

Álex se puso ocho tonos de rojo. Cada uno de nosotros murmuramos —hola— y él se fue. Y esa fue nuestra infame presentación.

Sin embargo, a lo largo de los años, siempre me decía —hola— y me sostenía las puertas, lo cual me parecía tan adorable. La verdad es que yo estaba un poco enamorada de mí misma. Para entonces, me había vuelto muy popular, y los chicos hacían cola. Probablemente no habría notado a Álex si se hubiera acostado frente a mí.

Me gustaban los chicos malos, y uno en particular, Taylor Hecht. Era dark, como súper dark. Parecía una versión extremadamente mala pero más sexy de James Dean. Curiosamente, tenía un póster de James Dean en mi pared en quinto grado, y juraría sobre una Biblia que estaban relacionados de alguna manera.

Taylor fumaba cigarrillos sin filtro y bebía Jack Daniels en una petaca en la entrada de la escuela, y ningún profesor decía una palabra. Una de las razones, siempre asumí, era que su padre era el juez más respetado del condado. Mirando hacia atrás, probablemente se acostaba con todos los profesores de la escuela, incluyendo los hombres.

Aun así, estaba tan enamorada de él. No podía importarme menos dónde había estado su polla, mientras fuera su chica principal. Y lo fui, por un tiempo. Las chicas del equipo de waterpolo me odiaban por ello.

¿Por qué el waterpolo? Bueno, esas chicas eran las únicas deportistas que no sólo eran guapas, como las animadoras, sino que tenían el elemento añadido de ser consideradas chicas malas. Todas eran drogadictas, y todas eran rubias. Eran espeluznantemente similares, pero a los chicos no parecía importarles. Sabían que podían echar un polvo fácilmente si asistían a una fiesta de waterpolo.

Jessie Smith casi me golpeo una vez durante la práctica de porristas en la pista. Yo estaba coordinando una pirámide cuando ella irrumpió. Aparentemente, se había dado cuenta de que yo estaba saliendo con Taylor. Ella también era grande, como diez centímetros más alta que yo. De repente, estaba mirando su nariz mientras me enfrentaba, justo en mi cara. Mis compañeras de equipo entraron todas en pánico.

—Oye, Lucía, ¿por qué eres tan zorra? Taylor y yo hemos estado saliendo durante un año. Ya lo sabes. ¿Es muy difícil para ti mantener las piernas cerradas? Sí, debe ser eso. He oído que tu padre está pensando en enviarte fuera del país antes de que traigas a casa una ETS y avergüences el nombre de la familia Abreu.

De repente, como si un ángel guardián hubiera coordinado el momento, Taylor se acercó en medio de la pelea, me acercó a su cuerpo y empezó a besarme. Entonces le dijo mientras me dejaba sin aliento: —Oye, Jessie, ¿hay algún problema?

Ella se fue furiosa, y yo estaba tan mojada que pensé que todos en el equipo de porristas se darían cuenta.

Álex salió del vestuario y vio el abrazo. Parecía triste. De repente, empecé a verlo de forma diferente, pero aún no había superado lo de Taylor, aunque sabía que Jessie había estado diciendo la verdad: Taylor había estado jugando y saliendo con las dos al mismo tiempo.

No estaba lista para crecer todavía. Todavía quería estar con el chico malo, aunque sabía que esa elección no me llevaría a ninguna parte.

Capítulo 6

Lucía

En ese momento de mi historia, todavía era conocida en la escuela por ser la animadora buena con el chico malo. Era un sentimiento realmente grande. Era como ser una chica mala, pero sin el registro de detención juvenil.

No he cambiado mucho. Todavía me gusta el peligro.

Taylor me recogía todos los días en su dulce Camaro plateado, y yo salía corriendo con mi uniforme demasiado corto de animadora y me subía en el asiento del pasajero. Se alejaba tan rápido que casi vomitaba. Teníamos una rutina, y esperaba que nunca terminara, como hacen los niños cuando son jóvenes.

Cada día, se alejaba de los límites de la escuela y aparecía detrás de una granja lechera. Tal como sabía que iba a pasar, se abalanzaba sin avisar bajo mi falda. Ponía su cabeza debajo de ella y se hacía cargo. Era como si nunca pudiera tener suficiente. Sabía que no podría tener nunca suficiente.

Algunos días, pensaba que podría salir volando del planeta de lo caliente que me tenía. A veces se burlaba de mí, parándose justo en el medio para encender un Camel y se quedaba mirando por la ventana de manera pensativa, dejándome húmeda y palpitante. Yo lo miraba y él contemplaba alguna decisión crítica de la vida, o al menos eso es lo que pensaba entonces.

Sostenía el cigarrillo con el pulgar y el índice y fumaba por la comisura de la boca. Yo lo miraba como si realmente... y él me ignoraba durante un corto tiempo hasta que me relajaba, y luego me retomaba de nuevo.

Me quejaba y a veces gritaba, y no había nada que pudiera hacer sino rendirme a ello. Me mojaba tanto al repetir las actividades de la tarde en mi mente durante las conversaciones en la cena, que tenía que dejar la mesa. Pensaba entonces que, si alguna vez me dejaba, probablemente nunca volvería a sentir ese tipo de calor. Esa parte podría haber sido cierta.

Álex no era tan escandaloso, o al menos no lo demostraba, y yo ansiaba el elemento de peligro. Me di cuenta de que intentaba llamar mi atención unas cuantas veces, pero no iba a ser por mucho tiempo. Yo era la chica de Taylor, y eso era todo.

En el verano de mi tercer año, fui a dejarle algo a mi padre a su trabajo. El equipo de fútbol a veces tenía escaramuzas en su campo, y allí estaba él, Álex Wharton, ahora un estudiante de tercer año.

¡Santa pubertad retardada! Este no era el tipo escuálido de hace años, y de repente no podía quitarle los ojos de encima. Era un mariscal de campo del equipo de fútbol ahora: musculoso, y absolutamente hermoso.

Tenía el mismo pelo oscuro y ondulado y la piel color oliva, pero los bíceps abultados y los abdominales marcados hacían difícil creer que era el mismo adolescente desgarrado, estaba todo crecido. Después de dejar los archivos de mi padre, fui a sentarme en las gradas a verlo jugar.

Taylor me había engañado varias veces hasta ese momento, y yo ya había superado todo el asunto del chico malo de todos modos. En lo que a mí respecta, Jessie podía quedárselo.

Vi a Álex coordinar las jugadas con su receptor. Lo vi correr y lanzar y conectar las maniobras, y recuerdo que pensé en ese momento, como si alguien me hubiera dado un guión, me voy a casar con ese chico algún día.

Después de la pelea, corrí para alcanzarlo. Para mi sorpresa, también lo hicieron otras chicas. Me abrí paso hasta el frente y lo llamé.

—Oye, tú. ¿Cómo va eso? Felicidades por ser el primer mariscal de campo de la universidad. Eso significa que nos vamos a ver mucho—.

Apenas se dio cuenta de mí, lanzándome sólo una mirada superficial.

—Sí, genial.

Una cosa de mi personalidad que siempre me ha servido bien es que nunca pierdo, y pensé, ¡Oh no, no me acaba de ignorar!

Me acerqué a él y le ladré.

—¿Qué, eres tan engreído ahora que crees que eres demasiado bueno para mí? Será mejor que lo superes. Aún no has ganado un partido, y espero que juegues fuerte y no sólo estés salvando las apariencias porque si es así no querré ver como lo arruinas. Eso no dejaría una buena imagen tuya. Oh, y por cierto, no te animaré si apestas. Nos vemos.

Me fui furiosa, dejando que me tuviera una buena vista de mi culo. Cuando miré hacia atrás, él me estaba viendo salir, y allí mismo supe que lo tenía. Miré hacia otro lado y seguí caminando, y cuando llegué al estacionamiento, ahí estaba.

—Hola, Lucía. ¿De qué iba eso? Creo que te lo tomaste mal. No soy ese tipo. No soy nada engreído. De todos modos, ¿todavía estás con Taylor?

Me reí y sacudí mi cabeza negando.

—Grandioso—. ¿Quieres tomar un café conmigo en Niza? Necesito un enorme tazón de café o algo así. Estoy agotado. Son los mejores cafés en la forma que Martha los hace. ¿Quieres unirse?

Sonreí, asentí con la cabeza otra vez, y me subí a su motocicleta súper sexy, dejando mi auto en el estacionamiento. Decir que tenía un don con los hombres en ese entonces era un eufemismo.

Desde ese momento, fuimos inseparables, hasta el día en que nos casamos en mi decimoctavo cumpleaños. Nos fugamos, en realidad.

Saltó de la cama un día después de una ronda épica de hacer el amor y dijo: —Hagámoslo—. A la mierda. No quiero esperar hasta que tengamos el dinero o tus padres crean que estamos listos. Yo estoy listo. Tú estás lista. Hagámoslo.

Y lo hicimos. Fuimos a una estación de esquí local y contratamos a un ministro para hacerlo, y eso fue todo. El andarivel de camino a la bajada decía “Recién Casados”.

Debería haber dicho “recién sacados los pañales” pero ¿quién lo podría saber? Pensé que lo tenía todo resuelto en ese entonces. Álex y yo decidimos enseguida que tendríamos hijos. Yo quería ser una ama de casa, y él se sintió muy bien con sus opciones para conseguir un trabajo como entrenador.

Había sido reclutado en una escuela superior de fútbol, y jugó los cuatro años. No llegó a ser profesional como esperaba, pero se especializó en medicina deportiva y tenía grandes sueños. Desafortunadamente, no fue así. Sólo logramos los pequeños sueños.

Me gradué en el instituto y patiné por la universidad tomando malas clases y animando. Pensé que tal vez me especializaría en contabilidad, pero cuando eso fue demasiado difícil, opté por un título de asociado en negocios.

Así que, mientras Álex terminaba sus últimos dos años, yo me quemaba el cerebro por la noche y cortaba el pelo o hacía de niñera de día. Estaba bien. No tenía ninguna ambición más allá de tener los hijos de Álex y ser la esposa del entrenador. Ese era mi plan, y me parecía bien.

Pero, como dije, los planes cambian. Los míos seguro que cambiaron, sin ninguna aportación o acuerdo por mi parte. Aparentemente, los planes no requieren el permiso de uno para cambiar.

Así que, cuando pensé que enviar mi currículum había sido una completa pérdida de tiempo, Adrián Medina me llamó directamente. No un gerente de área, no alguien de Recursos Humanos, sino el abogado para el que trabajaría, él mismo.

Casi me caí de la silla cuando contesté el teléfono y él estaba en la línea. Después de dar tantos pasos en falso, no podía creer que una empresa de trabajo real me llamaría.

—Quería hacerle saber que me gustaría darle la oportunidad de trabajar para mí— dijo.

Sonaba digno, sofisticado, tanto que mis bragas se mojaron con el sonido de su voz.

Es sólo porque es un tipo importante, me dije a mí misma. Realmente necesito este trabajo, cualquier trabajo, y el socio fundador me está llamando.

Tuve que admitir que podría ser más que eso. No había tenido sexo desde que Álex se fue, y para entonces las cosas se habían enfriado considerablemente en el departamento del sexo.

Álex y yo nunca tuvimos el tipo de sexo que Taylor y yo habíamos tenido. Lo había justificado diciéndome a mí misma que el sexo con el chico bueno con el que te casas es diferente al sexo con el chico malo que te rompe el corazón. Además, tener sexo para intentar procrear, y

fallar repetidamente, es mucho menos divertido que tener sexo cuando eres joven y despreocupado como lo éramos al principio.

Aun así, había algo más que podría explicar por qué podría sentirme atraído por Adrián Medina. Mientras investigaba el trabajo en anticipación a la solicitud, había visto una foto suya en el sitio web del bufete, y tuve que admitir que, aunque era mayor que yo, también era mucho más atractivo que la mayoría de los chicos con los que había crecido. Y aquí estaba llamándome, queriendo que trabajara para él.

Eso haría que cualquier chica heterosexual empapara todas sus bragas, o al menos eso es lo que me dije a mí misma para no sentirme tan tonta.

Traté de olvidar mi extraña atracción por el hombre del teléfono que me ofrecía un trabajo y en lugar de eso me alegré de que me ofreciera un empleo, un empleo que necesitaba desesperadamente.

—Gracias— dije, muy feliz por la oportunidad de trabajar para él. —¿Cuándo empiezo?

—Tan pronto como puedas— dijo, y así mi destino comenzó a desarrollarse mucho antes de lo que había previsto. A pesar de que tuve que esperar un par de meses para recibir una oferta de trabajo, ahora tenía que empacar y mudarme al otro lado del país.

Martha me dijo que la mudanza será buena para mí y que estaba orgullosa de mí. Sólo esperaba que tuviera razón. También esperaba poder mantener mi atracción por Adrián Medina bajo una cubierta súper secreta, ya que sería una maldita tonta si me enamorara de mi nuevo jefe.

Capítulo 7

Lucía

Es lunes: mi primer día completo en una nueva ciudad, y mi primer día en mi nuevo trabajo. Me despierto desorientada y, al principio, asustada por mi propia cordura. Aquí estoy, sola. Mi marido me había dejado. Y luego me fui de la ciudad y del estado para tomar un trabajo cómodo para el que no estaba calificada. También había dejado todo y a todos los que había conocido.

Cuando mi alarma se disparó por trigésima vez, no quería llegar tarde en mi primer día, pero maldita sea, ese botón de “posponer” siempre es tan tentador... Levante mi cabeza y la deje caer sobre la almohada.

Esto no es un sueño, me dije a mí misma. Hiciste tu cama, y luego la deshiciste para dormir de nuevo, así que ahora levántate de ella.

La cama en cuestión estaba rodeada de cajas. De hecho, toda la casa de la ciudad en la que estaba actualmente estaba llena de cajas. La alquilé con prisa; era la primera que encontré en mi apuro por mudarme a Albuquerque que se veía medio decente y estaba en una linda zona del pueblo, Nob Hill. Lo único que había desempacado era el traje que planeaba usar en mi primer día de trabajo y la cafetera.

Suspire, temiendo haber cometido un gran error. Mi voz interior comenzaba a gritarme.

No llores, Lucía Abreu. No te atrevas a llorar. Ahora no es el momento. No lo hagas.

Trague con fuerza y me arrastre a la cocina para coger mi café de la cafetera que acababa de enchufar y encender. Mientras bebía el elixir humeante de pie en mi nuevo balcón, vi un pequeño buzón de petirrojo en el patio de enfrente.

Ese buzón me hizo tanto reír. No era un maldito pájaro de Twitter, pero era lo más cercano a uno que haya visto. Me calmo, pensando que tal vez el destino me estaba haciendo saber que quería que alquilara este lugar para poder ver un buzón gracioso después de todo. Tal vez todo iba a salir bien.

De repente, me doy cuenta de que un niño de unos 12 años me estaba mirando mientras me sentaba en mi baranda en ropa interior. Para su decepción, su madre me vio y le tapo los ojos. Me lanzo una mirada de desaprobación y empujo al niño de vuelta a la casa.

Cielos, creo que no es peor que un traje de baño. Luego miro mis tetas y me doy cuenta de que mis pezones estaban parados en el aire ligeramente frío. Pero, aun así, el niño probablemente ya tiene toneladas de erecciones. Tranquílícese, señora.

Rápidamente me visto con la ropa que había dejado fuera - un conservador pero halagador traje de falda gris, que asumo es como se visten los asistentes legales, aunque no tengo ni idea - y

me dirigí a mi nuevo trabajo.

Cuando llegué, me di cuenta de que el estacionamiento es gigantesco. Esta no es una empresa de pueblo. En Stone, cuando la gente necesita un abogado para un testamento o Dios no permita un caso criminal, simplemente aparcamos en la calle delante de una de sus pequeñas oficinas, que normalmente está fuera de su casa. Aparentemente hacen las cosas de forma muy diferente en Albuquerque.

El Uber me dejó en el nivel tres y me perdí. Tenía que tomar un ascensor hasta el nivel del vestíbulo y luego tomar un puente de conexión al edificio B y luego tomar el segundo conjunto de ascensores hasta el Penthouse, donde se encontraba el bufete de abogados.

Era tan abrumador que por un segundo, casi me di la vuelta y me largaba a casa. Excepto que la nueva casa era sólo mi “hogar” porque mi trabajo estaba aquí, y no tenía ni idea de por qué necesitaría vivir allí si no lo tuviera.

¿Se había equivocado Adrián Medina? ¿Por qué me contrató para trabajar aquí cuando ni siquiera podía encontrar el maldito lugar? ¿Y si no podía trabajar aquí?

Tragué con fuerza por centésima vez desde que me mudé y volví a secarme las lágrimas. Tenía que aprender a silenciar mi autocrítica o me quedaría paralizada por el miedo.

Finalmente, llegué al bufete de abogados y tome el ascensor hasta el piso 15. Las elegantes puertas dobles alfombradas en azul se abrieron a la zona de recepción.

Puse mi mejor sonrisa y di un paso adelante. No había sólo uno, sino dos escritorios con recepcionistas. Un hombre elegante y correcto se sentaba detrás de uno, pero no me miraba, ya que su atención estaba en algún tipo de papeleo.

En cambio, una recepcionista de aspecto sarcástico miró en mi dirección y me señaló con el dedo. Ella estaba respondiendo unas pocas líneas telefónicas y claramente no lo estaba disfrutando. Llevaba gafas negras y tenía el pelo a juego, negro. Apuñalaba los botones del teléfono con unas uñas de color rojo brillante.

De vez en cuando ajustaba la boquilla de su auricular como si fuera una necesidad, y levantaba su trasero en la silla y se reposicionaba. Aun así, nunca me miró, aunque debía saber que estaba aquí.

—Ramos, Morales, Ortega y Medina, ¿puedo ayudarles? Conectando. Bufete de abogados Ramos, habla Erin. No, no llamaste a una tintorería.

Golpeo con el dedo un botón del conmutador y puso los ojos en blanco con exasperación. Finalmente, me miró de nuevo, durante una pausa en las llamadas telefónicas. Sabía que era ahora o nunca, así que abrí la boca.

—Hola, empiezo hoy. Soy Lucía Abreu. Seré la asistente ejecutiva de Adrián Medina.

Suspiro y, como si la estuviera matando, dijo: —Sí. Lo llamaré.

Me retiro.

—Sr. Medina, ella está aquí. Sí, su nueva contratación. Lucila o Lucía o lo que sea. Sip. Se lo diré.

Me mira una vez más y me dice: —Está listo para recibirte. Serás su nueva asistente ejecutiva.

Se rió. Yo sólo me quede mirándola.

—Sabes que es una forma elegante de decir secretaria legal a la antigua, ¿verdad?

Asiento, habiendo ya pensado que era un título tonto. Pero como es lo que Adrián había usado como descripción del trabajo en el teléfono, pensé que debía seguir usándolo.

De repente, el recepcionista masculino detrás del otro escritorio mira hacia arriba y la mira fijamente.

—Erin, no seas grosera con los nuevos contratados.

Ella lo ignora.

—Baja por allí, gira a la izquierda en máquina de agua y a la derecha en cuanto llegues al baño de hombres— me instruyo, señalando con un dedo escarlata hacia un largo pasillo a su derecha.

No tenía ni idea de lo que quería decir, pero empecé a irme. No iba a desafiarla y empezar mi nueva aventura con el pie izquierdo. Quién sabe, podría necesitar su ayuda alguna vez.

—Gracias, Erin— dije con toda la sinceridad posible, aunque no se haya presentado.

Ella me dio una media sonrisa. Sonreí mientras pensaba, maldición, algo debió haberse metido por tu trasero y murió. Gracias a Dios, no estoy trabajando para ti. Dios mío.

La miré después de empezar a caminar, un mal hábito en realidad, y entonces vi que me estaba mirando caminar.

Inmediatamente me sentí cohibida y me toco alrededor para asegurarme de que había metido bien mi blusa en mi prisa esta mañana. Sí, estaba metida.

Alisé mi cabello con una mano y me resistí a la necesidad de volverme a dar la vuelta para ver si Erin seguía mirando. Probablemente quería meterse con la chica nueva, y si era así, qué perra.

Probablemente era bueno que mis pensamientos estuvieran atascados en mi cabeza y no tuvieran forma de ser transmitidos. Si tuviera el Síndrome de Tourette o alguna otra aflicción que me obligara a decir lo que está prohibido, en cualquier día de mi vida, seguramente perdería muchos amigos. De eso estaba segura.

Después de dar una vuelta completa al piso del Penthouse, finalmente termine de nuevo donde había empezado. Estaba tan avergonzada, pero luego me sentí aliviada al ver al recepcionista masculino pararse y caminar en mi dirección, antes de que Erin, que estaba ocupada contestando los teléfonos otra vez, tuviera la oportunidad de darse cuenta.

—Lamento que algunos de nosotros seamos tan groseros— se burló, en voz baja. —Déjame mostrarte el camino. Está claro que como eres nueva aquí alguien debería haberte escoltado, pero nadie lo hizo.

Miro a Erin, que por suerte todavía estaba distraída con los teléfonos. A ella no le importaba que él hablara mal de ella, y me alegro de que no pareciera darse cuenta de que era una pequeña oveja perdida.

Lo seguí por el pasillo, uno totalmente diferente al que había tomado la primera vez, y me dijo: —Soy Claudio, y esa era Erin. Lamento que fuera tan grosera. Bienvenida a Ramos, Morales y Ortega. Y Medina.

Añadió la última parte como una idea de último momento.

—El Medina es nuevo en el nombre— explico, haciendo gestos como si una nueva presencia hubiera invadido el bufete. —Y también lo es Erin. Adrián Medina se unió recientemente a la firma; era un practicante solitario pero su padre es un socio importante, si no casi senil, que movió algunos hilos para que entrase.

Me miro expectante, probablemente preguntándose cuánto de esto ya sabía yo. No sabía nada de esto aparte de lo que una búsqueda superficial en Google me había revelado, así que le dije que sí, animándole a que siguiera informándome, lo cual hizo.

—Además, tiene dinero y buenos casos, y por alguna razón -probablemente porque les gusta aumentar la carga de trabajo de todo nuestro personal- los socios originales decidieron que querían aventurarse en los casos de los demandantes, que es lo que hace Adrián— continuo Claudio.

Su ligero acento francés cortaba el final de sus palabras, haciendo que todo lo que decía sonara más bonito de lo que el tema merecía.

—Erin llevo con él, y al principio no estaba seguro de por qué, porque como puedes ver, como recepcionista, no es la más amigable— dijo, haciéndome reír. —Pero no te preocupes, ella te ira conociendo y termina siendo muy amable con la gente que le gusta. Estoy seguro de que le gustarás.

Me sonrió, pero de forma sincera, y no como si me estuviera tirando los tejos. Estoy bastante segura de que es gay. Me alegre de que me hubiese ayudado y esperaba poder hacerle las preguntas que estaba segura que tendría más tarde.

—Bueno, aquí tiene, Srta. Lucía— dijo, señalando una oficina. —Que tenga un buen primer día.

Se dirigió al vestíbulo desde donde empezamos. Y aquí estaba, justo delante de mí, mi destino, como lo demostraban las palabras en la puerta de la oficina, más allá del baño de hombres.

Esto era todo. El comienzo de una nueva vida. Esperemos que no lo arruine demasiado.

Capítulo 8

Lucía

Miro las letras doradas que deletreaban el nombre de Adrián Medina en la placa. No podía creer que fuese a trabajar para alguien que aportaba tanto dinero e influencia a la empresa, ya sea como su elegante asistente ejecutiva o su secretaria a la antigua usanza.

Estaba pasando los dedos sobre las letras en relieve de la placa, intentando reunir el valor para llamar, cuando oí una voz fuerte castigando a alguien adentro, alguien que sólo pude suponer que era Adrián. Apenas pude distinguir las palabras, pero escuché las partes importantes alto y claro.

—Adrián, no puedo creer que hayas hecho esto a espaldas de los socios de esta manera. Te lo dijimos, sólo asistentes masculinos. Sabemos que tienes planes para ella. Tienes que empezar a pensar con tu cerebro y no con tu pene. No está de moda, no en estos días. No vamos a caer por tus devaneos en una demanda por acoso sexual. ¿Me oyes? No es aceptable ser un canalla, no hoy en día, y ciertamente no es un look bienvenido para la firma.

Otra voz que asumí que era la de Adrián se apresura a responder: —Oh, Antonio. Estás exagerando. ¿Cómo puede ser que fuera aceptable ser un canalla cuando conociste a Martina, pero ahora es esta gran cosa horrible que nadie excepto tú tiene permitido ser?

—Ya lo hemos discutido— la otra persona, Antonio, aparentemente, le devolvió los disparos. —No era aceptable cuando lo hice y queremos asegurarnos de que la empresa estará protegida. Dijiste que lo entendías y que estabas de acuerdo.

—Lo hice, y lo hago— respondió Adrián. —Claro, la nueva chica es atractiva por sus fotografías, pero no haré nada con ella en el trabajo. He aprendido la lección. Y lo que hago en mi tiempo libre francamente no es asunto de los malditos socios.

¿Debería haber estado escuchando esto?

—Adrián, sabes que no es así.

—Lo sé, lo sé. Era sólo una broma. Tampoco voy a verla fuera de horario. Relájate.

—Esto no es un asunto gracioso. Estás advertido, amigo mío.

Tome esto como mi apertura y golpee la puerta muy ligeramente. Había pensado en huir, pero, conociendo mi suerte, que siempre era mala, Erin me encontraría en el pasillo y me denunciaría a Adrián como demasiado tonta para trabajar aquí. Así que pensé que no tenía más remedio que terminar con esto y hacer mi entrada.

Alguien grito: —¡Entra!

Pero estaba tan nerviosa que me quede paralizada, en parte porque tenía miedo de interrumpir la acalorada discusión y en parte porque sentía que tendría que ser muy cuidadosa en este lugar, en esta oficina de abogados.

Todo era tan formal, tan caro, tan intenso... los muebles, las obras de arte, las letras de oro, el personal. Incluso había una pared de huevos de Fabergé encerrados en una vitrina de cristal justo detrás del sofá de la recepción.

Y aunque estaba distraída por el pelo negro y crespo de Erin y sus dientes ligeramente torcidos, me había dado cuenta de las pinturas firmadas en la pared del vestíbulo. Eran realmente caras. Trague con fuerza.

Entonces oí, —¡He dicho que pases!

Oh, no. Ya he destruido mi primera impresión pensé. Y como siempre me dijo Martha, sólo tenía una de esas.

Empecé a empujar la puerta para abrirla y se balanceo hacia atrás.

Había un viejo de pie al otro lado y me extendió la mano y le sonrío a Adrián, como si me aprobara como su última contratación. Sentí que el viejo me estaba desnudando con los ojos, así que me tiré de la falda nerviosamente.

—Lester Medina— dijo, mientras le daba la mano.

Lo empezaba a entender todo. Este era el padre de mi nuevo jefe. La razón por la que Claudio me dijo que Adrián había unido fuerzas con la firma.

Entonces, Lester le dijo a Adrián, —Como dije, nunca llegamos a un acuerdo en la corte, pero en la vida, bueno, esa es una historia bastante diferente, mi amigo. Llegar a un acuerdo, esencialmente es domar la rebelión, pasar de niño a hombre, esta puede ser una hermosa transición.

Recordé que Claudio había dicho que Lester estaba medio senil y hasta ahora todo encajaba. Al mismo tiempo, el otro hombre parado al lado del sofá donde un tercer hombre, supongo que Adrián, estaba sentado, dijo: —Lester, gracias, pero ya puedes irte.

Adrián dice: —Sí, gracias papá, ya no te necesitamos aquí.

Lester los ignora, en cambio se volvió hacia mí y me dijo: —Y tú debes ser la hermosa Lucía Abreu. Bienvenida.

Tartamudee un agradecimiento, y cuando paso por delante de mí dijo por sobre su hombro: —Adrián, hablaremos más tarde.

—Sí— respondió Adrián, y luego asintió con la cabeza al hombre que quedaba en la oficina. —Tú también, Antonio. Hablaremos más tarde.

Antonio siguió a Lester, parándose para estrechar mi mano. Era atractivo, pero no tan atractivo para mí como Adrián. Vi un anillo de bodas. Y entonces, después de que ambos nos hubiésemos presentado, Antonio también se fue, y sólo quedamos mi nuevo jefe y yo.

Me pare en el marco de la puerta y algo bastante extraño sucedió. Me había quedado sin aliento. Mire a Adrián, sentado en un ultramoderno sofá gris tapizado estilo salón. Del tipo que tiene elegantes patas de madera.

Dios mío, tenía un cuerpo precioso. Me quede mirándole, sin poder hablar.

Ya sabía por su perfil en la página web del Colegio de Abogados que era guapo y poderoso. Sabía por nuestra llamada telefónica que su voz sonaba imponente. Y ahora sabía que quería estar conmigo, al menos según el otro abogado, Antonio, que le estaba gritando en el mismo momento antes de entrar.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral mientras pensaba en todas las formas en que este hombre, mi nuevo jefe, podría profanarme, y necesitaba una buena profanación, habiendo pasado tanto tiempo sin nada parecido al calor de un hombre. El solo pensarlo era suficiente para hacer que a una chica se le debilitasen las rodillas y se le mojaran las bragas.

Intente sacarme de la cabeza todos esos pensamientos prohibidos. Necesitaba concentrarme en el aquí y ahora, y en lo que Adrián estaba haciendo.

Había empezado a hablar en una grabadora, dictando algunas notas, supuse, pero la dejó de lado y me miro directamente. Tenía una pierna cruzada sobre la otra, y mis ojos se dirigieron inmediatamente a sus zapatos de cuero marrón. Parecían muy caros. Entonces mis ojos se posaron directamente en el paquete ligeramente abultado debajo de sus pantalones.

Él miro hacia arriba, y sentí como mis piernas cedían allí abajo. Esto no era el tipo de atracción que había sentido por Taylor. No era un chico malo del instituto que me mojaba con sólo entrecerrar los ojos y fruncir el ceño.

No, esto era diferente. Adrián es exquisito. Probablemente sea veinte años mayor que yo, con mechones de pelo gris ondulado y gafas de carey marrones que enmarcan su pelo castaño oscuro. Sonríe, y pienso: —Lucía, concéntrate—. Concéntrate. No es el momento para desvariar.

Pero era demasiado tarde.

Di un ligero paso adelante y él se presentó, aunque no estaba escuchándolo. Me imaginaba sacándole las gafas, descruzando sus piernas, y poniéndome a horcajadas sobre su abultado paquete aquí y ahora. Quería poseerlo y llevarlo al éxtasis.

Algo eléctrico estaba sucediendo. Examine sus brillantes ojos azules y sus perfectas patas de gallo... ...y de repente su voz me sacó del estupor. La atracción instantánea que siento por él tendrá que esperar. Es mi nuevo jefe, después de todo. Pero la química es real e innegable.

¿Es el poder? ¿Son sus aparentes millones... tal vez miles de millones? Todo lo que sé es que

nunca me había sentido así. Estaba abrumada.

Capítulo 9

Lucía

—¿Lucía Abreu, supongo?

¿Acababa de decir, supongo?

Yo tome aire.

Esto era demasiado. Normalmente, pensaría que era un tipo muy pretencioso, pero ahora mismo, sentía que era perfecto y muy sexy.

—Um, sí. Sí, señor. Soy Lucía Abreu. Esa soy yo. Lo logré.

Quise hacer un hoyo en la tierra para esconder ahí mi cabeza junto con la vergüenza - sonaba como una cabeza hueca - pero simplemente sonreí e intenté continuar, aunque tenía la lengua totalmente trabada.

—Hermoso... Um, hermosa oficina. Y hermosos huevos...

—¿Huevos?

—Uh, sí. La vitrina... ¿Huevos de Fabergé?

—Oh, sí. Gracias. Esa fue mi adición a la decoración de la oficina en realidad. Una reliquia familiar. Gracias. Entonces, Lucía. Lucía, sí... Eres una sorpresa bastante extraña. Nunca he contratado a nadie sin antes conocer al contratado, pero sí, eres una extraña sorpresa.

¿Qué quería decir exactamente con eso?

—Uh, toma asiento. Bienvenida. Tendrás tu propia oficina, por supuesto, que con gusto te mostraré un poco más tarde, pero por ahora repasemos algunos aspectos básicos iniciales: cómo me gusta hacer las cosas, mis clientes, ese tipo de cosas.

Intente seguirle el ritmo, pero seguía oyendo: —Con gusto te mostraré...

Me senté en una silla en el lado más alejado de la oficina y me di cuenta por su expresión que pensaba que mi elección de asiento era rara.

—Oh, ¿debería sentarme más cerca? — Le pregunte inmediatamente. —Quiero decir...

—No, si estás cómoda allí, supongo que está bien. Pero este sillón es bastante grande, y tenemos mucho que revisar, así que....

Él sonrió a medias. Estaba teniendo un gran comienzo. Si tuviera un martillo, me golpearía la

cabeza con él.

—Por supuesto, señor. Me acercaré más...

—Sabes, puedes llamarme Adrián. Me encanta la formalidad, ciertamente. Es conciliador, así que gracias por eso, pero no es necesario. Adrián está bien, Lucía.

En serio, ¿conciliador? Me encanta su excéntrica elección de palabras. Sólo deseo saltar sobre él. No podre soportarlo.

La atracción es más que palpable. Siento como si hubiera una cuerda entre nosotros, y alguien la está tirando cada vez más fuerte hasta que no quedara nada más que hacer que dejar que nuestros labios se encuentren.

Pero a pesar de la aparente fiebre que amenazaba con arruinar cualquier pizca de profesionalismo que quedara en mí, me acerqué al sofá y me senté a su lado. Esperaba y rezaba para poder mantener la calma.

—Genial, así está mejor— dijo. —De esta forma no tendré que gritar. Vaya. Eso está bien.

Lo mire, confundida. Él estaba mirando en dirección a mi pecho, así que, en vez de llamarle la atención, me quede mirando al frente. ¿A qué se refiere?

Bajo la voz. —Tu corazón. Es extremadamente hermoso.

Mi corazón. Oh, Dios mío. Esto no estaba sucediendo.

Entonces se me ocurrió que se refería al collar de platino que Álex me había comprado. Miré hacia abajo y puse mi mano en el amuleto.

—Oh, gracias. Mi... exmarido... me lo compró. Él es un bastardo. Pero este amuleto me encanta. Ocupa un lugar especial. En mi corazón, como acabas de decir...

¿Qué diablos me estaba pasando? ¿Por qué acababa de compartir tanto? ¿Y por qué mi cerebro no podía hacer que mi boca formara las frases correctas que quería decir?

Este hombre claramente estaba generando un efecto real en mí. Se me ocurrió, cuando mire hacia arriba y lo vi sonriendo y casi guiñando el ojo, que el coqueteo podría ser mutuo. ¿Podría ser que sólo yo me sintiera así? ¿O es que la atracción era mutua?

Yo sonreí dulcemente, y finalmente él se puso manos a la obra.

—Asumo que conociste a Erin.

Asentí, intentando parecer neutral. Pero mi cara debió delatar mi leve desdén.

—Oh, ella es dura al principio, pero no te fijas mucho en su lado malo. Es una gran chica. Y escucha, ella es el pegamento aquí. Si necesitas algo, ella sabe cómo conseguirlo. Confía en mí.

—Lo tengo.

—Sólo quiero repasar algunas de nuestras cuentas corrientes. Y ya has rellenado el acuerdo de confidencialidad, ¿verdad?

—Sí. Antes de empezar.

—Grandioso.

Recogió una carpeta de documentos de una credenza cerca del sofá. Mis ojos se dirigieron a su entrepierna. No podía evitarlo. Se veía grande, como si casi se saliera de sus pantalones. Parecía ser que no tenía más remedio que preguntarme qué tan grande sería realmente y cuanto desearía poder verlo desnudo, sentirlo dentro de mí.

Dijo: —¿Te ha costado encontrarnos?

—Bueno, primero tuve que mudarme aquí. Y luego no pude salir del estacionamiento, y mucho menos del....

Me detuve en seco, dispuesta a no decir ni una palabra más. No necesitaba saber todo esto. Sólo estaba tratando de ser educado.

—De todos modos, te encontré— le dije. —Y estoy muy emocionada de estar aquí, señor... eh, Adrián... y muy preparada, por supuesto, para hacerlo bien..

Casi vomite todo lo que había comido esta mañana cuando me escuche parlotear de esa manera. ¿Acababa de decir que estaba preparada para hacerlo bien? Obviamente, esa no era para nada la elección de palabras que quería ocupar.

Sonrió y se limpió los labios con la mano de una manera vergonzosa y linda. Levanto las carpetas de su regazo deliberadamente.

—Quiero... representarte bien— me corregí. —Soy bastante experta en organización y negocios en general. Así que, seremos la pareja perfecta....

Finalmente me detengo. Me doy por vencida en el acto de hablar. Esto resulto fatal. Me siento al borde del acantilado. No hay vuelta atrás.

—Absolutamente. Bueno, lo harás bien, estoy seguro de ello— dijo, actuando amablemente como si no hubiera cometido un asesinato de cada palabra que salió de mi boca. —Repasaremos algunas cosas claves hoy y la mayor parte del día mañana, y luego estarás por tu cuenta...

Asentí, aunque no me gustaba como sonaba eso. Estaba segura de que aún me quedarían muchas cosas por aprender y que me encantaría que él me pudiera mostrar. Y tampoco me gustaba la idea de estar lejos de su presencia. Desearía poder sentarme a su lado en este sofá para siempre.

—Te dejaré sentarte un poco con Erin para que aprendas el manejo de los teléfonos también,

para que sepas cómo nos gusta que nos contesten, o cómo yo prefiero que se haga de todos modos. Porque cuando no esté en la oficina tu contestarás el teléfono personalmente— continuó. —Los diferentes socios cada uno tendrás que tratarlos de una forma particular, y ciertamente te presentaré con ellos. Ya has conocido a mi padre, el viejo Lester. Es un encanto. No hace mucho trabajo en estos días, y Ruby a menudo le consigue lo que necesita, aunque, como esposa de Ron, ha progresado a tareas más importantes. A él siempre le gustó cuando era una humilde recepcionista, y a ella no le importa traerle su periódico o el té Earl Gray o lo que necesite de vez en cuando. Aún no has conocido a Ron. Ni a muchos de los otros socios. Pero sea como sea, trabajas para mí, así que nada de eso importa realmente. Si recuerdas al menos eso durante la próxima semana, todo resultara de maravillas.

Él sonrió.

Este Adrián Medina es un descarado.

Él y yo podríamos ser una pareja hecha el uno para el otro. Tengo que agradecer al universo por los favores concedidos. Me detuve un instante a analizar cuán brillante y autoritario había dicho, “trabajas para mí”.

Para él y sólo él. Y por eso estaba muy agradecida.

Se inclino con tal fuego y determinación, que casi me lance sobre él. Pero me las arregle para mantenerme inmóvil. Baje la voz y deje salir un poco de la chica sexy. Descruce mis piernas y las cruce en la otra dirección y luego susurre con voz ronca: —Lo tengo muy claro, Adrián.

No sabía por cuanto tiempo podría suprimir esta atracción animal pura que estaba burbujeando dentro de mí por el exquisito Adrián Medina, probablemente esta iba a ser la parte más difícil de este trabajo. Sólo con mirar su preciosa cara se me humedecían las bragas.

Yo trague. Sólo que este trago no era para contener las lágrimas, como la mayoría de mis tragos lo han sido últimamente. Este trago era porque mi corazón latía con fuerza mientras luchaba contra el más puro impulso sexual y el magnetismo crudo que estaba ocurriendo entre nosotros. No estaba ganando la pelea tampoco, ni siquiera cerca de eso, y es sólo el día uno en el infierno del deseo, la hora uno.

Pero saldré victoriosa, lo sé. Porque odio perder.

Capítulo 10

Adrián

3 semanas después

Tener a Lucía como mi asistente había demostrado ser todo lo que pensé que sería. Por un lado, ya había resultado ser una mejor asistente legal que Jeff o su predecesor masculino. No quería ser sexista, pero en mi experiencia, había descubierto que las mujeres solían ser mejores.

Además, está muy caliente, con curvas que se extienden por kilómetros y un cuerpo destinado a la adoración. Y lo adoro, en verdad lo hago. No puedo evitar querer tocarla, aunque se supone que sólo debo mirar. Desde nuestra primera reunión incómoda pero adorable en mi oficina, estaba claro que el sentimiento era mutuo.

Desde entonces, cada vez que Lucía tiene que venir a mi oficina por algo, me hace una linda reverencia, mientras da vueltas a un mechón de su largo cabello castaño. Me doy cuenta de que quiere que la tire sobre el escritorio mientras la penetro por detrás. Estoy esperando la oportunidad de hacerlo sin que mis compañeros me armen un escándalo.

Al principio estaban molestos porque había contratado a una mujer a sus espaldas, y no a cualquier mujer, sino a esta mujer... un bombón moreno relleno de tentación curvilínea. Pero les aseguré que no tenían nada de qué preocuparse. ¿Y qué iban a hacer, despedirme?

Al contrario, estaban muy contentos desde que Lucía había empezado a trabajar aquí. Había encontrado una energía y un vigor renovados. Mi trabajo legal era mejor que nunca, estaba más agudo, aunque sólo fuera porque mi pene estaba siempre levantado al menos a media asta cuando Lucía estaba cerca.

Pero estaba a punto de fracasar en la misión de no actuar según mis impulsos. Mi corazón estaba bombeando demasiada sangre a mi miembro para que yo pudiera manejarlo. Tenía que hacer algo con toda esta energía.

Tenía que admitir que tener a Lucía cerca era bueno para mí. Ella no era como las demás chicas que siempre me dejan llevar el juego. Ella estaba jugando sus propias cartas, bromeando conmigo, coqueteando conmigo.

Estaba feliz por eso, porque la persecución era la mejor parte del juego a veces. Sabía que tan pronto como conquistase mi premio, pasaría a la siguiente conquista.

¿O no sería así esta vez?

Así había sido siempre en el pasado, pero debía detenerme y preguntarme si esta vez era diferente de alguna manera. Cuando se trataba de Lucía, bueno, ella sacaba algo en mí que no creo que ninguna mujer me hubiese provocado antes.

Me encanta su dulce acento sureño. Habla con un tono gentil, pero no campestre. Su risa es genuina y su sonrisa ilumina toda su cara.

Joder.

Mejor dejaba de pensar así antes de hacer la tontería de enamorarme.

Esta tarde, después de que Lucía estuvo en mi oficina para hacer un dictado, no podía sacarla de mi mente. Intentaba decirme a mí mismo que mi obsesión era puramente física. Necesitaba satisfacer mis deseos con ella pronto, antes de volverme loco.

Cerré con llave la puerta de mi oficina y saqué mi pene para poder aliviar parte de la anticipación que burbujeaba hasta la superficie, tanto física como mentalmente. Acaricie mis veinticinco centímetros de potencia y la imagine chupando mi pene con entusiasmo, empujándose por la garganta como una buena secretaria putilla.

Quería que se inclinase sobre mi escritorio para que pudiera extender sus nalgas y ver bien su pequeña vagina. Sabía que estaría muy apretada y mojada para mí.

Tendría que darle unas nalgadas por ser tan mala en el trabajo y dejarse corromper por mí. Entonces tendría que deslizarme dentro de ella y hacer lo que quisiera con ella.

Mientras me acariciaba, me imagine entrando y saliendo de su vagina mientras ella gime mi nombre y grita —Fóllame más fuerte, jefe.

Quiero que se abra bien de piernas y se desnude completamente delante de mí mientras la penetro con fuerza como lo estaba haciendo con mi propia mano ahora mismo, masturbándome, pensando en cómo latiría y pulsaría dentro de ella mientras la reclamaba no sólo como mi ayudante legal sino también como mi amante.

Finalmente, mi objetivo se había cumplido. Pensé en su preciosa cara mientras conseguía mi dulce liberación. Luego tomé un puñado de pañuelos de papel y vacié una gran carga de semen en mi mano. Dios, necesitaba eso.

Me senté apoyando la espalda en mi silla y pensando en salir al balcón de mi oficina a fumar un cigarro y planear cómo seducir a Lucía para que me dejara hacer esto con ella en la vida real. Tenía la sensación de que no sería muy difícil.

En cambio, me invadió el deseo de estar cerca de ella en ese mismo instante, y no sólo de manera sexual. Quería abrazar sus encantadoras curvas contra mí, oler su fresco aroma - juraba que todavía huele a agua salada, como el océano de dónde venía - y pasar mis manos por su pelo que sin duda estaría enredado y sudoroso por el increíble sexo que acabábamos de tener en mi imaginación.

Mierda.

Sabía que estaba absolutamente jodido pensando de esta manera. Esto nunca me había pasado

antes. No soy del tipo que disfruta acurrucándose al lado de una mujer. Lo que me importa es la acción... entrar, salir, y salir.

Joder, joder, joder.

Esperaba follarme a Lucía. No esperaba sentirme así con ella. No esperaba no poder sacármela de la cabeza.

Capítulo 11

Adrián

Me levante, me subí los pantalones y me lave las manos en el lavabo del baño que está adjunto a mi oficina. Decidí llamar a mi hermano y recordarme a mí mismo por qué no mantenía relaciones en el tiempo. Una buena dosis de realidad era claramente lo que pondría todo en orden aquí.

—Hola, hermano, ¿cómo está mamá? — Le pregunte cuando contesto la llamada.

—Aquí como siempre— dijo. —Pondré el receptor más cerca para que puedas oír lo que está haciendo.

Había un sonido de platos chocando y de mi madre diciendo —Por supuesto que no puedes ni siquiera mantener una casa limpia para tu querida mamá. Me haces vivir en la inmundicia....

Cuando mi hermano volvió a tomar el teléfono, dijo: —La suciedad es su culpa. Tengo un ama de llaves que viene a limpiar dos veces por semana, pero cada vez que me voy a trabajar, mamá insiste en hacer un gran lío de cosas y luego me culpa...

—Sé cómo es ella. No necesitas explicarlo— le asegure.

Sentí una punzada de culpa por llamarlo sólo para recordar por qué no puedo dejarme enamorar. Los hombres de mi familia tienen el hábito de enamorarse de mujeres malas y rencorosas. Nuestra madre nos ha estado haciendo la vida difícil desde que nuestro pobre padre se divorció de ella hace años.

—Sabes— le dije a mi hermano, —mi idea es pagarle un centro de vida asistida donde pueda estar bien y cómoda. Hay profesionales capacitados a los que podemos pagarles para que la soporten. Ciertamente ganamos suficiente dinero. Y si quieres, pagaré por todo. Me quitaría un peso de encima el saber que ella no estará molestándote.

—Está bien— dijo mi hermano, suspirando. —No es por el dinero. Le prometí a papá que la cuidaría si algo le pasaba. Así que ahora cumplo con mi palabra.

—Lo sé.

Me lo ha dicho mil veces. Y siempre respondo diciendo que su promesa no significa que tenga que soportar el abuso de mi madre sólo porque mi padre lo haya hecho.

“Cuidarla” podría significar pagar para que viva en un centro profesional donde pueda ser medicada adecuadamente -seguro que parece necesitarlo- y tener compañía, o al menos otras personas a las que mandar y maltratar en lugar de hacer eso a sus propios familiares.

Pero mi hermano es más amable que yo y se siente obligado a dejar que mamá viva con él.

No hay nada que pueda hacer al respecto, excepto recordarme a mí mismo no ser tan tonto en nombre del amor.

Y eso era exactamente lo que acababa de hacer.

—Sólo quería ver cómo iban las cosas. Te llamaré más tarde esta semana para que podamos ir a jugar al golf— le dije

—Está bien. No puedo esperar a llegar al trabajo para poder alejarme de ella— dijo, mientras escucho a mi madre gritar, —¡Le dices de mi parte que no es un buen hijo, ni siquiera quiero hablar con él!

Al colgar, sentí una fuerza renovada en mis metas y expectativas. Tal vez era egoísta de mi parte llamar a mi hermano sólo para recordar mis prioridades, pero había funcionado. Era su elección terminar como esclavo de nuestra madre, pero yo me negaba a serlo. Ni tampoco sería esclavo de ninguna mujer.

Así que esto era lo que iba a hacer.

Me iba a tirar a mi nueva secretaria y le iba a encantar. Pero no nos íbamos a enamorar. El nuestro no sería más que un romance secreto de oficina: corto, dulce y, lo más importante, temporal.

Una vez que lo hubiésemos eliminado de nuestro sistema, podríamos pasar a tener una relación laboral sin toda la tensión sexual que nos distraía. Por eso tenía que sacar esto de mi cuerpo de una vez por todas. Al menos eso era lo que me decía a mí mismo.

Capítulo 12

Lucía

Las pocas semanas que llevaba aquí habían sido muy diferentes a las del primer día en que “Lucía Abrumada” se mudó a la ciudad. Aprendí a darle un masaje a Erin, la bestia. Y con esto quiero decir que tanto literal como figurativamente.

Insistí en los masajes diarios de cuello, y aunque amasar sus nudos era un ejercicio agotador, me imagino que, si la mantiene feliz, estaba bien. A cambio, recibí todos los chismes de la oficina de ella y Claudio, que siempre saben la primicia debido a su ubicación central y sus posiciones modestas.

Me pusieron al corriente de todos los romances de la oficina. Antonio se casó con su socia Martina, y Ronaldo con su asistente legal, Ruby. El mayor cliente de la firma, Gabriel Grayson, se casó con otra asistente legal, Katie. Y todo el mundo estaba bastante seguro de que el tercer socio, Jaime Ortega, tenía un romance de oficina, pero es muy bueno ocultándolo, y todas las mujeres que trabajan en el bufete, excepto yo, parecen estar enamoradas de él, buscando cualquier excusa para trabajar horas extras con él o ir a su oficina para estar a solas, que nadie puede saber con quién está, aunque hay algunas sospechosas principales.

Disfrute consiguiendo la información. Y me hacía sentir mejor saber que no era la única secretaria que había estado enamorada de su jefe. Aparentemente, en esta firma, que Katie llama “Sugar Daddy Central” ...es un evento normal, y los romances funcionaban a veces. Katie era amiga de Claudio y Erin. A pesar de mi impresión inicial, Erin parece ser amiga de todo el mundo, y como dijo Adrián, su grosería era sólo una fachada inicial que ella se pone... y me había dicho que cuando conoció a Gabriel estaba segura de que iban a estar juntos, pero no estaba segura de cómo iba a funcionar.

Dijo que era un tema común que había escuchado de Martina y Ruby - que era una de sus mejores amigas - también. No le dije que tenía sentimientos similares sobre Adrián, pero de alguna manera sentí que ya lo sabía.

También me había resignado a escuchar las críticas de Erin a todos los hombres con los que entraba en contacto, desde los socios del bufete hasta el adolescente que repartía sándwiches en la charcutería de la calle. Si había algo que había aprendido de Erin, era que tiene requisitos irrazonablemente altos cuando se trata de con quién quiere salir. Y, sin ofender, pero no es exactamente un diez perfecto. Un viaje a la peluquería y un poco de maquillaje cuidadosamente aplicado ayudaría mucho, pero aun así, es bueno que tenga una personalidad un poco más positiva.

Cada vez que se queja de un tipo, Claudio la interrumpe con un comentario del tipo: “Nunca entenderé a los heterosexuales. Si no te gusta el tipo, no hables con él.” O, “¡Si te gusta el tipo, díselo al tipo!”.

Estos dos eran muy divertidos juntos, y hacían que trabajar aquí fuera aún más interesante.

Bueno, eso y el hecho de que estaba muy enamorada de mi jefe con el que trabajo todo el tiempo.

Me encanta cómo Erin sabe todo lo que pasa en la empresa. Ella es como una base de datos de leyes y los chismes del vecindario en una sola persona. Espero con ansias nuestra rutina diaria, ya que me ayuda a conocer el terreno.

Después del primer día, empecé a llegar una hora antes cada mañana. Esto era en parte porque pensaba que Erin podría ayudarme con mi entrenamiento durante mi tiempo libre antes de que Adrián apareciera, y en parte porque en el tercer día o alrededor de él, me di cuenta de que ella lo sabía todo y quería compartirlo todo conmigo. Aunque era amable con todos, no parecía tener amigas íntimas en la empresa, así que me eligieron para ocupar el puesto de su mejor amiga.

Además, no me gustaba esta nueva ciudad. Si bien era cierto que venía de un pueblo pequeño sin muchas cosas, era mi hogar. Era pintoresco, y conocía a casi todo el mundo, así que, curiosamente, nunca me aburría.

A Erin le gusta escuchar mis historias sobre la vida en los pueblos pequeños. Más exactamente, le gustaba ridiculizar mis historias sobre la vida en los pueblos. Ella era alguien con quien podía hablar y con quien intercambiar ideas y con el paso del tiempo, habíamos aprendido a apreciar la compañía de la otra.

En Albuquerque, mi nuevo hogar, aunque había mucho donde ir comparado con mi casa, no podía evitar sentirme sola. No conocía a nadie, y me encontraba constantemente sola y aburrida. Había llamado a Martha unas cuantas veces por desesperación. Siendo una joven militar, vivió en Nuevo México en una de las bases militares cuando era joven, y había insistido en que fuera a ver los sitios -Carlsbad Caverns, White Sands, Old Town Santa Fe- por mí misma o a través de un grupo de turismo, pero nunca me había llamado la atención ese tipo de grupos.

Tal vez deseaba que esto fuera temporal o tal vez sólo quería una excusa para fracasar. En cualquier caso, a menudo estaba sola, lo que me entristecía mucho. Mi casa estaba cerca del hospital de la Universidad de Nuevo México, y el sonido de las sirenas a todas horas del día y de la noche fuera de mi ventana me hacía darme cuenta de que las cosas no eran tan malas. Por lo menos no estaba en la parte trasera de una ambulancia con sus luces parpadeando, sufriendo alguna horrible enfermedad o accidente. Pero eso era un pequeño consuelo.

Tal vez mi fascinación por Adrián provenía del aburrimiento. Tal vez el pensamiento de que él y yo nos reuniríamos solo estaba en mi cabeza. Pero tenía la sensación de que estaba a punto de descubrirlo.

Capítulo 13

Lucía

A pesar de los masajes en el cuello y soportar las quejas sobre los hombres, Erin y yo habíamos forjado una bonita relación de trabajo. Ella me hacía mi capuchino todas las mañanas, y empezaba a pensar que sus dientes torcidos eran bonitos.

Al final de mi primera semana, me dijo que Adrián se enfrentaba a una seria reacción de los otros socios. Algunos eran muy viejos y apenas podían caminar, así que al principio, pensé que estaban celosos. Pero aparentemente, no era tan así.

Según Erin, la extraordinaria recepcionista, Adrián había sido advertido muchas veces de que dejara de comportarse mal con las asistentes femeninas en la oficina. Por supuesto, yo había entrado con una aparente advertencia, así que estaba empezando a armar las cosas incluso sin su explicación.

Erin dijo que era un mujeriego patológico. Me dijo que la última asistente legal de la agencia, una muchacha bien dotada llamada Belinda, había renunciado porque no podía mantener sus manos quietas, o eso dijo.

No pude descifrar si Erin sólo intentaba mantenerme alejada de él, o si solo estaba exagerando lo que realmente había sucedido. Y admitió que parecía que a Belinda le gustaba tanto Adrián como Adrián a Belinda, así que su abandono de la empresa podía deberse a que se sentía despechada. Así que inicialmente, lo etiquete en mi cerebro bajo el título “Necesito una prueba absoluta”.

Pero muy pronto se demostraría que tenía razón. No sólo me resistía a los avances de Adrián desde el segundo día, aunque probablemente era diferente a la mayoría de sus conquistas en la oficina, ya que lo deseaba más de lo que podía admitir, sino que llegaba tarde y con resaca bastante a menudo.

Erin se inclinó una mañana y me susurró: —Mira, deberías saber que Adrián gasta demasiado dinero en mujeres, bebe en exceso y se olvida de su trabajo. Y todos lo saben. Especialmente ese viejo cascarrabias, Arturo Facchin. Constantemente señala que Berg y su equipo en Patentes están haciendo crema a Adrián en Litigios Civiles. No debería decirte esto, pero la única razón por la que no se ha ido es por su padre. Así que sí, el nepotismo está presente en esta empresa. Quiero decir, no puedes repetir esto, pero deberías saberlo ya que eres su ejecutiva.

—¿Su asistente ejecutiva?

—Asistente ejecutiva.

—Oh.

—Así que, ya sabes, puede que tengas que anticiparte a los incendios para apagarlos, es todo lo que digo. Él es el socio que peor se está desempeñando aquí. Es triste, en realidad. Quiero decir, me gusta Adrián. Está como quiere. Su coeficiente intelectual emocional no debe ser muy alto. Y los socios... creen que... es porque es demasiado mujeriego. Le han dicho en términos claros que deje de perseguir mujeres como pasatiempo nacional.

Puso los ojos en blanco como para indicar que eso nunca iba a suceder.

—Traté de defender a Adrián desde el principio— continuó. —No les tengo miedo. Por favor. Este lugar es un maní comparado con mi antigua empresa.

Se encogió de hombros, como si yo hubiera trabajado en muchas empresas y lo supiera apreciar. Pero, no lo sabía. No tenía ni idea y estaba empezando recién a aprender las formas de titulación de los socios de los bufetes de abogados.

—Le dije a Artie que conocía a muchos abogados estupendos de mi último bufete que tenían como tres amantes y que no tenían ni un solo juicio perdido, ni un solo paso en falso. Pero él se quejó diciendo algo como, “Bueno, está claro que pueden pensar con ambas cabezas. El Sr. Medina no puede”.

Cuando las palabras salieron de la boca de Erin, empecé a reír tanto que terminé resoplando.

—Sí, Facchin es un gruñón. Pero para que tengas la primicia, Adrián ha sido advertido de que no salga con nadie o al menos que no sea del trabajo o bien que se establezca de una buena vez con una sola mujer, lo que él cree que es algo imposible.

Me dolieron los oídos con lo que acababa de escuchar. Inmediatamente, tomé nota mental. Estaba decidida a ser la única. Esto ocurrió durante mi primera semana, y se convirtió en mi objetivo secreto. Encontraría la manera de domar a Adrián, el mujeriego salvaje, sin domar su ardiente sensualidad.

Por supuesto, todavía quería follarle tontamente. Sólo que no tenía la intención de convertirme en otra muesa en el respaldo de su cama. Aun así, tendría que seguir actuando de forma profesional al mismo tiempo. No estaba segura de cómo, pero una vez más sentía que tenía que luchar contra mi propio deseo.

Y estaba muy contenta de tener a Erin cerca para ayudarme e iluminarme en ese sentido. Cada vez que ella y yo hablábamos, me convencía más y más de que Adrián sentía algo por mí de la forma en que yo lo sentía por él. Sus historias se trataban cada vez menos sobre sus conquistas pasadas y su infamia por ser un conquistador, y más sobre la frecuencia con la que preguntaba por mí.

—Vino a buscarte cuando estabas almorzando— me dijo —quiere que vayas a su oficina tan pronto como volvieras.

Cada vez que esto ocurría, Claudio ponía los ojos en blanco y decía: —Gente heterosexual. Sólo pónganse en marcha ya.

Y yo pensaba: eso es exactamente lo que estoy tratando de hacer.

Capítulo 14

Lucía

Estas semanas resultaron ser agotadoras tanto para Adrián como para mí. Aunque Erin me había prevenido bien, me sorprendió un poco cuando se hizo evidente que Adrián estaba obsesionado conmigo. No importaba cuánto lo intentara, no podía encontrar la forma de mantener nuestra relación profesional y no dejar que sus constantes insinuaciones sexuales y comentarios sugestivos me afectasen. Él es todo lo que deseaba, y sé que cruzar la línea pronto sería inevitable.

El problema era que, aunque lo deseo de la peor manera, necesito mantener mi trabajo. Sin embargo, cuanto más me resisto, más parece que él persevera. Una mañana hace poco, estábamos trabajando hasta tarde en una demanda colectiva de alto perfil. Había planeado ir a mi primera cita con un chico nuevo esa noche, la primera desde que me mudé a Albuquerque, pero Adrián me pidió que me quedara y escribiera un memorándum, y escribir un memorándum me llevó a tomar notas para un escrito en el que quería que trabajara al día siguiente. Antes de que me diera cuenta, habían pasado horas y mi cita me enviaba un mensaje para decirme que lo olvidara.

La semana anterior, Adrián había venido a mi oficina con un tono tan desesperado, que no pude ni responder. Me había dicho: —Lucía, te respeto. Te respeto. Respeto que quieras mantener la parte profesional de tu vida profesional y mantener tu vida privada separada, pero Lucía, no puedo luchar contra eso. Pienso en ti todo el tiempo. Sé que lo sabes. No puedo sacarte de mi mente. Y sé que tú también lo sientes. ¿Por qué te resistes a mí? ¿Por qué cualquiera de nosotros está luchando contra esto? Necesito abrazarte sólo una vez...

Cuando se giró para irse, me desplomé en mi silla, y luego se volvió y susurró como si fuera lo último que pudiera decir.

—Sólo una vez... Lucía, déjame abrazarte, tocarte, acariciarte como te mereces. Sólo una vez. Te prometo que nunca más te molestaré.

Normalmente, habría dejado mi trabajo ese mismo día. Era un conflicto, y francamente estaba cruzando la línea simplemente diciendo lo que había dicho, pero pensé en él mañana, mediodía y noche.

Tenía razón. Fantaseaba todo el tiempo con nuestro primer abrazo. Fantaseaba con Adrián desnudándome, acariciándome, follándome. Así que tenía razón. Sin embargo, aunque estaba traspasando el límite, tenía toda la razón. Encontraba la resistencia que tenía que poner como un acto absolutamente miserable.

Esta noche, estoy en casa, aburrida y sola una vez más, deseando poder estar con Adrián. Abrí mis piernas y dejé que mis dedos bajaran hasta mi vagina. Me frote el clítoris mientras pienso en dejar que Adrián me desnude con los dedos como siempre lo hace con los ojos.

Metí la mano en una caja de artículos aún sin empaquetar y saqué mi casi perdido vibrador. Lo frote por encima de mi clítoris, deseando que fuera Adrián. Me metí un dedo en mi agujero mientras dejaba que el vibrador zumbara en mi clítoris.

Diablos. Cómo deseaba tener su boca sobre mí. Sus dedos. Su pene.

Mis caderas se retorcieron cuando me imagine que me levantaba y le envolvía con mis piernas, y luego me enterraba la polla. Me cogía mientras me agarraba el culo, y me encantaba.

Me corrí mojando todo el dedo y el vibrador, deseando poder ir hasta donde estaba Adrián. Tenía que hacer algo para saciar mi sed. Tenía que tenerlo, me estaba matando esta situación.

Capítulo 15

Lucía

El bufete tiene una gran cafetería donde todos los empleados pueden ir comer. Hoy, estaba comiendo allí bastante tarde, porque estaba trabajando en el dictado para Adrián durante el almuerzo, para que lo tuviera cuando volviera de su propio almuerzo. Era la única persona en el lugar. Estaba soñando despierta con Adrián, como siempre, y como siempre me dejé llevar mientras pensaba en él.

De repente, Martina, Ruby y Katie entraron. Justo la gente que quería ver. Tenía algunas preguntas para ellas, seguro que sí.

—¡Hola, Lucía! — Me dijo Martina mientras se acercaba a mí. —Parece que has descubierto cuando a la gente guay le gusta comer. Nadie alrededor para escuchar o interrumpir nuestras locas conversaciones.

Todas habían traído el almuerzo desde sus casas, mientras que yo siempre corría a la charcutería que estaba en la calle de enfrente del edificio porque no era tan organizada como ellas.

—Hola— les digo, deseosa de hablar con algunas amigas.

—¿Cómo ha ido tu embarazo? — Le pregunte a Ruby, mirando su gran barriga de embarazada. Ya debía estar por salir con licencia. Pero no sabía nada sobre el embarazo. Por lo que me parecía a mí, sólo estaba embarazada de seis meses y tenía que soportar la tortura durante otros tres meses.

—Genial— dijo, con el brillo de una feliz mujer embarazada. —No debería tardar mucho. Ya he pedido mi permiso de maternidad.

—Gracias a Dios— dije inmediatamente, contenta de que su estómago no tuviera que estirarse mucho más.

Me miro confundida y me di cuenta de que probablemente no debería haber dicho eso en voz alta. Yo y mi gran boca.

—Gracias a Dios que la empresa te da una buena licencia de maternidad— digo, corrigiéndome rápidamente.

—Sí, eso es bueno— estaba de acuerdo conmigo. —¿Y qué hay de ti? ¿Te ha gustado trabajar aquí?

Sonreí y decidí decirles la verdad, ya que las tres me miraban expectantes.

—Me gusta mucho trabajar aquí— les dije. —Creo que todavía me estoy acostumbrando a

estar en un lugar nuevo. Estoy lejos de casa...

—Adrián nos dice que viniste desde el Sur para trabajar aquí— dijo Martina. —Es increíble.

—El mercado laboral es bastante malo allí— dije, encogiéndome de hombros.

No quería entrar en el detalle de que no tenía ninguna experiencia de trabajo de la cual hablar. Que había basado mis planes en un hombre que me había dejado porque no puedo quedarme embarazada, y que Adrián había sido el único dispuesto a contratarme.

—Bueno, estamos contentas de que estés aquí— dijo Katie, inclinándose sobre la mesa y guiñándome un ojo. —Y parece que Adrián también lo está.

Me ruborice, pero ninguna de ellas pareció estar juzgándome. Supongo que no podrían, dado cómo empezaron sus propias relaciones.

—Ya sabes— dijo Martina, como si leyera mi mente. —Antonio me dijo que le dieron a Adrián una charla severa, advirtiéndole que no intente nada contigo, y realmente pensé que eso era hipócrita. Ninguna de nosotras estaría casada hoy si los chicos hubieran respetado las reglas tradicionales sobre las relaciones jefe/empleado.

Las otras dos chicas asintieron con la cabeza y no pude evitar tener esperanzas.

—Entonces, ¿no te arrepientes? — Hice la pregunta a todas ellas y a ninguna en particular. — ¿Te alegras de que tu relación haya empezado de la manera en que lo hizo?

—Bueno, estoy muy segura de lo feliz que soy— Ruby se ofreció como voluntaria para responder, sacando con su mano un mechón de pelo teñido de púrpura de sus bonitos ojos. —Creo que cuando sabes que algo está bien, tienes que ir a por ello.

—Vemos la forma en que te mira— continuo Katie. —Es la misma forma en que Damián me miraba...

—Y Antonio a mí— Martina estaba de acuerdo. —Sé que te mudaste lejos, y que tienes mucho que perder. Yo también, ya que este fue mi primer trabajo como asociada. Así que quieres sopesar los riesgos...

—Katie me dijo que no me acostara con Ronaldo— dijo Ruby, estallando en un ataque de risa. —¿Recuerdas eso, Katie? ¿Cuándo solíamos pasar el rato en la sala de archivos porque nunca nos daban nada importante que hacer?

—Esos eran buenos días— se rió Katie. —Ahora los extraño. Estamos tan ocupadas ahora, con esta expansión, ¡y todos estos litigios! Y sí, te lo dije. Lo siento, ya que terminó siendo que ustedes dos funcionan genial juntos. No quería que te hicieran daño.

—Lo sé— dijo Ruby, dándole una palmadita en el hombro. —Y lo aprecio. Es un sabio consejo.

—Entonces, lo que deduzco de lo que ustedes tres están diciendo — interrumpí — es que en un comienzo lo hicieron para divertirse para divertirse, pero sin engancharse demasiado. Se trata de darse cuenta de que no suele terminar como resultado para ustedes, y hay veces que solo hay que dejarse llevar.

—Exactamente— dijo Martina, con una sonrisa.

—Aunque nunca se sabe lo que pasará en la este bufete de abogados— dijo Katie riendo.

—Gracias, chicas— dije poniéndome de pie. —En ese sentido, tengo que volver al trabajo junto a Adrián.

—¡Diviértete! — grito Ruby, mientras empezaban a comer su almuerzo.

Creo que podía hacer eso. No soy una virgen inocente, que lleva su corazón en la mano. Puedo ser una adulta y divertirme inofensivamente con mi jefe, y saber que no significa nada más que eso.

Puedo involucrarme con mi cuerpo, pero no con mi corazón.

¿Realmente puedo?

Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

Capítulo 16

Lucía

Tengo que recordarme a mí misma todo el día que Martina, Ruby y Katie dijeron que estaba bien seguir mi corazón, o al menos mi libido. Así que, una vez que la noche llegó a la firma y la mayoría de la gente se había ido a sus respectivas casas, me apresure a enviar el memorándum y tomar las notas para el informe que Adrián me había asignado, hasta que finalmente no me quedo duda que éramos las únicas dos personas que quedaban en el lugar.

Estaba tan nerviosa, aunque estaba segura de que esto era lo que quería. Escribí las notas para que Adrián las repasase, y justo cuando termine, recibí otro mensaje de mi muy enojada cita de la otra noche.

“¿Alguna vez vas a salir conmigo?” Decía el texto.

Borre el mensaje y el número del tipo. Era patético y debería entender la ocupada vida de una “ejecutiva” como lo llamaba Erin. Metí mi teléfono en mi bolso.

Fui a la oficina de Adrián y golpeé ligeramente la puerta. No hubo respuesta, volví a golpear. Nada.

Me imagine que tendría que dejarlo en su escritorio y luego no tendría más remedio que irme a casa. Había evitado todas las citas posibles por la pequeña posibilidad de que pudiera acostarme con mi jefe. Me sentí como una tonta, pero fue mi propia elección, y no me gustaban ninguno de esos tipos de todos modos.

Al menos tendría tiempo para comer algo antes de irme a casa. No comí mucho en el almuerzo porque estaba muy ocupada hablando con Martina, Katie y Ruby, y muy emocionada por lo que fuera que el resto del día me depararía con Adrián, que aparentemente era nada.

Abrí la puerta, y cuando entre en la oficina de Adrián, me tomo en sus brazos. No podía respirar, la sensación de que me abrazara era tan intensa. Olía a muebles de oficina, aunque podría ser su oficina, y a algún tipo de madera con olor a alcohol, podría haber limpiado sus muebles de roble, por alguna razón también había un toque de aderezo ranchero mezclado con el olor, debió haberlo comido en el almuerzo.

Cuando vio que no me resistía, se lo tomo como un permiso para besarme y maldita sea, besa exquisitamente bien. De repente se apagó mi cerebro analítico y me deje llevar por la sensación física de sus labios sobre los míos.

Finalmente.

Me gustaría saltar y cantar aleluya. Esto se sentía tan bien.

Sentí su lengua rozar mi labio inferior, y separé mis propios labios para permitirle profundizar el beso. Sabía a whisky caro, y deduje que se había servido un trago del pequeño bar de su oficina una vez que el lugar se vació. Eso explicaba el olor a alcohol.

Descansé mis manos en su pecho y sentí los tonificados músculos bajo su camisa blanca de Brooks Brothers. Se había quitado la chaqueta del traje y se había subido las mangas, y sus manos cálidas subían por mi espalda. Podía sentir su calor a través de la tela de mi blusa.

Mi cerebro me gritaba para que lo detuviera, pero mi vagina mojada le decía a mi cerebro que se callara. Había pasado demasiado tiempo desde que un hombre había acariciado mi cuerpo de esta manera, y aunque probablemente me arrepentiré más tarde, no iba a rechazar la oportunidad de dejarle hacer esto. La tensión sexual entre nosotros había llegado a un punto de ebullición, y estaba a punto de explotar.

Me saco la blusa de la falda y me subió las manos a la espalda, y en un instante me tenía desabrochado el sujetador. Impresionantes habilidades. Tomo mis pechos desnudos en sus palmas y sus pulgares presionaron mis pezones endurecidos. Gemí en el momento de su contacto, pero nos quedamos enredados en el beso.

Deslicé una de mis manos por su abdomen y luego más abajo hasta que pude trazar el contorno de su pene a través de sus pantalones. Había estado esperando tanto tiempo para tocarla. Tal y como había fantaseado en más de una vez, estaba muy bien dotado en ese lugar.

Mientras nos besamos y tocamos, nos abrimos paso lentamente hasta el sillón de cuero cerca de los ventanales que iban desde el suelo al techo de su oficina. Las persianas estaban abiertas, y las luces de la ciudad se extendían muy por debajo de nosotros.

Mi deseo por él es intenso y tengo poca paciencia para los juegos previos. Le baje la cremallera y deslice mi mano dentro de sus pantalones, acariciándole a través de sus calzoncillos de seda. Sentí que respiraba con fuerza y tenía una sonrisa en los labios. Me aparte para mirarle tímidamente desde debajo de mis pestañas.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, Sr. Medina? — Pregunte, pasándome la lengua por el labio superior para dejar claro lo que ofrecía, como si pudiera haber alguna duda.

—Estoy seguro de que debe haber algo— respondió con una sonrisa.

Lo empuje suavemente y se sentó en el sillón. Le quite la mano de su pene lo suficiente para desabrochar su cinturón marrón y deslizar los lujosos pantalones de Tom Ford sobre sus caderas hasta el suelo. Su polla se tensaba contra sus calzoncillos de seda azul marino y se la acaricie a lo largo de la tela brillante.

Inclino la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras le quitaba los calzoncillos y le sostuve su tronco firmemente con una mano. Era tan grueso que apenas podía rodear su eje con mis dedos.

Bajé mis labios sobre él y lamí su punta sensible antes de meterlo completamente a mi boca. Gimió mientras lo metía lo más adentro que podía, lo retiré y lamí a lo largo de él antes de meterlo de nuevo en mi boca. Se agarró a un puñado de mi pelo y me guió mientras lamía y

chupaba hasta que empezó a retorcerse.

—Jesucristo, Lucía— se quejó y empezó a alejarme.

Pero lo ignore, y en su lugar acelere mi ritmo. En segundos, grito mi nombre y lleno mi boca con su semen cremoso. Trague mientras él me decía —Oh, Dios mío, Lucía, he deseado tanto esto. Te he deseado tanto.

Lamo su semen de la punta de su polla hasta que todo desaparece. Luego me limpie los labios con el dorso de la mano. Me levante y me metí debajo de la blusa para abrocharme el sostén, asumiendo que esto era todo lo que él quería y que era hora de que me fuera.

—¿Qué estás haciendo? — pregunto, claramente confundido.

—Te di lo que necesitabas y es hora de que me vaya— respondí, pero él se adelantó y me agarro de las caderas, tirando de mí hacia él.

—Esto también se trata de ti, ¿recuerdas? Si sólo puedo tenerte una vez, no te dejaré ir tan fácilmente...

Antes de que pudiera protestar, me arrojé de nuevo al sillón y me quito la falda.

Mientras yacía allí, me sentí tan desnuda, tan vulnerable, no sólo físicamente, sino en todos los sentidos. Lo que estábamos haciendo era peligroso. A una parte de mí le encantaba y otra parte de mí estaba aterrorizada.

¿En serio iba a seguir con esto? Estaba desnuda en mi lugar de trabajo. ¿Cuáles serían las consecuencias si uno de los socios se enteraba?

Así como me había convencido de que era demasiado arriesgado, se arrodillo, me bajo las bragas por las piernas y me aparto los muslos. La sensación de sus labios y su lengua sobre mí era tan cruda e intensa que sólo podía rendirme.

Era como si no tuviera elección, aunque la decisión era claramente mía. Había pasado tanto tiempo desde que un hombre me había dado tanto placer mientras disfrutaba él al mismo tiempo que me permití ceder... darle el control total sobre mí.

Y de repente mi único temor de ser atrapada es uno que simultáneamente me llena de expectativa. ¿Qué pasaría si alguien entraba y me veía a mí en esta posición comprometedora, con mis piernas suspendidas sobre los hombros de Adrián, ofreciendo mi vagina desnuda para él mientras se la devoraba?

El pensamiento me lleno de aún más emoción. Estaba tan excitada, más excitada de lo que nunca había estado. Mi coño estaba mojado por él.

Trabajaba su lengua sobre mi clítoris hinchado, y yo me abalanzaba sobre él, instándole a seguir adelante. Me abrí el coño con los pulgares, separando mis labios y metió la lengua dentro, probándome, haciendo que mi mente se elevara. Llevo su lengua a mi clítoris y la reemplazo con

dos dedos dentro de mi concha chorreante.

—Oh, Dios mío— grité, mientras me follaba con los dedos y la lengua hasta que sentí la presión de mi inminente orgasmo aumentar hasta el punto de transformarse en una fiebre que recorría todo mi cuerpo.

Levanto la cabeza lo suficiente para preguntar: —¿Estás bien?

Incapaz de hablar, asentí, y él sonrió.

—Bien, porque voy a hacer que te vengas ahora...

Devolvió su lengua a mi clítoris, girándola en círculos lentos y me metió los dedos hasta que no podían entrar más. Le agarré de los hombros, apretando su cara contra mi vulva... y me vine.

Me vine como si ya no estuviera en mi cuerpo. Como si estuviera fuera de control, como un animal. Hacia sonidos y gemidos, sentía placer y euforia, del tipo que nunca había sentido en toda mi vida. Ni con Taylor, ni con Álex, ni siquiera conmigo misma.

Estaba trascendiendo, era el tipo de orgasmo que esperas que nunca termine. Y entonces lo hace. Volví la cabeza y sentí una lágrima rodar por mi mejilla. No sabía si estaba avergonzada o simplemente atormentada por la experiencia.

Aunque probablemente debería sentir vergüenza, no la sentía. Creo que sólo estaba agotada física y emocionalmente.

Adrián recogió mi ropa y me ayudo a vestirme. No podía mirarlo. De repente, sentí una ola de pánico. Esto seguramente me costaría mi trabajo. Después de todo, ¿cómo podríamos trabajar juntos después de lo que acabamos de hacer?

Supuse que tendría que volver a mi pueblo, y esperar encontrar otro trabajo en algún lugar dentro de unos meses. Por suerte había estado ahorrando dinero desde que estaba a cargo de mi propio destino financiero, junto con la pensión alimenticia que todavía recibía de Álex.

Sería despedida, y ni siquiera tuvimos sexo. Pero al menos me dio el orgasmo más asombroso que había tenido. Se sintió bien dejarme llevar con un completo y total abandono por él, aunque me costara mi trabajo.

Pero entonces Adrián me acarició el lado de la cara y me dijo: —Eres hermosa—. Me acompañó al ascensor, y mientras las puertas se cerraban, me hizo un guiño rápido.

Esa noche, reproduce la experiencia una y otra vez en mi cerebro, sobre todo por miedo a las consecuencias, aunque algunas veces también para revivir el placer. Estaba agradecida de que fuera viernes. Tal vez el espacio de dos días de diferencia fuera exactamente lo que ambos necesitábamos.

Pero tenía la sensación de que estaba en una altura de la que nunca podría bajar del todo. Iba a seguir persiguiendo mi próxima dosis hasta que Adrián se cansara de mí, porque todo lo que

deseo es sentirme así una y otra y otra vez.

Capítulo 17

Adrián

Bien, bien, bien.

Mi pequeña asistente legal estaba resultando ser una muy buena contratación.

Siempre supe que quería follarme, pero no estaba seguro de que finalmente lo haría. Para ser justos, ella no había hecho exactamente eso... no habíamos llegado hasta el final. Pero lo que hicimos fue maravilloso.

Me encanto ver su vagina abierta ante mí, mientras se ofrecía a mí como un buffet. Me encantaba cómo se sentía su boca en mi pene mientras se lo metía por la garganta.

Y ahora no iba a poder descansar hasta que la tenga toda. Quiero mi pene dentro de ella, follarme su coño como me follé su garganta. Quiero que se aferre a mi cuello mientras mi polla la perfora, una y otra vez.

Sé que se entregará a mí porque acaba de darme casi todo. No puedo esperar hasta que finalmente lo haga. Me estoy pateando a mí mismo por no haberla invitado a cenar. No conozco el protocolo para esto. Follarte a tu secretaria puede estar bien, pero ¿salir con ella?

Me reí para mis adentros cuando me di cuenta de lo mal que sonaba eso. Y entonces me asuste. Pensé en hacerle otra llamada a mi pobre hermano, pero no quiero joderle. Me estoy deleitando con el reciente recuerdo de todo lo que Lucía y yo hicimos juntos, y quiero que siga así.

Nunca me había sentido así por nadie. Nunca había tenido sexo con alguien y luego desear tener una cita. Una cita era lo que normalmente hacía para poder tener sexo. No al revés.

Decidí enviarle un mensaje de texto a Antonio Ramos. Probablemente me arrepentiría más tarde, pero a la mierda. Estaba borracho por la sensación de sexo oral con mi asistente ejecutiva.

“¿Cómo supiste que Martina era diferente a otras mujeres?” Le escribí en un mensaje de texto.

Estaba equivocado. No me arrepentiría después. Estaba arrepentido en ese mismo instante. Inmediatamente, me arrepiento. Sabría que me estaba enamorando de mi secretaria, y me daría un sermón, y me diría que nunca se habrían asociado conmigo si hubieran sabido que no podía mantener mi verga en los pantalones y mi calentura fuera del trabajo. O si no, pensaría que era un patético perdedor por enamorarme de mi empleada, cuando podría haber sido una aventura rápida en la oficina y fin.

Aunque debía tener ganas de compadecerse de mí. Porque me mandó un mensaje de texto con

una respuesta honesta.

“No podía dejar de pensar en ella”, decía su texto. “Y eso nunca me había sucedido antes”.

Mierda.

Joder.

Maldición.

Estaba hasta el fondo. Según Antonio, esto significaba que Lucía era la indicada para mí, como Martina lo fue para él. Porque ciertamente nunca había sido capaz de sacármela de la cabeza. No desde el loco primer día que nos conocimos, cuando me dijo que le gustaba la colección de huevos.

Mi teléfono vibro. Era un mensaje para continuar el hilo de parte de Antonio.

“¿Estás bien?” decía el texto.

“Sí”, respondí. *“Sólo me aseguro de no dejar que eso me pase a mí”.*

Añadí un emoji guiñando el ojo, e inmediatamente me mandó un mensaje de texto, *“LOL”.*

Luego, unos minutos más tarde, recibí un mensaje de texto más de él.

“Eso es bueno. No queremos que nada estropee la gran relación de trabajo que tenemos”.

¿Era una amenaza? Me pregunte. ¿Por qué me enviaría un texto tan útil, y luego uno tan amenazador?

Eso era lo que odiaba de los mensajes de texto. Nunca se puede saber lo que alguien quiere decir realmente. Si nos sentáramos a tomar una cerveza probablemente diría algo como, “No te acuestes con ella a menos que estés seguro de que es la adecuada para ti, como Martina lo fue para mí”.

En cuyo caso podría responder fácilmente: “Hecho”.

Oh, mierda.

Realmente estaba acabado.

De una forma u otra, Lucía Abreu estaba cambiando todo lo que creía saber de mi vida.

Capítulo 18

Lucía

El sábado por la mañana llega agradable y suavemente al principio. Me desperté perezosa y bien descansada, habiendo quedado emocional y físicamente exhausta la noche anterior.

Había apagado el teléfono y la alarma para poder dormir, ya que hoy no tenía que trabajar. Estaba agradecida de que a pesar de que el sol brillaba a través de las cortinas de mi ventana, había sido capaz de dormir gran parte de la mañana. Desde que dejé de esconderme bajo las sábanas en la depresión que se produjo después de que Álex se divorciara de mí, normalmente intentaba madrugar, pero realmente necesitaba dormir un poco más.

Mientras me limpiaba los ojos para ajustarme a la luz, miré el reloj de mi cama y vi que marcaba las 11:00. Mierda. No necesitaba dormir tanto.

Salte de la cama pensando que no había forma de que esa fuera la hora. Mi reloj debía haberse detenido. Después de todo, lo tenía desde hace mucho tiempo cuando aún estaba en el instituto. No había forma de que me hubiera quedado dormida hasta las once.

Cogí mi móvil de mi mesa de noche para comprobarlo, y ahí estaba. La misma hora que seguía parpadeando aquí como en mi reloj. No sólo eran más de las once, sino que también tenía un montón de mensajes de texto. Adrián me había estado enviando mensajes de texto toda la mañana.

Tuve la primera conversación de la mañana conmigo misma.

Bien, Lucía. No, no... esto no está pasando. Necesito mi café para asimilar esto.

Salte de mi cama, corrí las cortinas, y ahí estaba el mirón de doce años mirándome con mi tank tanga. Le saque una foto y le levante el dedo. No estaba de humor.

Después de un tazón de café muy fuerte, me prepare para los mensajes. El primero decía:

“No puedo sacarte de la mente. Pensé que una vez era suficiente, pero estoy pensando en ti más de lo normal. ¿Me enviarás un mensaje de texto, por favor?”

No puedo creer que pueda tener tanto poder sobre el eterno rebelde. Me imagine a Adrián sentado solo con su teléfono todo el día, tratando de comunicarse conmigo. Erin me dijo que las mujeres lo llamaban todo el tiempo, que intentaban llamarlo a la oficina cuando ignoraba los mensajes de sus celulares. Querían su tiempo, querían sexo, querían cenar con él... y aquí estaba él enviándome un mensaje en lugar de a ellas.

Le dije a Erin que las pocas veces que había respondido a las llamadas de Adrián en su oficina, no había ocurrido mucho de eso, y ella me dijo que era porque realmente se estaba

enamorando de mí. Había cortado el contacto con las otras mujeres. ¿Pero podía ser eso verdad?

Texto dos leído:

“Escucha, tenemos que hablar. ¿Me estás ignorando a propósito?”

Había más como él, que habían llegado a lo largo de la mañana. Apagué mi teléfono, eligiendo escapar a una buena película en el cine en vez de seguir torturándome. Sabía en mis entrañas que la intensidad de lo que pasaba entre nosotros no se iba a resolver con un encuentro sexual momentáneo.

Mi instinto me lo había dicho, y estaba segura de que él también lo sabía, pero éramos tan compatibles físicamente que ninguno de los dos podía escuchar a su instinto. En algún momento resultaría desastroso, estaba segura de ello. Pero por ahora, me iba a esconder en un cine oscuro.

El lunes llegaría muy pronto, y sin duda sería el fin de mi trabajo. En verdad, por la forma en que estaba reaccionando, puede que ni siquiera tuviera un trabajo, pero sacare el pensamiento de mi mente por hoy por lo menos.

Quería llevar las cosas más lejos con él, pero tenía miedo de dónde terminaríamos. Tengo una tendencia a ser demasiado negativa y dejar que mi mente huya con el pensamiento del peor de los casos posibles.

No soportaba pensar en todas las cosas horribles. Quería un fin de semana para saborear lo que acaba de pasar, y preguntarme qué podría pasar a continuación, sin preocuparme de lo que finalmente sucedería. Porque tal como Ruby, Martina y Katie me habían advertido, estas cosas rara vez salen bien. Claro, sus propias situaciones resultaron bien, pero sería ingenuo pensar que mi historia podría tener un final feliz también.

Adrián podía pensar que le gustaba mucho, pero una vez que tuviéramos sexo, terminaría ahí. Y no quería que eso sucediera todavía. Sólo quería disfrutar de lo que teníamos por el corto tiempo que lo pudiéramos mantener.

¿O me lo decía a mí misma porque tenía miedo de la verdad?

Tenía miedo de admitir que me estaba enamorando de él, y que parece que él también se estaba enamorando de mí...

Porque, ¿y si estoy equivocada? Sólo necesitaba ver esta película y apagar mi cerebro. O podría explotar como lo hicieron mis sinapsis cuando Adrián se me echó encima en su oficina.

Capítulo 19

Lucía

El lunes, llegue temprano como de costumbre. Erin me pregunta sobre mi fin de semana, y yo simplemente respondí que estuvo tranquilo y que fui al cine a ver una película. Lo cual es cierto, pero solo porque todavía había estado ignorando los mensajes de Adrián. Por un segundo, creí que podía manejar el estar aquí, y entonces él entro.

—Buenos días, Erin. Lucía. Feliz lunes.

Se estaba comportando con calma e indiferente. Demasiado tranquilo e indiferente.

Erin me miro con unos ojos que decían que sabía que algo pasaba. Esquive su mirada y me aleje. Esta pequeña cosa que Adrián y yo teníamos no se iba a desenmarañar tan fácilmente.

Apenas pudo hablarme, la tensión sexual era tan real y espesa entre nosotros que se podía cortar con un cuchillo. Aun así, me resigno a quedarme en mi oficina, como él, y nos las arreglamos para evitarnos el uno al otro al menos la mayor parte del día.

Pero después del almuerzo, cuando creí que había ido a una conferencia de la compañía con los socios, estuve a punto de entrar a su oficina para dejar algo de papeleo que había hecho para él. Me di cuenta de que su puerta estaba ligeramente entreabierta. Pude verle a través de la estrecha apertura, y estaba caminando y hablando muy bajo en un teléfono móvil.

—Roberto, me está volviendo loco. Mira, no es como todas las otras veces. En serio, su olor, su presencia... me está volviendo loco. ¿Qué hago?

Puse toda mi atención. Mire por el pasillo para ver si alguien podía estar mirando. No había nadie, así que continúe escuchando.

—No, no puedo despedirla. ¿Me estás tomando el pelo? Primero, podría demandarme por acoso sexual, y segundo, es muy buena en su trabajo. Acabo de abrirme a los litigios, hice vulnerable al bufete, pero peor, Roberto, no puedo superarla. Ayúdame, tío. Eres mi hermano. Dime qué hacer....

Oigo a Erin moviéndose por el pasillo en sus zapatos con plataformas, así que me devolví a mi escritorio. Estaba perdida. Este hombre se había convertido en mi todo. He estado tan angustiada, tratando de averiguar si era sólo una tonta aventura de oficina o si era algo de verdad. Puedo imaginarme un futuro con él, pero aquí estamos en una situación muy incómoda. Aparentemente, la idea de estar conmigo lo ha torturado tanto como la idea de estar con él me ha torturado a mí.

Decido que se lo haré fácil. Actuaré como si todo estuviera bien, y seguramente eso arreglará las cosas. Si me comporto como si nada hubiera pasado entre nosotros, todo tiene que volver a la

normalidad.

Pero no fue así.

Empezó a encontrar excusas para venir a mi oficina. Empezó a faltar a las reuniones. Se quedaba hasta tarde para verme o llegaba temprano, esperando encontrarme antes de que empiece mi día de trabajo.

Me siento halagada por la atención, pero sé que las cosas llegarán pronto a un punto crítico. Se hace tan palpable, tan disponible, que tengo la sensación de que o bien vamos a rendirnos al impulso de nuevo - y esta vez vamos a ir hasta el fondo - o tendré que dejar mi trabajo porque la tentación es demasiado fuerte.

Capítulo 20

Lucía

Adrián me pidió hace un par de días que me quedara hoy, jueves por la noche, para trabajar hasta tarde en un proyecto. Sigo ingenuamente pensando que podría ser por razones estrictamente profesionales. Lo había hecho bastante bien manteniendo su enfoque y alejándose de mí, excepto cuando nuestro trabajo dictaba que teníamos que pasar tiempo cerca el uno del otro.

Hice lo que pude para mantenerme tranquila y que no me afectara su presencia, pero a medida que pasaba el tiempo, podía sentir que mi resolución se estaba desvaneciendo. Si iba a mantener mi trabajo, esta reunión tenía que ser como cualquier otra. Había bloqueado un espacio de la agenda para ese día, como se me pidió, y para cuando llegue el jueves por la noche, Adrián y mi atracción por él eran las últimas cosas en las que pensaba.

Había tenido un día muy ocupado, así que trabajar hasta tarde en el proyecto parecía el orden natural de las cosas. Y así era. Cuando fui a la oficina de Adrián, descubrí que había preparado varias carpetas para que las revisáramos, y las cosas empezaron de forma bastante profesional.

—Bien, léeme el resumen del caso que los asistentes legales escribieron para nosotros— ordeno, recostado en su silla de cuero de alto respaldo.

Yo leí. Estaba absorto en el resumen, incluso me pide que volviera unas cuantas frases atrás y las repetí unas cuantas veces. Me pidió que revisara el léxico en un caso, lo cual hice. Todo era muy sincero de su parte.

Entonces, encontré una información particularmente valiosa, grité: —¡Adrián, hey espera! Esto sienta un precedente. Esto probará el caso del demandante. ¡Nuestro cliente podría ganar!

Se puso detrás de mí para leer la pantalla sobre mi hombro. Me di la vuelta para ver su reacción, y sucedió.

La mirada que me dio duro un segundo, y luego me beso como si no hubiera otra mujer en el planeta. Me levante y me tomo en sus brazos. Aunque sólo hemos tenido un breve encuentro, esto se siente sólido, familiar y seguro.

Mientras nos besábamos, le quité la corbata y empecé a desabrocharle la camisa. Metí mis manos dentro de ella y las recorrí a lo largo de sus pectorales musculosos y tatuados y alrededor de su espalda, su piel se sentía caliente y suave bajo la punta de mis dedos. Mientras continuaba desvistiendo, me quito la blusa, luego el sostén y la falda.

Me quede ante él con un par de bragas negras y él sólo llevaba puesto sus calzoncillos. Cuando se encuentro con mi mirada, pude sentir que no era lo mismo que la primera vez. Ya no había vuelta atrás. Y en todo caso yo no quería volver.

Pero mientras me abrazaba y nos besábamos, sabía dentro de mí que no podíamos ser tontos.

—¿Tienes un condón, Adrián? — pregunte.

Había pasado mucho tiempo desde que tuve que preocuparme por la protección. En mi pasado reciente, con Álex, me preocupaba lo contrario: tratar de concebir.

Frunció el ceño. —No estoy seguro.

—Bueno, averígualo— proteste.

No sabía con quién había estado, y tenía que protegerme.

—Está bien, me retiraré...

—No... no es eso. — Me mordí el labio, frustrada.

No quería entrar en toda mi historia, sólo para explicarle que no era el embarazo lo que me preocupaba. Eran las ETS.

Se acerco a su chaqueta y comenzó a palpar en el bolsillo.

No había un punto medio aquí. Estas habían sido semanas de contenerse, aguantar, dejar de lado los sentimientos crudos. Necesitaba que tuviera un bendito condón, para que esto pudiera suceder.

—Espera— dijo. —Creo que siento uno. Sí. Ya casi lo alcanzo. Tengo un condón.

Parecía bastante viejo, lo que definitivamente no era lo ideal, pero el hecho de que tuviera algo - condón viejo o nuevo - era algo bueno. Mejor que nada.

Volvió a mí y empezamos a besarnos una vez más. Pude sentir su polla dura y gruesa presionando mi estómago, y lo deseaba tanto dentro de mí que apenas podía respirar. Empuje sus calzoncillos hacia abajo y tome su pene en mis dos manos. Lo acaricie hasta que estuvo duro como una roca, y luego le quite el condón y lo hice rodar a lo largo de su eje. Me beso con fuerza y luego me dio la vuelta y me inclina sobre su enorme escritorio de caoba y roble.

Me bajo las bragas y las dejo caer al suelo, ofreciéndome a él. Son de estilo bikini y tenía mi vagina depilada.

Claramente lo había estado deseando, esperándolo, aunque me había negado ese hecho a mí misma. Torturándome diciéndome que no podía tenerlo, cuando todo el tiempo pudimos estar haciendo esto. Y ahora finalmente lo tendría todo.

Me acaricio el culo y luego se colocó directamente detrás de mí. Mi vulva tiembla de impaciencia, lo deseo tanto.

Me metió la mano entre las piernas y encontró mi clítoris con la punta de su polla. Se froto contra mí, enviando ondas de placer a través de todo mi cuerpo.

—Sólo cógeme, por favor, Adrián— gimotee.

—¿Quieres esto dentro de ti? — se burló, frotándose en mi trasero.

—Sí— jadee, casi rogando.

Se alejo unos centímetros y finalmente puso la punta de su miembro en la abertura de mi coño. Se burlo de mí un poco más, deslizando suavemente su cabeza dentro y fuera de mí, mientras yo gemía y le rogaba un poco más.

—Por favor, Adrián, por favor, ponlo dentro de mí...

Y luego, con un solo impulso, estaba me lleno completamente. Se sentía tan bien. Habían pasado meses desde que había estado con un hombre de esta forma. Esta sensación es tan perfecta, que creo que podría explotar.

Se retiro casi por completo y luego se me echo encima una y otra vez, su ritmo primero era lento y sensual, luego se volvió más rápido y frenético. Al poco tiempo, estaba gimiendo y jadeando y supe que me iba a venir.

Sentí que mi propio orgasmo se elevaba, cuando de repente él se retiró. Me acosté contra la madera lisa de su escritorio, mi orgasmo estaba desvaneciéndose. Me volví para ver lo que había pasado, y él parecía preocupado.

—¿Qué pasa? — pregunte.

—Se rompió.

—¿Qué?

—Se rompió. El condón se rompió.

—Pero te retiraste, ¿verdad?

—Um, eventualmente.

—Bueno, obviamente con el tiempo. Quiero decir que te retiraste...

—Um, no lo sé. No... me he venido.

—¡Mierda!

Me sentí angustiada. ¿Pero cómo podía culparlo? No era su culpa en absoluto, pero después de años de intentar quedarme embarazada, lo último que tenía en mente eran los anticonceptivos diarios como la píldora o el DIU. Las posibilidades de que quedara embarazada eran infinitesimales.

No tenía nada de qué preocuparse. Me abrazo y me beso el cuello, y yo me di la vuelta y lo

abracé, admirando los tatuajes que cubrían su pecho.

—Escucha, no te preocupes. Ni siquiera creo que pueda quedar embarazada. Mi médico dijo que las mujeres con endometriosis lo pasan muy mal, casi siempre necesitan una fecundación in vitro. Mi ex marido y yo pasamos por todos los especialistas en fertilidad y aun así nada funcionó. Por eso es mi ex marido. Bueno, una de las razones de todas formas. Pero en serio, no te preocupes.

—¿Estás tomando la píldora?

—No, pero honestamente, no puedo quedarme embarazada. De verdad. Las posibilidades son muy bajas.

—¿ETS? ¿Debería preocuparme?

—Por supuesto que no. Limpio como un silbido. Tú también lo estás, espero...

—Sí. Aunque esta es una conversación que probablemente deberíamos haber tenido antes del sexo.

—Pero no, no, por supuesto— le dije, luchando por tranquilizarlo, aunque tampoco era mi culpa que el condón se hubiese roto. —No hay enfermedades de transmisión sexual. Mira, si estás realmente preocupado, deberías saber que mi ex marido, al que quería mucho, me dejó porque intentamos e intentamos quedarnos embarazadas y no pudimos. Incluso intentamos la fecundación in vitro, y nunca funcionó. Los doctores dijeron que las posibilidades de éxito eran menos del diez por ciento dado que habíamos agotado todas las vías... Ugh, demasiada información. Lo siento...

Crucé los brazos sobre mis pechos desnudos, sintiéndome de repente muy expuesta y cohibida.

—No, no, está bien— dijo, sonando verdaderamente comprensivo. —Siento que te haya pasado eso.

—Sólo te lo digo para que no te preocupes por el próximo mes. Te lo prometo, está bien...

Pero apoyándome en su pecho, tenía ganas de llorar. Para mi horror, una gran lágrima gotea de mi ojo. Y no es como la última vez, cuando se trataba de que estaba completamente satisfecha. En cambio, siento que la pena de los últimos seis meses de mi vida se desborda, de una manera que no podía detener.

Mierda, estaba tan avergonzada, era todo lo que podía pensar en ese momento, pero me tomo en sus brazos y me abrazo, y dijo —Está bien, adelante y llora. Estás a salvo conmigo. Yo te protejo...

Esas eran las palabras más tranquilizadoras que había escuchado. Me incliné hacia él y me permití llorar, entregándome completamente a todos los sentimientos de miedo, soledad y pena que se habían albergado dentro de mí durante tanto tiempo. Y se sentía tan bien.

Capítulo 21

Adrián

Mi pobre y angustiada Lucía. La tenía en mis brazos y la deje llorar sobre mí, deseando poder hacer más para ayudarla. Desearía poder matar al bastardo que la dejó sólo porque no podía quedar embarazada. Qué completo imbécil.

Mire su linda cara y alise el pelo que caía encima de sus ojos llenos de lágrimas. Ella se aferró a mí de una manera primitiva, sexual. A pesar de mis mejores intenciones, me sentía listo para seguir de nuevo. Mi pene se levantó, duro y tenso.

—Oh, Dios mío— dijo, bajando para agarrarlo. —Definitivamente estás duro otra vez.

—Te he deseado durante tanto tiempo— admito, inclinándome para besar su cabeza. —Y ni siquiera terminaste de venirte. Déjame volver a intentarlo. Por favor...

Me miro, un poco indecisa, y me hace desearla más.

Me quite la corbata y ate sus muñecas a mi silla. Ella estaba acostada en mi escritorio, y no estaba protestando.

—El daño ya está hecho— le digo, refiriéndome al condón roto. —Pero por si acaso no lo has hecho, hay otras formas en que podríamos....

—¿En serio? — pregunto, moviendo el cuello para mirarme. —Nunca he....

—¿Nunca has tenido sexo anal antes? — Le pregunte.

Ella sacudió la cabeza.

Supongo que no había tenido necesidad de hacerlo, ya que estaba tratando de procrear. Y ahora, el plan opuesto era nuestro objetivo.

—Déjame tener tu trasero por primera vez— le dije.

Ahora era mi turno de rogar.

Puse mis manos en las nalgas de su trasero y las estiré para poder ver su palpitante culo. No dijo ni sí ni no, pero no estaba realmente en posición de decir nada, atada a mi escritorio, a mi merced, como estaba.

Le metí un dedo en el agujero del culo y salto un poco, pero le agarre las nalgas del culo una vez más.

—Abre más las piernas— le pedí y así lo hizo mi complaciente asistente. Me encantaba ver

todo su cuerpo desnudo, vagina y culo, desplegado ante mí. Le acaricie el coño con una mano mientras la penetraba suavemente con la otra.

Cuando intento masturbarse, le di una palmada en el culo y luego otra, hasta que se quejó bajo mi toque.

—¿Estás tratando de desobedecer a tu jefe? — Le pregunte.

—No, no lo hago— dijo, mientras acercaba mi pene a su perfecto agujero.

Escupí en el para lubricarlo y le froté el clítoris mientras la cabeza de mi pene la ponía contra el agujero de su culo. Ella estaba mojada, así que tome algunos de sus jugos y los frote por toda mi extensión.

Entonces empuje mi polla en su orificio, y los dos gemimos juntos.

—Eso se siente tan bien— le dije, mientras se lo metía en el culo. —Te voy a desvirgar analmente.

—Tómelo, jefe— dijo, frotándose contra mí, entregándose a mí ahora y dejándome hacer lo que quisiera con ella.

La empujo y la saco del culo mientras le froto el clítoris. Ella pone su cabeza en el escritorio, en medio de la agonía del éxtasis. Me alegro de que pueda venirse ahora, completamente.

—Ya me vengo. Adrián, ya me corro— grito, mientras le meto y saco mi verga por el culo y a la vez le meto los dedos en el coño.

Y de repente yo también me vine, llenando su agujero con mi carga. Cuando los dos terminamos, le saqué la polla y vi cómo el hilo de semen que dejé gotea desde su ano. Era un creampie perfecto.

Ambos estábamos sudados y desordenados, respirábamos con dificultad. Tome aire profundamente, dándome cuenta de lo que acababa de hacer, y parecía ser que ella se estaba dando cuenta de lo mismo.

Me había follado a mi secretaria. En su coño y en su culo. Con un condón roto, y luego sin condón en absoluto.

Joder.

Recogí su ropa del suelo y se la entregué, y los dos nos vestimos.

No podía dejar de pensar en el riesgo de que quedara embarazada. Sé que lo dije en serio, pero eso no cambiaba el hecho de que podría quedar embarazada. No era necesariamente infértil. Intente no dejar que mi preocupación se manifestase, pero tenía la sensación de que estaba fracasando en ese sentido. Y también tenía la sensación de que ella estaba lidiando con las mismas

preocupaciones.

Decidí que la mejor política era la apertura. Mientras se vestía, me incline hacia ella.

—Sabes, Lucía, ya estoy en la olla con agua caliente hasta el cuello acá con los socios. De verdad, no puedo permitirme meterme en más problemas. Acabamos de... Acabo de tomar un riesgo enorme. Pero hay algo en ti. No lo sé. Me haces sentir como si yo fuera capaz de tomar ese tipo de riesgo. Yo saltaría primero. Por ti, valió la pena. No debería haberlo hecho y ponerte en riesgo también, pero todo va a estar bien..

—¿Estás tratando de ponerle un nombre a esto? — pregunto ella.

—Dios, no. ¿Qué te dio esa idea?

Estábamos claramente en dos páginas diferentes, ya que no era eso lo que quería decir.

—No sé, esa es la impresión que me dio lo que acabas de decir— respondió.

Ahora estaba completamente vestida. Me sonrió, me abrazó y salió de mi oficina.

Sentí que ella podría salir de mi vida para siempre. Claramente había dicho algo malo. No estaba acostumbrado a sentirme tan impotente. No sabía qué decir.

Cuando la puerta se cerró, me siento solo en mi oficina. Estaba encantado de haber encontrado a alguien como Lucía, y no sabía por qué no se lo dije. Las palabras se me quedaron atoradas en la garganta. Tenía miedo de mostrarme demasiado vulnerable, y ahora era demasiado tarde. Tengo el mal presentimiento de que ella cree que hemos cometido un error, o al menos ella cree que yo creo eso, cuando en realidad yo estoy pensando todo lo contrario.

Capítulo 22

Lucía

1 semana después

Una vez que tuvimos sexo, todo el comportamiento de Adrián cambió. Parecía evitarme a toda costa. Claro, todavía trabajaba para él, pero ahora mantenía todo estrictamente profesional.

Supongo que era para mejor. No estaba buscando nada serio. Aun así, todos esos mensajes. Parecía como si pudiera haberse enamorado de mí, pero no podía ser así.

En cierto modo, era un alivio, pero caminaba por la oficina cada día sintiendo que tenía un gran secreto, y que me pesaba enormemente. Finalmente decidí confiar en Erin.

—Por favor, jura guardar el secreto— le dije.

—Por supuesto— prometió. —No se lo diré a nadie...

—Ni siquiera a Claudio— susurre, aunque no estaba en ese momento en su escritorio; se había tomado un descanso para almorzar.

—Eso será difícil y me siento mal dejando fuera al tercer miembro de nuestra sociedad secreta— dijo Erin. —Pero prometo no contarle.

—Sabes que Adrián tendrá grandes problemas con los socios y yo podría perder mi trabajo— le dije.

—Sí, y él volvería a ser un gruñón todo el tiempo por sus incompetentes asistentes masculinos— respondió. —Así que, no queríamos eso.

Me reí, me alegré de su cómico comentario. Estaba tan contenta de haber hecho una buena amiga aquí.

Ella parecía pensar que él quería estar conmigo pero que yo no lo quería, sin embargo, cada vez que presionaba, preguntando si sabía algo, decía que no, que por supuesto que no. Parte de mí esperaba que él hubiese confiado en ella, pero aparentemente, no lo había hecho.

¿Y por qué lo haría? Sería muy poco profesional para él divulgar su vida privada a la recepcionista de la empresa, sobre todo cuando esa vida privada implicaba que había tenido relaciones sexuales con una empleada. Supongo que aún esperaba que lo hiciera, porque no parecía tomar las mejores decisiones profesionales.

Me convencí de que no era así, pero no podía creer lo fácil que parecía haberme superado. Era como en el instituto cuando finalmente te acuestas con el imbécil y luego nunca más llama,

pero este no era el instituto. Ambos éramos adultos. Aun así, me tengo que asegurar que sea lo mejor para los dos.

Me gustaría poder hablar con una de mis nuevas amigas sobre la situación, pero tenía miedo de sus reacciones. No quería meter a Adrián en problemas, ni siquiera accidentalmente. Además, tenían noticias más importantes a las que prestar atención. Ruby había tenido su bebé.

La llame y la felicite, se escuchaba cansada, como todas las nuevas madres probablemente lo estarían en su situación.

—Gracias, Lucía— murmuro, con sueño. —Tendremos que ponernos al día pronto...

—Por supuesto— le digo, sabiendo que mi problema con Adrián quedaba en un segundo plano comparado con su recién nacido.

Cada vez que veía a Martina y Katie, hablaban del bebé de Ruby y Ronaldo: me decían lo que el pequeño estaba haciendo y cuánto tiempo le llevó el parto y un montón de otros hechos que me asustaban. Claro que estaba feliz por Ruby, pero lo estaría aún más cuando me llegara la regla, ya que no podía imaginarme pasar por todo eso.



A medida que pasaba otra semana después de nuestro encuentro, intente sumergirme en mi trabajo y me negué a pensar en Adrián de cualquier forma que no fuera profesional.

No se trataba de un objetivo fácil. A veces me lo encontraba sentado en su escritorio con la puerta de su oficina abierta, mirándome mientras me sentaba en mi escritorio con la puerta de mi oficina abierta - que era la forma en que normalmente la tenía a menos que estuviera al teléfono o en una reunión, en caso de que necesitara algo - escribiendo informes o haciendo llamadas telefónicas.

Si me encontraba con su mirada, la apartaba como si no me hubiera estado mirando. Sin embargo, cuando estaba cerca de él, mientras que en el pasado siempre había bromeado conmigo y había sido amable, ahora era profesional hasta el punto de que me resultaba doloroso.

Finalmente, después de otra semana tratando de descifrar su extraño comportamiento, no pude evitar la sensación de humillación. Estaba tan avergonzada de haber tenido sexo con mi jefe y ahora sentirme ignorada. Remité mi renuncia a Katie, ya que ella estaba a cargo de todo el personal, y yo a Erin, quien me había estado discutiendo esta decisión.

Ella decía que no tenía que hacerlo... que él estaba enamorado de mí pero no sabía cómo demostrarlo. Pero ya estaba cansada de jugar este juego sin sentido. Renuncié, ni siquiera pude enfrentar a Adrián para decirle adiós.

Capítulo 23

Lucía

El día después de que lo dejé, Erin me llamo a casa.

—Chica, tienes que estar bromeando. No puedo creer que realmente hayas renunciado. Estabas tan equivocada sobre él. No puede concentrarse en los negocios ni en nada. Lo escuché hablando con su hermano Roberto... en realidad, no se lo digas, pero me conecté para escuchar...

No pude evitar reírme. Típico de Erin.

—Roberto, su hermano, pasó por aquí, y yo los escuché en la sala de conferencias. Roberto le dijo que necesitaba superarte. Dijo que debería estar contento de que te hayas ido y que no hubieras hecho un escándalo, que podría ser un caso de acoso sexual, bla, bla, bla...

Me imagine a Erin golpeando con sus largas uñas rojas en la recepción mientras decía esto. A estas alturas, Claudio estaba enterado del secreto, no podíamos ocultarle nada por mucho tiempo y estaba segura de que estaba en el fondo sacudiendo la cabeza, diciendo: —Ustedes, los heterosexuales. Sólo hablen entre ustedes ya.

No podía creer lo mucho que ya extrañaba trabajar en la firma. Pero tenía que renunciar; era lo mejor.

—Roberto siguió diciéndole, “Déjala ir. Agradece a tu ángel de la guarda que se fue con paz y en buenos términos. Y tú eres un tipo apuesto. Nunca tienes problemas con las mujeres”. O algo así— continuo Erin. —“Hay otros peces en el mar”, bla, bla, bla... “Y que nunca tuvo ningún problema capturando otros peces antes que tú”.

Mis ojos se entrecerraron con ira, deseaba poder regañar a este famoso hermano de Adrián. ¿Cómo se atrevía a no reconocer lo importante y único que era lo nuestro?

Pero Erin continuo, y yo la deje porque no quería parecer patética. Además, quería oír qué más había pasado.

—Roberto le dio a Adrián una pequeña lección— dijo Erin. — “Mira el lado bueno hermano, habrás aprendido la lección de no mezclar el trabajo con el placer la próxima vez”.

Ahora, Erin hablaba como Roberto y Adrián, usando diferentes tonos de voz para expresar cómo hablaba cada uno, y tenía problemas para escucharla por encima de mi propia risa.

—Finalmente, Roberto insistió a un silencioso Adrián, “Mira, te lo advierto. No la persigas o tendrás aún más problemas con los socios. Eres más inteligente que esto, hombre”— continuo Erin. —Todo lo que pude escuchar de Adrián fue un montón de gemidos, como si no quisiera escuchar lo que Roberto estaba diciendo. Honestamente, sé que no soy una experta en hombres, ya

que no encuentro ninguno que valga la pena hasta la fecha, pero creo que podría estar enamorado de ti, Lucía.

Suspire, pero no estaba seguro de creerle.

Aun así, en los siguientes días, a pesar de todo el esfuerzo que puse en ello, no pude olvidar a Adrián. Mi enfoque estaba en el lugar correcto. Estaba completamente absorta en encontrar un nuevo puesto de trabajo.

Afortunadamente, los socios y Katie dijeron que se asegurarían de darme una buena referencia. No preguntaron por qué me había ido, y no ofrecí una razón. Podrían haber asumido correctamente la situación, y si era así, probablemente se alegraban de que me haya ido sin drama. Puede que a Adrián no le importara, pero a mí me importaba lo suficiente como para no poner en peligro su trabajo.

Empezaba a asentarse el temor, así como la sensación de estupidez de haber dejado una vez más un trabajo sin ningún otro ingreso. ¿Qué tan tonta podría ser, renunciar sin tener otra cosa en mente después de trabajar tan duro para comenzar mi nueva vida?

Entonces, justo cuando estaba perdiendo toda esperanza, Adrián llamo. Como si me leyera la mente, me dijo que llamaba porque tenía un amigo que quería contratarme. Dijo que estaría dispuesto a presentarme.

No estaba en posición de rechazarlo. Aunque me resistí débilmente a la oferta, dijo que decidió ayudarme a conseguir un nuevo trabajo porque era lo menos que podía hacer. Quiero decir, de verdad, ¿cómo podía discutirle eso?

Luego, dijo: —Ojalá pudiéramos estar juntos. Te extraño mucho, Lucía. Ojalá estuviera destinado a ser algo más para ti. Pero sé que es imposible. Aun así...

Llore en silencio, como lo hice en su pecho en su oficina, pero esta vez no me deje llevar.

Tiene razón. No estamos destinados a serlo. Es hora de seguir adelante con mi vida.

Capítulo 24

Adrián

Había sido agonizante, no tener a Lucía cerca. Extrañaba su olor, el sonido de su voz, su risa. Honestamente extrañaba su ayuda. Un ayudante jurídico la había estado reemplazando, pero no era lo mismo.

Uno por uno los socios venían a mi oficina, excepto Ronaldo, que estaba de baja por paternidad. Ruby acababa de tener un bebé y estaba en casa cuidando de ambos.

No podía evitar preguntarme cómo sería eso. Estuve tan cerca de embarazar accidentalmente a Lucía. En retrospectiva, fue una cosa tan estúpida como sucedido todo. Sé que debía tener un condón conmigo todo el tiempo. Aunque no había estado con nadie desde que la conocí, no había pasado tanto tiempo fuera del ruedo como para no tener un maldito condón.

Tal vez, me pregunte, la forma en que todo sucedió fue mi manera de tratar de mantenerla para siempre a mi lado. No tenía sentido, pero un bebé unía a dos personas para toda la eternidad. Nunca me habían gustado esas palabras, pero quizás el universo estaba tratando de poner en movimiento lo que yo no era lo suficientemente fuerte para hacer por mi cuenta.

—Es bueno que Lucía se haya ido sin hacer un escándalo— dijo Antonio, mientras estaba en mi oficina. —Habría sido mucho para el bufete.

Me siento desafiante, obstinado... aún más que de costumbre.

—Dijiste en tu texto que sabías que Martina era la elegida— le dije. —Y ella era tu subordinada. ¿Por qué no podía ser Lucía la elegida para mí?

—Oh Adrián, no hables así— dijo, poniendo los ojos en blanco e insultándome aún más. —Era diferente para Martina y para mí...

—¿Cómo sabías eso? — Exigí.

—Bueno, Martina y yo seguimos juntos, para empezar— me disparo, y tenía razón. —Si tú y Lucía estuvieran destinados a estar juntos, ¿no seguiría aquí?

Me encogí de hombros, y no pude pensar en una contra respuesta perfecta hasta que Ron estuvo al teléfono.

—Oye, sólo quería que supieras que siento por lo que estás pasando con Lucía— dijo, un bebé se escuchaba llorando en el fondo. —Aunque no pueda estar ahí para apoyarte, estoy pensando en ti desde casa...

—No hay problema— le dije, y luego me di cuenta de que lo que Antonio decía no siempre se aplicaba. —Pero Ruby se fue cuando ustedes dos estaban saliendo, ¿verdad?

—Claro— suspiro Ronaldo, y supe que me diría lo mismo que Antonio me acaba de decir. Era diferente para ellos. Siempre era diferente para todos los demás.

—¿Cómo supiste que debías ir tras ella? — Le pregunte. —¿Cómo supiste que ella era la elegida?

—Cuando lo sabes, simplemente lo sabes— dijo, y luego pareció que se trataba de defender. —Estoy seguro de que nunca la habría dejado renunciar sin ir tras ella...

Su acusación tácita quedo colgando en el aire.

...como hiciste con Lucía.

Así que como no se quedó, y como no fui a buscarla enseguida, supongo que estaban diciendo que no estábamos destinados a estar juntos. Pero sentía que ellos solo estaban arrojando obstáculos o poniendo excusas, no importaba qué. Sólo querían asegurarse de que terminara con ella y que el bufete estuviera a salvo.

Incluso mi padre paso por mi oficina. Su senilidad había avanzado hasta el punto de que me sorprendió que supiera dónde estaba.

—Buen trabajo, hijo— dijo, dándome una palmadita en la espalda. —Sabía que no dejarías que una chica se interpusiera entre tú y esta increíble oportunidad de carrera.

—Gracias, papá— dije, y él sonrió, sin prestar atención a mi sarcasmo.

Fue entonces cuando decidí enganchar a Lucía con otro trabajo. Si no podía tenerla, no era justo hacerla sufrir. Tenía el poder para darle una transición de carrera sin problemas y eso era lo menos que podía hacer, ya que ella se había mudado aquí para trabajar para mí y yo lo había jodido.

Mi padre tenía razón. No podía arriesgar mi carrera, especialmente cuando no estaba seguro de lo que Lucía sentía por mí. Si le gustara tanto como ella me gustaba a mí, nunca la habría dejado.

Así que llamé a mi amigo y le conseguí otro trabajo. Era hora de seguir adelante y dejar de deprimirse. Este no era el Adrián Medina que todos conocían y amaban. Debía recuperarme, aunque eso significara olvidarme de Lucía Abreu. Si tal cosa era posible.

Capítulo 25

Lucía

El lunes siguiente, fui a la oficina de Adrián vestida con mi mejor traje. El nuevo trabajo iba a ser mío aunque tuviera que pelear por él. Adrián se veía increíble. No esperaba estar tan afectada por verlo, pero mi reacción fue instantánea y visceral, y tuve que luchar contra las lágrimas.

Trate de mantenerme estoica cuando me presento al abogado que estaba contratando a una asistente en su pequeño bufete. Honestamente, no escuche nada más que —Puedes empezar el próximo lunes— le di la mano y exhale.

Adrián parecía aliviado.

—Escucha, me alegro por ti— dijo, dándome una palmadita en el hombro. —Kevin es un abogado de primera clase. Disfrutarás trabajando para él, y tiene suerte de tenerte como parte de su equipo...

Pero parecía triste, se sentía como el final de un capítulo, si es que no de un libro entero.

—Y oye, está cerca de la cena. ¿Puedo invitarte a comprar algo de comida? Nada de platos divertidos... sólo amigos. Déjame llevarte a comer algo rápido. Vamos, tienes que celebrarlo.

Me sentía tan aliviada, que dije: —Vale, ¿por qué no?

Y honestamente, ya no era como si importara. Pero justo cuando nos sentamos en el restaurante, sentí la chispa. No se había ido a ninguna parte. De hecho, se había vuelto más intensa. Podía negarlo todo lo que quisiera, pero todavía sentía algo por él, y ahora me sentía como una tonta.

Me cogió la mano por encima de la mesa. Era un trato ligero. Estábamos bromeando. Al final de la cena fue más intrépido, besándome el cuello.

De repente, dijo —Mira, podemos ir a hacerlo. Esta es probablemente la última vez que nos veamos. Y no es que alguien pueda decir que me estoy acostando con mi empleada nunca más...

Me reí, pero cuando no dije sí o no, él intento otro ángulo.

—Toda pareja necesita tener sexo de despedida, ¿verdad?

Me reí otra vez.

Lo siguiente que sé es que estábamos en el Hotel Albuquerque y me estaba arrancando la ropa. Me acostó en la cama y su lengua hizo círculos alrededor de mi pezón. Luego se enfocó en el otro pezón.

Se dirigió hacia donde mis piernas se separan ansiosamente, mientras sus dedos aún jugaban con mis pezones, acariciándolos y frotándolos. Levante mis caderas y le permití que me devorara la vagina, su lengua entraba y salía de mi agujero y luego alrededor de mi clítoris mientras me pellizcaba los pezones con los dedos.

—Dios mío, qué bien se siente— le dije, contenta de revivir lo que hicimos en nuestro primer encuentro sexual. —Ya me vengo. Adrián, me vengo...

Me tomo en sus brazos y me llevo al balcón. Me coloco en la barandilla mientras mis piernas se mantienen envueltas a su alrededor. La sensación de sentirme como si pudiera caer, combinada con la pregunta de si alguien podía vernos, era excitante. Me di cuenta de que era la primera vez que teníamos sexo en algún lugar aparte de su oficina.

Me agarro el culo y me empujo la polla. Ninguno de los dos pidió un condón esta vez. Supongo que nuestra relación había progresado más allá de ese punto: habíamos estado ahí, habíamos hecho eso.

Me estiro sobre el cielo nocturno, tirándome del pelo hacia atrás para que mirase a las estrellas mientras su pene entraba y salía de mí. Me agarre fuerte a sus piernas con las mías, mientras su mano libre me agarraba el culo.

Luego me subió de nuevo y jugo con mi clítoris de nuevo, haciendo que me corriera por toda su mano y su polla. Gruño, diciendo, —Lucía, me encanta... la forma en que me haces acabar— mientras disparaba su semen en mi coño.

Me agarre fuerte a su cuello mientras me llevaba de vuelta a la cama. El tiempo se había congelado por un segundo, ya que creía que iba a decir que me amaba.

Pero no importaba, aun así, era un momento encantador el que estábamos pasando juntos. La noche se convirtió en mañana y la pasamos teniendo sexo numerosas veces, durmiendo de vez en cuando. No se acercó a decir que me ama de nuevo, y me pregunte si todo estaba en mi imaginación. Si esta era la última vez que estaríamos juntos... que fueran varias veces juntos... creo que insistimos en hacerlo memorable.

Al día siguiente tomamos caminos separados, y sabía que ambos nos sentíamos satisfechos por el encuentro. Terminamos con una nota mucho más alta que la que teníamos antes.

No me arrepentía de nada, pero había cosas que desearía haberle dicho y que no pude. Como el hecho de que creía que ambos estábamos siendo estúpidos por no decir lo que teníamos en mente. Todo esto nunca tuvo que terminar de esta manera. Pero si él sentía lo mismo, no se atrevió a mencionarlo, y yo tampoco.

El marcador estaba igualado ahora, y ambos estábamos perdiendo. Pero estábamos perdiendo un poco menos que la última vez que nos habíamos separado.

Capítulo 26

Adrián

No me cansaba de Lucía. No podía dejar que esto fuese el final. Tenía que tenerla una vez más. O dos o tres.

La seguí y ella se detuvo cuando noto que le hacía señales como un loco.

—¿Qué? — dijo, bajando la ventana del lado del copiloto del Uber que la había pasado a buscar y riéndose.

—Necesito verte de nuevo— le dije, gritándole.

—¿Cuándo? — pregunto.

—¡Ahora mismo! Todavía tenemos la habitación hasta la salida al mediodía. Aprovechemos nuestro tiempo de despedida.

Era una forma de decir que era una mierda. En realidad, no quería despedirme de ella en absoluto. Pero estaba tratando de que dijera que sí a estar conmigo un poco más.

—¿De eso se trató toda tu locura de saludarme? — pregunto. —¿Por qué no me llamaste o enviaste un mensaje de texto?

Ni siquiera había pensado en eso. Me siento tan imbécil cuando estoy cerca de ella.

—Pensé que sería más divertido de esta manera— le dije, porque no quería admitir la verdad.

Se rió y dijo: —Bien, volvamos entonces.

Sí. Volvimos a la habitación del hotel, su coche siguió al mío, quería hacer un baile de la victoria, pero me abstuve.

Sabía que me veía patético persiguiéndola así, pero no podía evitarlo. Ella me hacía hacer cosas locas, sin sentido, fuera de mi mente racional. Y ni siquiera me importaba porque me encanta la forma en que me hace sentir.

Estoy tan contento de volver con Lucía de nuevo, sin expectativas de trabajo o políticas de oficina. Ya no me importa nada excepto tenerla en mis brazos.

Estar cerca de ella me embriaga, me cautiva, me excita de una manera que nunca había conocido. Ahora que estábamos en la habitación del hotel, no podía esperar a hacer todo con ella, incluyendo hacer el amor apasionadamente. Sólo quiero follarla hasta que mi corazón y mi pene estén satisfechos.

Después de haber tenido sexo varias veces, espero hasta que esté lista para hacerlo de nuevo. Entonces la levante y la lleve a la cama, pero en lugar de acostarla sobre ella, la di vuelta y la coloque sobre sus manos y rodillas, con su hermoso trasero en alto.

Le quite la ropa hasta que sólo quedo con los tacones y las bragas. Así era exactamente como siempre la imaginaba en mis fantasías, como solía desear que pudiera estar en la oficina.

Le aprete el culo y admire sus curvas perfectamente redondas. Luego, mire mi polla, que estaba erecta y en tensión. Tiré de sus bragas hacia un lado y metí mis dedos en su vagina.

—Puedo ver que todavía estás mojada— le dije.

—Haces que me corra cada vez que te acercas— dijo, dándose la vuelta para mirarme.

Me puse de rodillas detrás de ella y luego le agarre el pelo y le gire la cabeza hacia delante. Deseaba estar dentro de ella, pero sé que si veía su cara cuando se viniera, nunca iba a poder dejarla.

—Voy a cogerte otra vez— le dije.

—Si, lléname de placer.

Con una mano sosteniendo su pelo y la otra sosteniendo sus voluptuosas caderas, metí mi pene en su interior. Ella jadeaba mientras me sumergía entrando y saliendo de ella.

—Oh, Dios mío, Adrián— dijo, apoyándose en mi pecho.

Mi mano se movió hacia su pezón, y comencé a jugar con él mientras la penetraba. Con mi otra mano, comencé a masajear su clitoris, llevándola hasta el límite.

—Oh, sí. Oh, Adrián— dijo, gimiendo y jadeando, volviéndose como masilla en mis manos.
—Me voy a ir.

—Vente en mi mano— le insinué, y ella así lo hizo.

Su coño se contrajo alrededor de mi verga, y le di otro profundo empujón, llenándola completamente mientras el orgasmo se extendía por todo su cuerpo.

Una vez que estuvo satisfecha, pensé en cuánto me complacía el estar juntos. Cómo haría cualquier cosa por ella. Sabía en lo más profundo de mi ser que estaba dispuesto a romper todas mis reglas por ella. Ella no se parecía en nada a mi propia madre y nunca sería así.

Ella es Lucía Abreu, mi dulce, hermosa, inocente y caliente amante. Era hora de dejar mis miedos y entregarme a mis certezas. Siempre y cuando ella estuviera dispuesta a estar conmigo también.

También estaba seguro de que deseaba hacer algo más con ella que ya habíamos hecho antes.

—Quiero hacértelo por el culo otra vez— le dije, mientras ponía mi mano en su cabeza y la volvía a girar. —¿Me dejas?

—Sí, Adrián.

Me encantaba lo aventurera y dispuesta que se ponía cuando estaba conmigo.

Mi pene todavía estaba empapado por estar dentro de su vagina y lo deslice lentamente hacia su culo mientras la mordía suavemente en el cuello.

—Wow— gimió y respiro profundamente.

Empuje mi polla un poco más, poco a poco, centímetro a centímetro, mientras ella agarraba las sábanas y me dejaba coger su pequeño y dulce culo nuevamente.

Pronto, se inclinaría un poco hacia atrás y disfrutaría de la forma en que me estaba follando su culo, como lo hizo cuando me follé su coño.

—¿Te gusta cuando mi polla está dentro de ti? — Le pregunte, mientras se lo metía en el culo.

—Sí— respondió. —Estoy tan contenta de que me hayas mostrado lo increíble que puede ser esto.

Sostuve sus manos hacia atrás y la empuje hacia mí mientras le metía la polla más adentro. Se sentía tan bien que me permití ceder a la abrumadora necesidad de la liberación, aunque desearía poder seguir una y otra y otra vez.

—Estoy a punto de venirme— le dije, sintiendo mi pene hincharse dentro de ella.

—Haz lo que quieras conmigo— dijo, así que le saco la polla del culo y deje que mi semen se disparase por todo su culo y espalda.

Se lo frote en el culo, usando mi pene para frotarlo más por todo su trasero.

—Ahí— le dije riendo. —Ahora estás marcada. Reclamo tu trasero como mío.

—Sólo por hoy, ¿verdad? — dijo, mientras me sentaba en la cama y la tomaba en mis brazos. Sonaba triste.

—Por supuesto— respondí.

Bueno, ahí se iba mi plan para confesarle mi amor por ella. Maldito cobarde.

¿Pero realmente iba a hacerlo? Probablemente me habría acobardado de todos modos. Parecía ser que nunca podría superar el miedo... el miedo a que termináramos igual que mi madre y mi padre.

Era mejor mantener esto como lo que era, un coqueteo de oficina. Un coqueteo de despedida.

Era mejor decir adiós a las fantasías que tenía de Lucía, y olvidar que alguna vez pensé que podría ser algo más.

Capítulo 27

Lucía

1 semana después

La semana siguiente fue un borrón y cuenta nueva. Empecé en mi nuevo trabajo, que Adrián me había ayudado a encontrar. Estaba bien, sin incidentes, lo que supongo que era perfecto pero difícilmente era el trabajo soñado por el que dejé mi pequeña ciudad.

Era un lunes lento, y no podía quitarme a Adrián de la cabeza. Parecía ser que el universo entero estaba aquí sólo para ponerme a prueba. Álex me llamo para decirme que había cometido un error.

—Estaba tan destrozado por la noticia de que probablemente no podríamos quedarnos esperando un hijo, que reaccioné mal— había dicho. —Vamos a reunirnos de nuevo. Sólo necesito sentir tu cuerpo junto al mío para saber si nuestra relación puede funcionar a pesar de la realidad de que no hay forma de que podamos tener hijos.

Esa era la esencia de su llamada un “lo siento, pero no lo siento” de todos modos. Claramente, sólo quería tener sexo conmigo. La antigua yo podría haberse sentido deprimida, pero ahora no me rebajaría a ser el premio de consuelo de mi ex marido.

Si Adrián me había enseñado algo, si los últimos meses me habían revelado algo, era que yo era mejor que eso. Bloqueé a Álex en mi teléfono y lo gracioso es que pensé que sentiría algo. Pero no fue así. Por fin era hora de dejar atrás a la chica del pueblo y seguir adelante. Me transforme en una persona diferente y mejor ahora, Álex ya no me parecía suficiente.

Mientras tanto, había mantenido abiertas las líneas de comunicación con Erin. Ella y yo nos habíamos convertido prácticamente en mejores amigas. Dijo que un día invitó a Adrián a almorzar y que él le contó todo. Le había dicho que no deseaba salir con nadie más que conmigo.

Estaba al teléfono con ella y me dijo —Lu ¿Está bien si te llamo así?

Un día me oyó hablar con Martha por teléfono en la oficina y me preguntó cómo me decía ella de cariño. Le gustaba usar apodos, supongo, y me halago que lo recordase.

—Claro— dije. Si había alguien más a quien dejaría que me llamase así, era ella.

—Lu, no vas a creer la ironía. No sé cómo lo hacen algunas personas. Adrián dijo que piensa en lo irónico que es que finalmente conoció a una chica con la que le gustaría establecerse, y no puede o de lo contrario llevaría a un lío con los socios.

—Sí. Le recordé, “Adrián, eres inmensamente rico, cariño. Realmente podrías irte”. Pero dijo que esta era su vida. Y, ya sabes, no puedes culpar al tipo por eso. Tiene razón. Es su vida.

—Woah, retrocede.

Mis oídos... y mi corazón... se animaron con estas dos palabras. Deje que Erin se saltara la parte más importante de la historia. No podía creer que se hubiera convertido en la confidente de Adrián... excepto, supongo que probablemente se sentía muy solo en mi ausencia... pero definitivamente no podía creer que le hubiera dicho eso.

—Eso es lo que dije. ¿No estás escuchando?

—Erin, no puedo lidiar con esto. Realmente no puedo. Quiero decir, ¿por qué estamos haciendo esto tan complicado?

—Sí, ustedes están locos. Claudio diría que los heterosexuales están locos, pero sólo son tú y Adrián. No sería justo pintar a todos los heterosexuales con el mismo pincel que vosotros dos, locos.



Al día siguiente, hablé con Erin y me dijo que Adrián me enviaría un mensaje. Sin duda le puso un micrófono espía o algo así, pero estaba agradecida. Dijo que lo vio escribirlo, y que era una carta de amor.

Nunca llego. Lo entendí y decidí que no importaba cuanto todos queríamos que esto pasara, no estaba destinado a ser y ya.

Unos días después, abatida y cansada, sentí que me estaba enfermando de gripe. Decidí salir más temprano del trabajo. A la mañana siguiente, todavía no me sentía bien, así que me quede en casa por dos días más, pero nada me hacía mejorar. Un viaje al médico era lo que correspondía hacer.

En la sala de espera, los minutos se sentían como horas mientras esperaba que el doctor regresara con un diagnóstico. Me mordía las uñas esperando. Pensaba, sólo pásenme mis antibióticos para que pueda irme.

En lugar de eso, el doctor entro con cara de póquer. Obviamente algo estaba pasando. Creo que, aquí vamos, me iba a decir que tenía el H1N1 o algún temible virus. Qué suerte la mía.

En vez de eso, dijo: —Tus síntomas son bastante típicos debido a lo que tienes.

Respire profundamente. —¿Y eso sería?

—Sra. Abreu, como probablemente dicen en el sur de donde es, está embarazada, querida.

Fue como si me golpeará un tsunami. No podía creer que el doctor hubiese elegido una forma tan loca de decirme que estaba embarazada. Estaba conmocionada y me estremeció la euforia y el miedo, todo al mismo tiempo. Supongo que pensó que algo de humor disminuiría el golpe, pero no

estaba de humor para reírme.

¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Capítulo 28

Lucía

Horas después, me senté en el borde de mi cama, meciéndome de un lado a otro. Lo había perdido. Realmente había perdido el equilibrio. A medida que los minutos pasaban, estaba en un estado casi catatónico.

¿Cómo le iba a decir a Adrián que iba a ser padre? ¿Iba a decírselo siquiera?

Y luego me castigaba a mí misma.

“Por supuesto, Lucía. Esto es la vida real. Crece y ponte tus bragas de niña grande. Las mismas que te quitaste justo antes de meterte en este aprieto. Vas a decírselo. Y vas a manejar lo que venga.”

En ese momento, creí que podría estar enferma, y entonces me recordé a mí misma que mis náuseas podrían ser producto del embarazo y no necesariamente debido a la ansiedad. Estaba atónita.

Esto no estaba en el plan... no en mi plan de todas formas. Estaba realmente eufórica por poder quedarme embarazada, pero sorprendida por las circunstancias.

Entonces se me ocurrió que, no, no podía decírselo a Adrián. ¿En qué demonios estaba pensando de todas formas?

Los socios ya pensaban que su vida amorosa era preocupante y que estaba afectando a su vida profesional. No podía entrar con el típico “hey, tengo buenas noticias” cuando esto podría arruinar su carrera. No era como si estuviéramos en una relación.

Esto era malo. Muy malo. Aunque sabía instintivamente que quería el bebé, dudaba que Adrián sintiera lo mismo. Así que era malo para él, y para cualquier esperanza que pudiera haber de un “él y yo”.

Me levante y camine hacia la tetera de mi cocina. El té de manzanilla era todo lo que podía soportar por el momento. Ni siquiera estaba segura de poder beberlo estando embarazada. Pero estaba bastante segura de que era mucho más seguro que el café. Supongo que pronto tendría que aprender todas las reglas, para lo que podía comer y no comer, hacer y no hacer.

Vertí un poco en mi tazón gigante favorito y sorbí el líquido caliente, saboreando el vapor y el confort del calor a través de la taza en mis manos. Apoyándome en la cabecera, decidí que esta tendría que ser mi experiencia y sólo mía.

¿Por qué arrastrar a Adrián en esto? ¿Sólo porque tuvimos sexo y el condón se rompió? Y luego tuvimos sexo una y otra y otra vez. Estamos en el siglo XXI. Una mujer puede tener un bebé

por su cuenta. No necesito que un hombre me ayude a cuidarlo, aunque me haya ayudado a hacerlo.

Eso era todo. No se lo diré. Me quedaré callada y manejaré este embarazo por mi cuenta. Muchas mujeres son madres solteras. ¿Qué tan difícil puede ser? Haré las cosas a mi manera y no me preocuparé de que alguien más me dé su opinión sobre cómo criar a mi hijo.

Nuestro hijo. Mierda.

Pensaré en eso más tarde. No hay necesidad de pensar en eso hoy. Lo último que querría hacer es estresar al bebé.

Capítulo 29

Lucía

4 meses después

Cuatro meses en el constante simulacro de náuseas matinales, finalmente empiezo a sentir alivio. La novedad de mi estómago sigue creciendo y todos los curiosos que preguntan quién es el padre empiezan a pesarme ahora, pero palidece en comparación con la ansiedad que he estado teniendo por criar a este niño por mi cuenta.

¿No había considerado la gravedad de todo esto? Al principio, parecía un sueño... o una mala broma. Pero entonces, sentí que el bebé se movía dentro de mí, y de repente empezó a ser muy real. Sin embargo, todavía no podía ver el sentido de decírselo a Adrián.

Instintivamente, supe que odiaría la idea. Me rompería el corazón ver la mirada de pánico en sus ojos que revelaría sin duda alguna que el padre de mi hijo ya deseaba que el bebé no existiera, incluso antes de que naciera.

Me sorprendí a mí misma soñando despierta sobre lo horrible de todo esto mientras compraba algunos muebles de bebé para su habitación. Me estaba preparando para que el bebé llegara. Aunque sólo tenía seis meses, estaba lista.

Decidí tomarme una licencia extendida del trabajo. La necesitaba. Y afortunadamente he sido lo suficientemente prudente para ahorrar para esta situación.

La cajera empezó a impacientarse conmigo.

—Señora, señora, ¿va a comprar esos?

Una lágrima corre por mi mejilla. Le paso las cosas con indiferencia y respondo: —Sí. Sí. Quiero decir sí, gracias. Lo llevo.

Malditas hormonas del embarazo.

Mientras espero a que la aburrida cajera ingrese al sistema mis compras, mis ojos se dirigen, por desgracia, a un padre y una niña que salen de la tienda. Era la última imagen que necesitaba ver en mi estado emocional, aunque temporal de fragilidad. La sostenía en lo alto de su hombro con tanto orgullo. La pequeña princesa se ríe y lo mira con verdadera e inocente admiración y afecto, con la boca cubierta de frambuesa o algo así.

Sonrío y luego siento una punzada de... así nunca será con mi hijo. Él o ella nunca conocerán a su padre. Se estaba volviendo demasiado real y demasiado doloroso todo esto.

¿Debería decírselo, y cómo podría hacerlo? Estaba cerca a los seis meses de embarazo.

¿Qué haría, aparecer después de todo este tiempo y decir “sorpresa”?

El conflicto me está volviendo loca, como un loco de atar, literalmente. Sonreí a la cajera que estaba acostumbrada a que las madres embarazadas llorasen en esta tienda debido a las abrumadoras hormonas y tal vez a las situaciones de la vida. Una madre tan orgullosa, embarazada, llorona y maternal.

Casi me convencí de decírselo a Adrián, pero luego pensé, tal vez no sea este el momento de tomar una decisión. Parecía que alguna versión de esa conversación exacta tenía lugar en mi cabeza, día tras día, mientras nuestro bebé crecía más y más en mi estómago.

No estaba segura de cuánto más de esto podría soportar.

Capítulo 30

Lucía

Para el lunes, después de mi estado temporal de locura del fin de semana, había montado la pieza del bebe y me las arreglé para pasar otra semana. Esta sería la última semana en el trabajo antes de mi autoimpuesta licencia premamá, y si no fuera por el hecho de que realmente odiaba a las otras madres “tradicionales” que miran mi “falta de exhibición” y mi vientre “te ves tan bien con seis meses” la sola locura de mi vida probablemente haría que me enviaran a casa de todos modos. Así que, el momento es perfecto.

Todavía estaba debatiéndome incesantemente sobre Adrián. Él necesitaba saberlo.

Un pensamiento constante se cernía sobre mi mente: ¿Quién me creía que era para mantener esto en secreto del padre del niño?

Después de sentir lástima de mí misma durante varios meses, de repente se me ocurrió que le había ocultado todos estos meses que iba a ser padre, y todo esto era culpa mía.

¿Cómo lo explicaría? Claro, podía ser que entrara en pánico, pero no le estaba pidiendo nada. Ciertamente no lo necesitaba financieramente. El trabajo iba bien y sentía que mi trabajo con Kevin era seguro. Además, ya había hecho más que suficiente asegurando el nuevo trabajo para mí con sus influencias.

No le acecharía ni rogaría para que él se comprometiese en nada. ¿De qué tenía tanto miedo?

Y entonces me di cuenta. ¿Tenía miedo de que él quisiera estar en mi vida? ¿Podría haber anhelado eso en secreto?

Aun así, la decisión real de si decírselo a Adrián estaba cambiando minuto a minuto.

La semana llegó y se fue en un suspiro. Sólo faltaban unos días para mi licencia de maternidad, dos p.m. el jueves, para ser exactos, mi jefe paso por mi oficina.

—Querida, ¿puedes dejar esto en la oficina de Ramos, Morales, Ortega y Medina? — Kevin pregunto. Como si fuera una idea de último momento, que para ella, probablemente lo era, añadió, —Oh sí, tu referencia. Solías trabajar allí. Así que ya sabes dónde está.

Se encogió de hombros y sonrió, como si eso fuera todo.

Mi estómago se revolvió, y no era por los tacos que comí en el almuerzo. ¿Cómo volvería a entrar ahí con seis meses de embarazo, con la barriga redonda y saliente, sin hacer ningún comentario?

Por supuesto, algunas personas decían que apenas se me estaba notando recién el embarazo. Y Erin y yo seguíamos siendo cercanas, así que sabía que no le había revelado nada a Adrián.

Nunca lo haría.

Además, a estas alturas estaba tan enamorada que no le importaba lo que yo hacía. Finalmente había encontrado a alguien que encontraba su pelo crespo, sus dientes torcidos, y su boca inteligente más simpática que desagradable. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Claro. Claro, por supuesto— le respondí a Kevin sin dejarme pensar en nada más.

¿Qué más iba a responder? No, porque el padre de mi bebé secreto podría descubrirlo.

—¿Estaría bien si salgo un poco antes entonces? — Le pregunte a ella. —¿Para que pueda dejar esto de camino a casa?

—Sí, en efecto. Gracias. Debería ir directamente a Adrián, o que Erin se lo entregue en mano, por favor.

Yo tragué y respondí, —Um, sí. Sí.

—¿Puedes hacer esto? Quiero decir, ¿no te duele ni nada? Pareces estar bastante bien todavía. Mira, si te soy sincero, tu barriga es más pequeña que la de la mayoría de las mujeres de aquí...

¿Se suponía que eso era un intento de chiste? Disfrutaba trabajando para Kevin, pero era un personaje extraño. No estaba segura de si se estaba hablando en serio o tomándome el pelo.

Mi nuevo jefe era del tipo “sin tonterías, todo son negocios” lo que fue un cambio bienvenido de lo que estaba acostumbrada con Adrián. Supongo que ahora empezaba a gustarle un poco y estaba probando un chiste conmigo.

Así que, aunque me acababa de dar una salida -pude decir que no me sentía bien; enfermedad del embarazo, o alguna otra excusa de ese tipo- me hubiera sentido mal tomando ese camino. Decidí crecer y hacer lo que ella me pidió.

—Sí, quiero decir que no estoy atada a la cama, hah. Puedo caminar. No me estás pidiendo que haga un maratón. Sólo necesito salir de mi Uber, subir a un ascensor y entregar un paquete. Creo que puedo manejar eso.

Me di cuenta de que me había escuchado un poco sarcástica, así que sonreí para compensar. Ella asintió con la cabeza, y ahí estaba. Mi destino se había sellado.

Tenía que enviarle un mensaje a Erin inmediatamente. Esto iba a ser el escándalo de todos los escándalos. Los socios definitivamente hablarían entre ellos cuando me vieran. Aunque echaba de menos a Erin, y a Claudio, y a Martina, y a Ruby y a Katie, había logrado evitar entrar en la oficina. Obviamente tenía miedo de encontrarme con Adrián y tener un encuentro incómodo. Pero tampoco quería revelar mi secreto haciendo que me vieran. Como algunas de ellas habían estado embarazadas recientemente, me seguían el rastro como tiburones a la sangre.

Quiero decir, creo que parezco un dirigible. Aunque todo el mundo, incluyendo a Kevin,

dicen que apenas se me nota, lo atribuía a “las cosas que le dices a una mujer obviamente embarazada para evitar que te estrangule con sus propias manos”.

De repente, pude sentir las gotas de sudor formándose en mi frente.

Entonces, como si el coraje fuera una bebida embotellada, sentí este cálido impulso de fuerza. No, no me acobardaré. Enfrentaré esto con orgullo y haré de esto la oportunidad de compartir las noticias con Adrián. Después de todo, es un gran tipo.

Merece saber que estoy a punto de tener su bebé, que está a punto de ser padre.

Entonces, ¿de qué demonios había tenido tanto miedo?

Capítulo 31

Lucía

Las puertas dobles se abrieron en el área de recepción. Erin no podía ni mirarme. Podía ver la urticaria que se estaba formando en su cuello por la ansiedad. Si no fuera yo quien la quien la estaba poniendo en esta situación, me hubiera pedido un masaje, para ayudarla a lidiar con ello.

Estaba tratando de pasar desapercibida, pero estaba muy preparada para un gran drama. Respondió a una llamada.

—Ramos, Morales, Ortega y Medina, ¿cómo puedo ayudar? Por supuesto, un momento por favor. — Luego presiono un botón y balbuceo: —Sr. Medina. Uh... Lo siento... Sr. Medina, uh Adrián... uh alguien, uh. Tiene un paquete. Alguien está aquí para dejarle... entregarle un paquete en mano.

Murmuro, —Suave.

Erin colgó, poniendo los ojos en blanco, y dijo en voz baja, “y trajo compañía”. La ignore. Fue divertido, pero no era momento para la frivolidad, especialmente no para la frivolidad de Erin.

La flema amenazaba con salir, ya que la bilis me obligaba a aclararme la garganta en voz alta. Un eructo se escapó en el proceso. Oh, uno de los tantos momentos geniales del embarazo.

Katie se rió. No dije nada.

Me aclare la garganta de nuevo y me prepare. Vómito, o Adrián Medina, algo estaba a punto de salir. Cual vendría primero, no tenía ni idea. Así que, sólo esperaba. Cualquiera que llegase a la línea de meta antes que el otro, eso era lo que iba a hacer, lo decidí instantáneamente.

Escoge tus batallas, Lucía, escoge y asume.

Entonces, justo cuando me acercaba al escritorio para susurrarle algo a Erin, lo vi salir. Era Adrián, de acuerdo. Lo sabía por sus hombros anchos y su confiado pavoneo, incluso cuando lo vi por primera vez en el pasillo.

Tengo que fingir que todo esto es solo una entrega. Pude ver que parecía nervioso, no era que lo fuera a demostrar. Me di cuenta de que el escritorio estaba frente a mi vientre, así que me quedo cubierto. Camino hacia mi lado del escritorio y sonrío profesionalmente. Pude ver que se sentía agitado pero que estaba tratando de no demostrarlo. Como estaba a punto de pedir el paquete, Erin interrumpió.

—No en esta área, chicos. Tengo instrucciones estrictas de la empresa de que esto sea confidencial, gracias. Por favor, no me involucren. Lucía, ¿no te lo explicó Kevin de esa manera?

—Um, sí. Sí— le respondí. —Sí, eso es correcto.

Le sonreí a Adrián. Todavía estaba escondiendo mi vientre. No tenía ni idea. Al menos, no creía que la tuviera. Los hombres solían ser lentos para entender estas cosas.

Él asintió con la cabeza y respondió: —Oh, está bien. No hay problema. Lucía, ¿por qué no me sigues?

Erin murmuró: —Seguro que sí.

Tenía mucha suerte de que Adrián no lo hubiese oído o la habría golpeado ahí mismo. Adrián giro sobre sus talones y camino de regreso a su oficina. Lo seguí.

Mientras caminábamos, dijo —Uh, me alegro de verte. Bastante inesperado, pero encantado de ver que estás bien.

Espere hasta que estuviera un poco fuera de alcance, dejando una buena distancia detrás de él. Me di cuenta de que no tenía ni idea de mi embarazo y de repente tuve miedo de su reacción si se enteraba aquí y ahora al ver a mi bebé patear.

A mitad de la caminata, se dio la vuelta como si yo hubiera dicho algo. Bueno, no lo había hecho, obviamente, y podrías haber oído caer un alfiler en el silencio.

Casi me caí ahí mismo. No decía nada. No decía nada. No decía nada. Su reacción, aunque en cierto modo era un gran alivio, también me dejó completamente desconcertada.

Entregué el artículo rápidamente y volví al frente. Justo cuando me di la vuelta, vi de reojo a Gina acercándose a su oficina. Ella había sido la nueva chica que había empezado como empleada esa última semana antes de que todo explotara conmigo y yo entregara mi renuncia.

Así que no le dije nada a ella ni a su suéter de tetas andante. Desvíe mi mirada y simplemente camine. Adrián no podría haber sido más distante conmigo.

Tal vez ella era su “nueva chica”. Después de todo, actuaba como si no me conociera. Estaba siendo muy formal. Era desagradable. Era el mismo hombre que me hizo llegar al clímax hasta el punto de perder el control de mi cuerpo. ¡Él me conocía! Conocía cada centímetro de mí. De hecho, me conoce, en el sentido más puro. No lo podía entender.

Mientras me alejaba, podía sentir que me estaban observando. Pensándolo bien, tal vez era Gina la que me estaba mirando. Siempre pensé que se sentía amenazada. ¿Quién sabe? Tampoco iba a mirar atrás para comprobarlo.

¿Adrián creyó que era de otra persona? Aun así, ¿ni siquiera lo preguntaría? ¿O al menos me felicitaría? Malditas hormonas...

Podía sentir como empezaba a llorar. Presione el botón del ascensor para tratar de escapar rápidamente mientras Erin estaba en una llamada, pero ella me hizo señas para que me detenga,

¡Espera! Así que espero a regañadientes.

Necesito que se dé prisa. No sabía qué esperaba. ¿El final del cuento de hadas? No lo sabía en absoluto, pero esto se sentía muy, muy doloroso. Sólo quería arrancar. ¿Cómo podía no importarle como me sentía en este momento? Luchaba contra mi yo emocional como lo hago a menudo, pero ahora se sentía como si estuviera luchando con dos lados de mí misma.

Por supuesto, no le importaba. No era más que un romance de oficina. Era una muesca en la perilla de su catre. ¿Realmente pensé que este sería un encuentro diferente después de la forma en que todo terminó?

Pero le importaba. Lo sabía. Lo sentía.

Erin interrumpió mi batalla cerebral. Me dio un pañuelo de papel, lo que me dejó en el suelo porque no sabía que era tan obviamente emocional.

—Gracias. No puedo tomar Benadryl en esta condición, ya sabes... Así que, sí, mis ojos están bastante llorosos por esas malditas alergias.

Ahora estaba empezando a llorar. ¿A quién estaba engañando?

—Está bien, chica. Soy yo. — Luego susurro: —¿Qué pasó?

—Nada—. Ni siquiera preguntó o le importó. Oh, Dios. ¿Qué voy a hacer?

—Tal vez no se dio cuenta. Quiero decir, no estas tan grande.

Me gire a un lado, y ella casi resopló ya que desde esa perspectiva se notaba claramente que había un segundo ser que sobresalía a unos sesenta centímetros de mis caderas.

—Bien, vale, pero eso es una vista lateral. Y es un hombre. No se dan cuenta de todo. Mira, tal vez deberías volver y decírselo.

El ascensor ya había llegado y volvió a bajar. Volví a apretar el botón con fuerza y dije: — No. No voy a hacer eso. No podría haber estado más distante de mí.

Las puertas se abrieron. Le sonreí a Erin y justo antes de que se cerraran sobre mi cara dije: —Dile que le diga a Gina que le mando saludos.

Y luego salí de la oficina una vez más, esta vez para siempre.

Mientras el ascensor bajaba lentamente, se me ocurrió que podría haber asumido que era el bebé de otra persona. Tal vez una aventura de una noche al azar o incluso de mi exmarido. Pero entonces me encogí de hombros ante ese pensamiento. Ni siquiera era racional, ni siquiera era racional en absoluto. Aun así, podría haber preguntado.

Si parece un pato, es un pato. Intentaba pensar que sus acciones fueran razonables, y no lo eran. Simplemente no le importa saber, fuera cual fuera el caso, y eso era devastador. Todo lo que podía pensar era en enterrar mis sentimientos en un tazón de helado. Entonces el autodestructivo

“yo” apareció para tener una conversación.

¡Olvidalo! ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿En qué estaba pensando? Nunca debió querer estar conmigo en absoluto. Qué ridículo pensar que yo era alguien diferente a cualquiera de sus muchas conquistas.

De repente, ese tipo de debate con mi yo emocional era exactamente lo que necesitaba. Los demonios silenciosos en mi cabeza me hacían mucho más feliz con este enfoque de “que le den”.

Entonces me di cuenta. En conclusión, me alegraba de no haberle dicho lo del bebé. Tal vez Gina y Adrián estaban juntos.

Cuando las puertas se abren, no me di cuenta de que estaba hablando en voz alta hasta que digo “perra” y la madre y la adolescente que suben al ascensor me miran con cara severa la madre y la chica, confundida y con asombro.

Bien, creo que tal vez esa chica se lo piense dos veces antes de quedar embarazada de su jefe.

Le sonreí y caminé hacia la calle principal, pero no antes de soltar un pequeño eructo. Qué gran día había tenido, y esta función corporal involuntaria lo remataba.

Mientras caminaba hacia el lugar donde tomaría el taxi, el lado más cuerdo emergió junto con el sabor de mi almuerzo del mediodía.

¿Por qué había sido tan dura con él? Incluso si no era el amor de mi vida, tal vez solo me había usado para divertirse en la oficina, eso no tenía nada de malo. Yo también lo había usado. Ninguno de los dos sabía que un bebé sería el resultado de todo eso.

¿Debería esperar que de repente fuera responsable y cuidadoso? Era una tontería.

Esta vez, el debate en mi cabeza no funciona tan bien como para animarme.

Por alguna razón desconocida, mi corazón estaba roto. Destrozado en un caleidoscopio de cientos de pedazos, se había roto en miles de fragmentos irremplazables, los cuales deje en el piso de una avenida esta noche antes de embarcarme en la licencia prenatal.

Cuando abrí la puerta del taxi, ni siquiera me molesté en secarme las lágrimas de los ojos. Se estaban encharcando demasiado rápido. En pocas palabras, no podía contener la angustia y la soledad que sentía en ese momento.

Capítulo 32

Lucía

Los viernes y los sábados pasaron rápido. Era oficial: estaba con licencia por maternidad anticipada. Mi empresa ofrecía esa opción como parte de su súper dulce paquete de beneficios a las mujeres embarazadas que quieren descansar durante sus últimos meses de embarazo.

No era necesario, pero quería tomar una licencia extendida. Pensé que esta sería la manera perfecta de hacerlo.

Martha Niza venía de visita. Era algo que había estado esperando con muchas ansias. Algunos de mis familiares también vendrían de visita. Sería emocionante.

No sabía cómo iba a superar el hecho de que sería yo y sólo yo quien criaría a este niño. Mientras veía las pequeñas campanillas que colgaban sobre la cuna en la nueva habitación, no pude soportarlo más. Llame a Erin.

—Hola. Siento haberte dejado tan bruscamente el otro día. Ha sido increíblemente difícil... una especie de aniquilación.

Agarré unas uvas del frutero de mi mostrador y me las metí en la boca mientras seguía despotricando.

—No fuiste tú. Fue todo lo demás. Mis sentimientos, su falta de cuidado, su actitud distante, el cuerpo de Gina, mi severo caso de acidez estomacal...

—Lucía, Lucía. No, detente. Mira, antes que nada, ¿qué? Soy yo. Estamos bien. Y segundo, he querido llamarte. Adrián ha venido a la recepción casi cada hora desde el viernes con estos extraños pensamientos sobre ti.

Mi corazón saltó a pesar de que mi cerebro le decía que se calmara.

—La mayor parte del tiempo lo ignoré porque te dije que siempre pensé que necesitaba una antorcha para encontrar su propio ombligo de lo perdido que estaba— continuo. —Pero luego dijo algo como, “Lucía. ¿Lo sabías? Quiero decir, ¿lo sabías?”. Por supuesto, lo miré con indiferencia. Y luego añadió, “¿que estaba embarazada? Quiero decir, ¿ya lo sabías? Qué extraño. Debe estar comprometida o enamorada o tal vez haya vuelto con su ex”.

Aguante la respiración mientras Erin continuaba.

—Le respondí: Señor, ¿me está preguntando eso? Porque no lo sé. Eso es simplemente demasiado personal. Dijo: “No, no, por supuesto que no. Pero ella es ¿qué? Tiene unos cuatro o cinco meses, ¿sí?” Y otra vez, yo refutaba, Bueno, tal vez algo así. Quiero decir puede estar cerca a ese número. Ella lo lleva bien. ¿Quién sabe, realmente? Y él presionó: “Bueno, ella no puede

tener más de cinco meses. Mi hermana era un dirigible andante a los siete meses”. Por supuesto, le dije: Eso es algo sexista no cree, pero me ignoró y dijo: “Así que sí, estoy seguro de que está de unos cuatro meses. Bueno, entonces bien. Quiero decir, bien por ella. Es una chica encantadora, encantadora”.

Finalmente, le dije a Erin, —¿Genial? Oh, no me llamaba encantadora cuando su polla estaba en mi boca.

—Lu, por favor. Un poco de decoro, cariño, por favor.

—Lo siento. Son las hormonas. Bueno, entonces, él lo sabe, supongo.

—Claro, él lo sabe, pero tú no entiendes. Está obsesionado. No hizo nada más que hablar de ti todo el viernes. Y debo decir que hubo un momento en el que parecía preocupado de que si te habías ido lejos.

—Oh, Señor. Eres como una telenovela. Es un cretino tan ensimismado que nunca pensaría que es suyo. Está bien. Ya no tengo lágrimas.

—Bien. Creo que lo estás pintando con el amplio pincel de “todos los demás tipos” y un poco de un desequilibrio hormonal furioso y soporífero. Pero que sea a tu manera. Sigo diciendo que el hombre se ha estrellado y no puede levantarse, y tú podrías ser la única que recupere el corazón destrozado del pobre chico, pero está bien.

Me reí para mis adentros del concepto de corazón destrozado y luego respondí cortésmente: —Te amo, Erin. Necesito tomar una siesta. Hablaremos por la mañana y te mantendré informada.

Capítulo 33

Lucía

Erin me escuchaba como la verdadera amiga que necesitaba que fuera. Me llamó todo el lunes y me informó de lo que pasaba con Adrián. En un momento dado, me convenció de que él podría haberse enamorado de mí.

Deseaba que fuera cierto con todo mi ser. Tenía que admitirlo. Era tan malo que podía sentir los latidos de mi corazón solo con pensar como fue verlo de nuevo después de tantos meses. Mi estómago latió con anticipación, ya que todos los sentimientos sexuales que una vez sentí volvieron rápidamente, incluso en mi avanzado estado de embarazo.

Todo el fin de semana después de verlo, me encontré fantaseando con su tacto, cómo me tocaba, dónde, o cómo olía. Tenía el olor perfecto de un hombre. Cada vez, inhalaba con un completo éxtasis y luego abría los ojos a la realidad de mi barriga creciendo.

De alguna manera, sin embargo, todo se inundaba otra vez de recuerdos. Recordaba la forma en que no podíamos resistir la atracción del otro, la química espesa que hizo que me lanzara contra una puerta una noche varios meses antes, antes de renacer, mientras trabajábamos hasta tarde. Era lo más caliente que jamás había sentido por cualquier hombre, tan caliente que podía recordarlo a voluntad en mi memoria, y se sentía como si estuviera sucediendo en el aquí y ahora.

Pero en esta fría y lluviosa mañana, incluso con el recuerdo del calor de Adrián tomándome en sus brazos, su olor, su empuje contra mi cuerpo tan presente para mí, todo parecía ahora inquietantemente lejano. No es que haya disminuido en intensidad en absoluto. En todo caso, era más poderoso.

Tal vez ahora había dado paso a los sentimientos reales, pero todavía ardía caliente. No estaba segura de cómo se había producido el cambio. Sólo lo quería a él. El pensamiento de él estaba omnipresente mientras me reclinaba, esperando que la niebla literal del día y la niebla que me cubría se levantaran.

Luego, más tarde en la mañana, Erin me llamo, bastante asustada.

—Lucía, soy yo. No puedo hablar mucho, pero creo que ha tomado una decisión sobre ti.

Gruñí.

—No, detente. Parece que no está saliendo con nadie más. Todo lo que hace es hablar de ti y...

De repente, dejo caer el receptor en el escritorio pero no colgó. Pude oír la mayoría de los sonidos de fondo. Justo entonces, oigo a Adrián acercarse...

—Oh, hola, Adrián. ¿Puedo ayudarte?

—¿Necesitas terminar tu llamada? Puedo esperar...

—¿Mi llamada? No, para nada. Era mi hermana. Siempre me está molestando por su hijo. No estoy segura de por qué busca mi consejo. Le digo que estoy trabajando, pero es que la familia, por Dios, ya sabes....

—Vale, no necesito toda esa información— oí decir a Adrián. —Simplemente no estaba seguro de si necesitabas terminar la llamada.

—Bien, y eso sería un firme “no”, Adrián, no necesito terminar la llamada. Por cierto, felicidades....

En ese momento, pude oír cómo se abría la puerta y cómo entraba mucha gente en la oficina.

Un viejo grito: —Adrián, Adrián, hijo mío, siempre supimos que lo tenías dentro.

Había sonidos que sonaban como si la gente le diera una palmada en el hombro.

—Lo hiciste mi muchacho.

Erin refunfuñaba en voz baja: —Como decía, felicidades por el trato.

El viejo... tiene que ser el padre de Adrián, Lester —Entonces, ¿cómo se siente? La nueva sucursal tiene un buen compañero de dirección. Adrián, deberías estar orgulloso. Fue un largo camino, pero has demostrado tu valor y tu valentía.

Adrián refunfuño: —No sabía que me estaban probando.

Puedo oír su voz tan familiar respondiendo a ellos.

—Bueno, gracias caballeros, pero yo, eh, me voy a una gran reunión. El trabajo nunca se detiene. Así que, lo celebraremos en otro momento.

La voz de Erin suena frenética, lo cual era raro.

—Estoy comprobando el ordenador, señor— dice.

—Erin, ¿puedes darme la dirección por favor?

—¿La dirección señor? Sí...

—¿La firma Abreu? ¿No está en la calle Lucía?

Escucho a Adrián y me caigo en mi cama. ¿Está hablando de verme? No puede ser, aunque suene como una especie de código, pretender que habla de una dirección cuando en realidad está mencionando mi nombre. Y honestamente, las voces suenan algo apagadas. Empecé a mandar mensajes de texto frenéticos a Erin.

Puedo oír sonidos de pato croando en el fondo, y sé que son del móvil de Erin que sin duda está en el escritorio. Mis mensajes de texto. Debe apagar su teléfono rápidamente, se supone que no debemos usar celulares en la oficina.

De repente, me di cuenta de todo. Erin debe haber captado el código críptico de Adrián al mismo tiempo que yo, y puedo imaginarla poniendo los ojos en blanco ante lo ridículo que suena el código “encubierto” delante de los socios. Después de todo, todos saben mi nombre. Estoy segura de que Erin piensa que es una tontería y que la tapadera de Adrián es abominable, pero la obliga de todas formas.

—Silver y la Octava— dijo, dándole el cruce de mi casa en la ciudad. —Te enviaré un mensaje de texto mientras vas de camino.

—Gracias, Erin. Eres la mejor. Tengo que irme a mi reunión ahora, en este otro bufete. Adiós, caballeros.

Justo cuando dijo eso, oí el golpe del receptor, y todas las voces se callaron mientras gritaba inútilmente: —Erin, Erin, ¿soy yo? ¿Es de mí de quien está hablando?

Nada. Ahora, en un completo estado de grandeza - mi circunferencia de embarazada era abrumadora, al menos para mí - y de terror absoluto, el pensamiento de que podría estar dirigiéndose hacia mí era demasiado avasallador.

Empecé a correr por la casa en pánico. Y ahí estaba finalmente. Si el nacimiento no iba a ser una dura prueba de realidad, esta lo sería. Ya no podía negar lo que había estado tratando desesperadamente de enterrar o la realidad de la conversación que iba a tener lugar.

Adrián era el padre, y merecía saberlo. Además, me había estado mintiendo a mí misma sobre la naturaleza profunda de mis sentimientos por esta gentil alma. ¿Era una caliente como lo era él? Sí.

Muchas veces me había preguntado cómo pude haber sucumbido a tan débiles insinuaciones. Pero la verdad era que teníamos una profunda conexión. Era una persona cariñosa con algún daño real, algo con lo que me podía identificar, ciertamente. Y estaba encontrando su propio valor. Yo ya había pasado por eso.

Quería abrazarlo y decirle: —Sí, Adrián, este hermoso error ocurrió.

Pero cuando caminas con una pelota de baloncesto gigante como estómago, todo se vuelve mucho más incómodo y complicado. Las náuseas y el miedo estaban brotando dentro de mí, en ese orden.

Me senté a los pies de mi cama, inhalando profundamente para poder centrarme. Se lo diré. ¡Se lo diré!

Había decidido que debía dejar muy claro que no esperaba nada de él... sin manutención, sin apoyo emocional.

Sacudí la cabeza con incredulidad. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Bueno, ¿además de lo obvio? ¿Cómo había llegado a esto?

Cada vez que tomaba la decisión de acercarme a esto prácticamente, mi corazón se rompía un poco más. La verdad me estaba mirando a los ojos. Quería más. Mi corazón deseaba que pudiéramos estar juntos, pero no iba a comprometer mi integridad.

Esperando lo que pareció la hora más larga de mi vida, hice correr el agua de la ducha. Una ducha caliente era todo lo que podía hacer ahora mismo para calmar mi avanzado estado de pena y embarazo. Creí que deberían pasar al menos 30 minutos antes de que llegara Adrián.

Y luego fui más allá con la conversación en mi cabeza. ¿Quién dijo que tenía que dejarlo entrar en mi casa? Mientras el agua caliente corre por mi cara, ya no podía distinguir las lágrimas del chorro de la ducha. Eso era algo bueno.

Entonces, empecé a pensar en él, en la primera vez, en todas las formas en que me hacía sentir. Acaricie mi estómago mientras recordaba. Se veía tan lejana la primera noche que estuvimos juntos. Recordé que planeé e intenté fervientemente seguir actuando de manera profesional.

Sí, se estaba volviendo intenso lo nuestro, pero estaba segura de que podría soportar sus avances. Era simple, o eso decía mi mente práctica. Dejaría los papeles en su oficina y me iría.

Pero tenía esa cosa sobre mí. De repente, fue como si estuviera ahí atrás, mirándolo tímidamente mientras le lamía el pene y él gemía. Casi se volvió loco. Nunca había disfrutado tanto de darle placer a un hombre. Sentí que no podía hacer nada malo.

Recuerdo que me levanté y asumí, “Bien, hemos terminado”. Cedimos, pero fue divertido y se acabó. Y entonces me había agarrado tan apasionadamente.

—Esto era sobre ti, ¿recuerdas? Si sólo puedo abrazarte una vez. No te dejaré ir tan fácilmente.

Cuando dejé que el agua me bañara, estaba justo recordando ese momento.

Me arrojó de nuevo al sillón y me quitó la falda.

Tan desnuda, tan vulnerable, no sólo físicamente, sino en todos los sentidos, como ahora lo estaba.

Era tan peligroso. Me encantaba. Incluso cuando intenté escapar y salir, él me tiró al suelo y se me echó encima con tanta convicción. Me rendí. Estuve expuesta, y más que sólo sexualmente. Fue crudo y primitivo. No había vuelta atrás.

Entonces, justo ahí en la ducha, empecé a sollozar. No tenía ningún plan. No tenía poder sobre este hombre. Él me tenía. Me tenía a mí.

Podía engañarme a mí misma con toda mi autocompasión y mis tonterías internas, pero él iba a ganar y lo sabía. Era impotente en su presencia. No era que me sintiera impotente como mujer, no como una víctima por ningún motivo, pero realmente lo amaba y eso puede hacer que cualquiera se sienta vulnerable.

Y cuando dos personas se sienten tan atraídas por el otro, el autocontrol sale por la ventana como por arte de magia. Para mí, estar aquí, irónicamente desnuda en esta ducha y mentirme sobre el hecho de que tendría algún control sobre este hombre en persona mientras estaba en mi casa, era una broma.

Me limpie las últimas gotas de agua y me enfrente al espejo. Iba a tener un bebé. ¿Por qué estaba haciendo de esto algo malo? No lo era. Era hermoso.

Acababa de soñar un sueño diferente para mí, primero con Álex, luego con Adrián. En realidad, más con Adrián, aunque eso no tenía mucho sentido. Pero sentía que nos conocíamos desde hace muchas vidas. Él era como mi otra mitad. ¿Cómo era entonces que dos espejos perfectos no hicieron más que repelerse?

Después de enjabonar mi cuerpo con manteca de cacao, me puse los pantalones que todavía me hacían parecer como si tuviera una figura que mostrar. Mis pechos eran ahora enormes, una buena cosa, y eran naturales. ¡Toma eso, Gina! Adrián puede que no estuviera seguro de qué hacer con mi vientre de embarazada, pero estaba segura de que le gustarán los grandes pechos que también eran el resultado de ello.

Justo cuando estaba dando los últimos retoques a mi maquillaje, escuche un golpe en mi puerta. Corrí hacia la entrada. El plan era obviamente actuar como si esto fuera una sorpresa total.

—¿Quién es?

—Um, ¿Lucía? Hola, soy Adrián. ¿Puedo pasar?

—¿Adrián? Qué raro, no te esperaba. ¿Hubo algún problema con la entrega?

—No, no Lucía. Um, ¿puedo entrar? Siento no haber llamado, pero, um... bueno, estoy de pie en el pasillo. ¿Sería posible que habláramos dentro?

Creo que actué el elemento “sorpresa” lo suficientemente convincente, así que desencadené la cerradura y abrí la puerta.

—Uh, hola. Pasa. ¿Quieres un poco de té? Lo siento, no tengo mucho. No esperaba compañía.

—No. Dios, no. Está bien. Mira, no me quedaré mucho tiempo. ¿Puedo sentarme?

—Sí. Sí, por supuesto. Lo siento. Siéntate. Siéntate, por favor.

Sonrió y miro a su alrededor. Parecía estar mirando las fotos enmarcadas en mi pared. Si buscaba pruebas de un hombre, el donante de espermatozoides, no las encontraría en ninguna de las fotos de mi pared.

—Entonces, ¿cómo has estado? — me pregunto. —Te ves muy bien.

—Sí. Gracias.

—No, de verdad. Te ves hermosa.

—Adrián, creo que deberíamos ir al grano. Es obvio que sabes que estoy embarazada. ¿Es por eso que estás aquí?

—Sí.

—Mira...

—Lucía...

—No, tú primero.

—No, siento haberte cortado. Lo que decías.

—Mira, Adrián. Fue un error. Nunca quise que esto sucediera, y no espero nada.

Adrián asintió fervientemente, sin saber hacia dónde iba esto, al parecer. Al menos así parecía desde la agradable postura que estaba adoptando. Era como si pensara que estaba hablando del bebé de otra persona.

—Quiero decir, no tienes que proveer financieramente o cuidar al niño o incluso darme algún tipo apoyo emocional...

—Espera, ¿qué? Retrocede. ¿Por qué estamos hablando de mí? Espera. ¿De cuánto tiempo estás?

—Seis meses.

La cara de Adrián se cayó.

—No ha habido nadie más, Adrián. Es tuyo...

Un pesado silencio llenó la habitación. Nunca había experimentado un silencio como ese. No era el tipo de silencio en el que dos personas se sienten tan cómodas entre sí que no se necesitan palabras. No, era el temido golpe de silencio que ocurre cuando una parte es sorprendida por noticias inesperadas o devastadoras.

Su rostro implicó un inexplicable y automático amor. Del tipo que es personal. El tipo que nos envuelve a la mayoría de nosotros cuando descubrimos que estamos a punto de ser padres. Pero habiendo retrasado que la noticia le llegó a él, lo encuentro tan extraño. No se estaba enterando conmigo, y no estaba reaccionando como pensé que lo haría.

Le mire fijamente a los ojos, que aún no habían encontrado un punto focal. Me quede

completamente quieta, sin querer presionarlo a decir algo. Quería que fuera orgánico. Quería que lo que dijera a continuación fuera importante y desde el corazón, ya fuese malo o bueno.

Espere.

De repente, inhalo una respiración corta y superficial y se desplomo en la exhalación. Encontró su punto focal. Estaba en mi estómago. Entonces, al igual que él, noto que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Le di una pequeña sonrisa y luego hablo.

—Mío—. Tenía la esperanza. Tenía tantas esperanzas. Tenía mi discurso preparado para desearte lo mejor en tu nueva vida con quien fuera y su hijo... pero tenía esperanzas.

—¿Esperabas?

—Lo hice, Lucía. ¿Puedo?

Y me hizo un gesto apuntando a mi estómago. Se acerco a donde estaba sentada y se arrodillo para hablar con el bebé. Primero, miro hacia arriba y pregunto: —¿Sabes...?

—Es una chica.

Estallo en lágrimas.

—Hola, princesa. Este es tu padre. Probablemente has estado esperando esta voz, ¿eh? Apuesto a que te has preguntado dónde estaba, ¿eh? Bueno, estoy aquí, nena. No puedo esperar a conocerte. Ya te quiero mucho.

No pudo terminar; su voz se estaba quebrando. Entonces se puso de pie. Apenas pude mantener la calma, y finalmente sucedió. La pregunta que había estado temiendo. Todo iba tan bien, y luego se puso a hablar en serio.

—Lucía. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No estábamos juntos. No lo sé. Tenía miedo. No quería que reaccionaras negativamente. ¿Cómo pude hacerle eso a este bebé? Quería que estuviera feliz y emocionada de venir al mundo, no ya apegada al resentimiento... no lo sé.

—Vale, siento mucho que hayas sentido la necesidad de hacer esto sola. Siento mucho que hayas pensado tan poco en mí....

—No. No, no es que pensara poco....

—Mira. No soy un canalla. La reputación está ahí, pero no es tan merecida como uno pensaría. Entiendo que sentiste que no sería feliz, pero....

—No, no es que yo....

—Pero lo soy. Soy feliz. ¿Lo eres tú? ¿Estás...?

—¿Estoy qué?

Estaba mirando al suelo, como si no quisiera hacer la pregunta.

—¿Estás en otra relación o comprometida? Supongo que no debería haber asumido que estabas haciendo esto sola. Simplemente porque....

—No. No, no estoy en ninguna otra relación. — No podía creer que pensara eso. —Tenías razón. Lo he estado haciendo sola, y mira, nunca pensé que fueras un terrible....

—Está bien.

Adrián se acercó a mí y me miro de una forma que, de nuevo, no estaba segura de haber experimentado. De repente, me abrazo. Me derrumbe en sus brazos. He estado sosteniéndome a mí misma durante seis meses cuando nadie estaba allí, cuando nadie me sostenía o me tocaba o me hacía sentir amada.

Era como la sensación de volver a casa. Sólo libere toda mi ansiedad ahí mismo. Me sostuvo por lo que se sentía como una hermosa eternidad y luego finalmente se alejó para enfrentarme, aun sosteniéndome en sus brazos.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con este momento?

—¿Qué? ¿Sostener a la mujer que dejaste embarazada?

Me permití arruinar un recuerdo precioso con un poco de sarcasmo, pero no podía resistirme. Soltó una pequeña risa, y antes de que nos diéramos cuenta los dos nos reíamos histéricamente.

—Oh, Dios mío. Hah. Lo siento, acabo de resoplar. Acabo de resoplar totalmente. No puedo dejar de reírme.

De repente, tan rápido como habíamos empezado a reír, se detuvo, me miro y nos besamos. Sus labios se sentían tan suaves. Sólo los presiono suavemente contra los míos, y puedo oler su olor... el olor del hombre que tanto extrañaba.

No era sexual al principio, y por supuesto no lo anticipé. Poco a poco, empezó a besarme como si estuviera embelesado. Me detengo.

—Estoy embarazada, ya sabes.

Se rió.

—Lo sé. Así que, al menos no entraremos en pánico si el condón se rompe.

Ahora es mi turno de reírme. Me desabrocho la blusa, y esta vez, puedo sentir el amor. Toda la pasión estaba ahí, el impulso sexual primitivo me supera, pero se combina con el amor.

Me pregunte cómo podría manejar tanta pasión. Casi había volado del planeta cuando nos conocimos. ¿Cómo iba a afectar el amor a esto? Porque me guste o no, estaba enamorada. Me

apuntaba a todo.

Adrián me acostó suavemente en la cama y me desnudo lentamente. Miro cada parte de mí. Me tomo las copas de los pechos y me beso hasta el estómago.

Era tan gentil. Ya me estaba retorciendo, gimiendo de deseo. Lentamente se abrió camino hacia abajo, me lame y se detiene. Doble mi rodilla hacia arriba, claramente caliente. Espere mientras se tomaba su tiempo conmigo. Entonces, sintiendo que no podía soportar mucho más, me senté y lo desvestí, arrancándole el cinturón y los pantalones.

Estaba tan duro. Me lamí los labios con timidez, como una chica mala, para hacerle saber que Lucía sigue aquí. Me levanto y me presiono contra él mientras me metía los dedos. Todo mi cuerpo se puso a palpar. Lo deseaba.

Lo empujé hacia la cama y puse su polla muy erecta dentro de mí. Se sentía tal como lo recordaba. Exhale. Había esperado esto durante tanto tiempo. Él respiraba pesadamente y nunca aparto sus ojos de mí mientras lo montaba y me retorció, poniendo mis manos en mi almohada a cada lado de sus orejas para que pueda posicionar mi cuerpo para el clímax.

Empujó con fuerza, y estaba golpeando mi punto G. Mis ojos revoloteaban mientras pensaba, nunca regresaré de este orgasmo. Jadee y gimotee, sosteniendo mis pechos mientras me venía. No tenía ni idea de que el sexo durante el embarazo pudiera sentirse tan bien. Supuse que toda la sangre se precipitaba a mis terminaciones nerviosas. Estaba gruñendo, en lo profundo de su propio clímax.

Finalmente, me di la vuelta y lo besé como si nunca hubiera besado a otro hombre. Me tiro del pelo hacia atrás, ahora empapado de desesperación. Me limpio la frente y nos miramos.

—Te amo, Lucía. Te amo.

—Yo también te amo, Adrián.

—Vive conmigo. Por favor, intentemos vivir juntos y ver qué pasa. No sólo porque vas a tener un hijo mío, sino porque te amo y quiero estar contigo.

—Sí. Por supuesto. No hay nada que quiera más, excepto que nosotros y nuestro bebé estemos juntos.

Epílogo

Adrián

¿Quién hubiera pensado que tener una relación seria, y un hijo, me haría un mejor abogado? Ahora que era un socio codirector, estaba prosperando en la práctica del derecho y había ayudado a hacer crecer el lugar transformándolo en una firma aún más respetable de lo que ya era; desde entonces hemos añadido doce asociados. Resulta que cuando no tenía las distracciones de ser un buen padre y pareja, era todo un abogado.

Mi hermano estaba feliz por mí. A mi madre no podría importarle menos, pero ¿qué más podía esperar de ella? Había encontrado un hogar de adulto mayor dispuesto a acogerla, lo cual era una gran hazaña considerando su temperamento y resistencia y Roberto había hecho las paces con la decisión.

Se estaba volviendo demasiado difícil de manejar incluso para un santo como él, y me había dicho que confiaba en la opinión de Lucía. Así que, si ella pensaba que poner a mamá en el hogar era lo más amable y cariñoso, entonces tenía que ser verdad.

Supongo que esa es otra cosa que debo agradecer a Lucía. No sólo no era como mi madre, que siempre había sido mi mayor temor en cuanto a las relaciones, sino que también sabía cómo ayudar a Roberto a manejar su propia culpa y obligaciones cuando se trataba de ella.

Y Roberto se disculpó conmigo por ser inicialmente reacio a Lucía. Sólo intentaba ayudarme a evitar problemas, lo cual le agradecí.

Incluso Antonio, Ron y Gabriel se disculparon conmigo, diciéndome que deberían haber sabido confiar en mis instintos sobre dónde podía encontrar no sólo satisfacción sexual sino también emocional, como lo habían hecho ellos, en el trabajo. Sé que sólo habían estado buscando el bien de la empresa, pero me sentí muy bien al oír a esos cabrones pedirme disculpas. Y ahora podíamos seguir siendo amigos y compañeros de trabajo.

Una vez que finalmente descubrí lo que estaba pasando con Lucía, no tuve más remedio que confesar mi amor por ella. La había amado desde el día en que la vi. Nunca pensé que sería lo suficientemente valiente para decírselo, pero nuestro bebé cambió eso.

Nuestra bebé nos hizo a Lucía y a mí posibles como pareja. Claro, ya habíamos tenido una relación sexual, que la había creado, pero ella preparó el camino para que nosotros también tuviéramos una relación emocional.

Eso no significaba que nuestro nexo sexual hubiese desaparecido, por suerte. Al principio, me preocupaba que con Lucía estando tan delicada, el sexo fuera imposible. Pero resultó que Lucía estaba más caliente cuanto más embarazada estaba. Dijo que las hormonas del embarazo le daban un increíble flujo de sangre a su clítoris que aumentaba las sensaciones sexuales.

Así que juego con esa vagina cada vez que puedo. La lamo, la muerdo, la froto, le hago cosquillas. No puedo ni contar las veces que he hecho venirse a Lucía desde que volvimos a estar juntos.

Tuvimos tanto sexo como pudimos mientras estaba embarazada, hasta casi el final, cuando era tan grande que resultaba incómodo. Siempre me gustó su barriga y lo grandes que se hicieron sus pechos con el embarazo. Me encantaba darle un masaje y luego dejar que mis manos viajaran arriba y abajo sobre sus grandes pechos, masajeándolos y luego jugando con sus pezones.

Le frotaba loción en su vientre y luego en su clítoris, jugando con ella hasta que se corría. Y luego le ponía mi pene y me la follaba, desnuda y crudamente, ya que no teníamos que preocuparnos más por los condones.

Me encantaba cómo mi pene llenaba su perfecta vagina sin ninguna barrera entre nosotros. Me encantaba disparar mi carga de semen en su vagina y luego ponerla en su culo y follarla por ahí también.

Hago que suene como si todo se tratara de sexo. Obviamente, no es así, o ya me habría pasado a la siguiente chica, como el viejo Adrián. Ya no tengo interés en eso. Sólo quiero a Lucía y a nuestra pequeña hija.

Como hombre de pocas palabras, soy mejor para hablar de las cosas del sexo y dejar que Lucía hable de los otros aspectos de nuestra relación. A ella siempre le ha gustado hablar más que a mí. Pero tengo un par de recuerdos de su embarazo, una vez que lo supe, que no tienen nada que ver con el sexo, lo crean o no.

Una vez, estábamos en una feria del condado fuera de los límites de la ciudad - a Lucía le gustaba hacer cosas así para revivir sus raíces campesinas - y empezó a llover. Nos dirigimos al coche, pero no teníamos paraguas, así que paramos para refugiarnos bajo un gran techo de hojalata que albergaba algunos cerdos. Se estaban poniendo cómodos en sus montones de heno, así que decidimos hacer lo mismo mientras esperábamos la tormenta.

Le arrojé mi chaqueta y la acerqué a mí. La abracé y la besé mientras pasaba mis manos por su vientre. En ese momento, nuestro bebé empezó a patear rápida y furiosamente.

—¿Crees que está asustada? — preguntó Lucía, pareciendo ella misma temerosa.

—Está bien— le dije, mientras mis manos recorrían la extensión de su estómago, diciéndole a mi bebé, —Está bien, pequeña. Cálmate. Tu mami y tu papi están aquí.

—Creo que quiere que le cantes— dijo Lucía con una sonrisa.

Cantarle a un bebé, o algo así, no era algo que hubiera hecho nunca. Pero estaba haciendo muchas cosas con Lucía, y ahora con nuestro bebé, que nunca antes había hecho. Así que, ¿por qué no?

—Brilla, brilla, estrellita— empecé a cantarle al bebé. —¿Dónde estás?

Mientras continuaba, Lucía recostó su cabeza sobre mi pecho y miró hacia abajo mientras yo le frotaba la barriga y le cantaba a nuestro bebé. La bebé dejó de patear y volví a besar a Lucía.

Cuando llegamos a casa, recordó lo que hice para ayudar a tranquilizar a nuestro bebé durante la tormenta. Si la bebé volvía a patear mucho y parecía estar angustiada, me lo haría saber y yo empezaría a cantar, sin importar dónde pudiera estar o qué estuviera haciendo.

Si yo estuviera en la oficina o estuviéramos separados, Lucía se pondría el teléfono en el estómago y yo le cantaría a la bebé de esa manera. Si no, iríamos a su habitación y bailaríamos un poco al son del móvil. Nuestros cuerpos se balanceaban de un lado a otro mientras el móvil giraba, y yo les cantaba canciones de cuna a mi hija, haciéndole saber que todo estaría bien.

Apuesto a que nadie esperaba que un gilipollas como yo se estableciera hasta el punto de que cantara así. Yo mismo no lo habría creído, si alguien me lo hubiera dicho antes. Pero, como dice Lucía, la vida tiene una forma curiosa de cambiar los planes en el momento en que menos lo esperas.

No puedo decir que me importe este cambio de planes ni un poco. No se esperaba, pero no cambiaría nada de esto por el mundo. No mi dulce y sexy Lucía. No nuestra hermosa niña. Pero dejaré que Lucía te hable de ella, porque Lucía es la madre más feliz y orgullosa que he visto.

Lucía

Unos meses más tarde, Adrián y yo trajimos a Gala al mundo. Ella pesaba apenas dos kilos novecientos gramos y era perfecta. Incluso tenía el pequeño hoyuelo de Adrián en su barbilla. Una vez que tuvo edad para viajar, Adrián y yo fuimos de viaje al pueblo donde todo comenzó para mí.

Martha Niza se encargó del catering, y Erin viajó a visitarnos.

—Te dije que estabas en un nuevo comienzo— dijo Martha, pellizcando las mejillas de Gala mientras besaba las mías. —Estoy tan feliz y emocionada por ti, Lu.

—Gracias por todo lo que siempre has hecho por mí, Martha— le dije, abrazándola después de a mis propios padres.

He decidido ir a la escuela de leyes. Estoy empeñada en estudiar para los exámenes, incluso mientras cuido a la pequeña Gala. Y me encanta. No cambiaría nada de esto por nada del mundo, aunque no había planeado que las cosas salieran así.

De joven, siempre había imaginado mi vida con Álex, nuestro pueblo perfecto, y nuestros dos hijos perfectos. Sin embargo, no resultó de esa manera. Un divorcio, un traslado de mi amada ciudad natal a la gran ciudad... Nada había resultado como lo había planeado, ni siquiera el trabajo perfecto o el inofensivo romance de oficina.

En verdad, ni siquiera tuve a mi hijo como lo había planeado. Nació por cesárea de emergencia. No me lo propusieron como siempre había soñado. Nada, nada había salido exactamente como lo había planeado. La vida no resultó como siempre había visualizado. Sin embargo, la vida ocurrió en mis términos, y no de otra manera.

Me alegro de que Álex y yo no funcionáramos, o de lo contrario nunca hubiese tenido a Gala o a Adrián. Ni siquiera habría conseguido el trabajo que disfruto. (Volví a trabajar con Adrián, y me encanta trabajar con mis amigos de la empresa. Pero sigo ayudando a Kevin en un apuro, y estoy agradecida por todo lo que hizo por mí).

Me habría mantenido como una persona insegura en vez de expandirme con la ayuda de Adrián, y la de Erin también, aunque se reiría de mí por haber dicho eso, para convertirme en la mujer que soy hoy.

Dicen que nunca hay que mezclar los negocios con el placer. Las mujeres que me precedieron siempre me advirtieron: “Cuando se trata de un romance en la oficina, no te involucres emocionalmente. Sólo puede salir mal”.

Excepto por Martina, Ruby y Katie. Sabían que el amor se podía encontrar en cualquier lugar, incluso en la oficina.

Y en cuanto a los consejos de los demás para evitar el amor en el trabajo, bueno, eso puede ser cierto. Estoy segura de que algún día le daré el mismo consejo a mi propia hija, y estoy segura de que se dará la vuelta y dirá: “Mamá, no te ofendas, pero eres una gran hipócrita. ¿Qué hay de ti y de papá?”

Aun así, es un buen consejo y vale la pena repartirlo, aunque algunas personas, incluyéndome a mí, no siempre lo escuchan, pero Gala no estaría aquí si le hubiera hecho caso.

Acababa de terminar de comer con su increíble padre. Iba a rendir el examen en la escuela de leyes, y la semana que viene cerraremos el trato por una nueva casa. Nosotros.

Tenía una familia hermosa, una vida sexual increíble, y la niña más hermosa. ¿Podría haber sido más perfecto? Sí. Pero entonces no habría sido como es ahora.

Un romance de oficina poco ortodoxo me llevó justo a donde estaba hoy. La perfecta imperfección de esa serendipia no debía ser analizada.

Además, renuncié a escuchar las voces internas hace mucho tiempo, el día que acepté lo enamorada que estaba de Adrián Medina. Ahora, me relajo y disfruto de la vida en sus propios términos. Es mucho mejor así que cuando analizaba demasiado todo dentro de mi cabeza.

Y Adrián lo hace fácil, con su asombroso físico, su gran habilidad en el dormitorio, y sus amables palabras y acciones. Quería domar al jefe de los playboys, y eso es exactamente lo que hice.

Y aunque fue necesario un embarazo accidental para llegar aquí, creo que estábamos destinados a estar juntos. Menos mal que había aceptado el trabajo en Ramos, Morales, Ortega y Medina, o de lo contrario mi destino nunca habría cambiado para mejor, y no estaría casada con mi jefe, con quien he encontrado un muy feliz para siempre.

Fin

